



Geogenesía

ó el

Nacimiento de Jesús

Poema en ocho cantos

...POR EL...

Pro. Enrique Villaseñor

MEXICO

GALLERES J. DE ELIZALDE

2a de San Lorenzo, núm. 10

1901

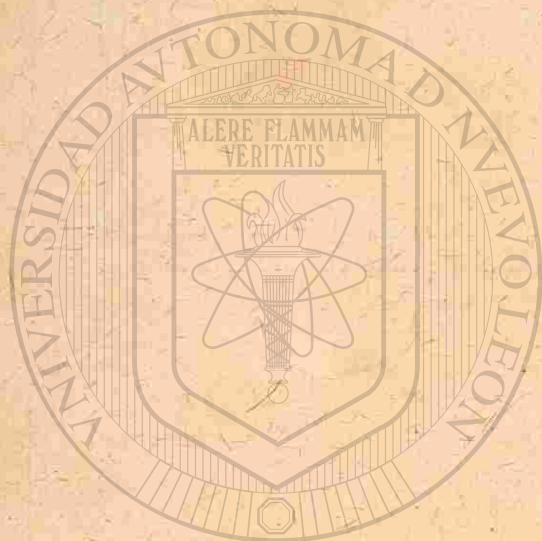
BT550

V5

00491



1080014867



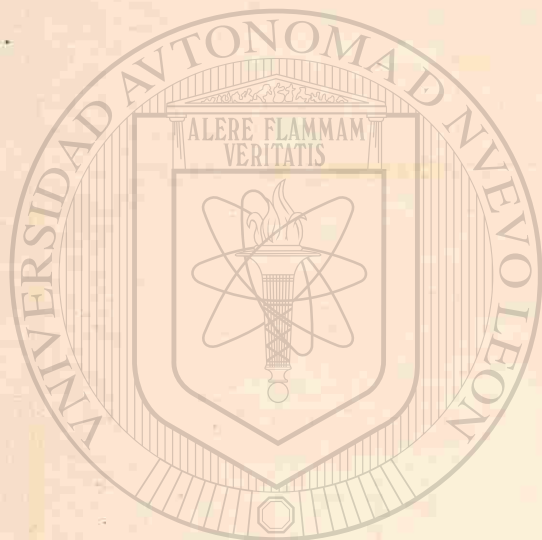
TEOGENESIA

O EL

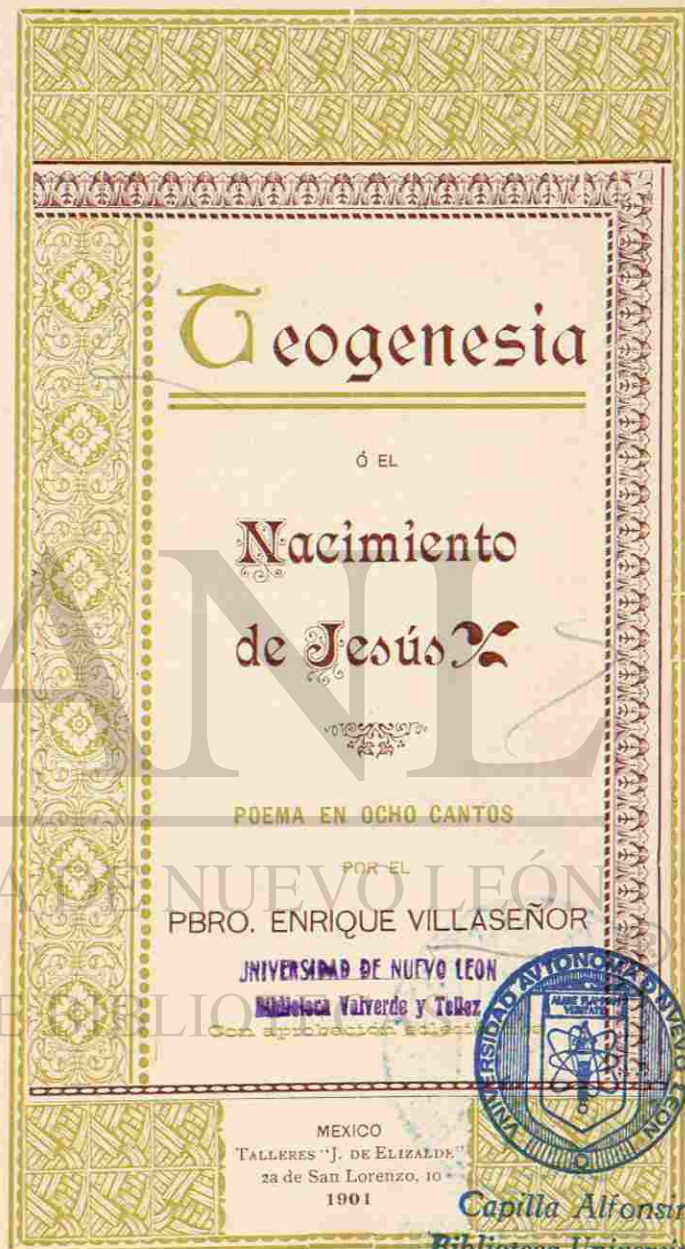
Nacimiento de Jesús

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

42081

BT 550

V5



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



PEDRO. ENRIQUE VILLASEÑOR.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PREFACIO DEL AUTOR

Después de algunos debates en las cámaras, ó más bien, celdillas de mi cerebro, sobre si debería ó no, mandar por delante un breve prólogo, al exhibir al público esta mi pequeña y primera producción original, y después de haber varias veces optado por la negativa; me resolví, finalmente, á seguir esa especie de moda, ó casi manía de la época, de nunca soltar una prenda en manos de los lectores sin hacer previamente su respectiva presentación ante el mundo literario, por medio de esa etiqueta ó ceremonia llamada *prólogo*, *prefacio* ó *prolegómenos*, ó como se le quiera llamar. Y es de advertir que generalmente no se toma en cuenta el que un desconocido no debe presentar á otro igualmente desconocido, so pena de exponerse á oír de liso en llano lo que en un caso semejante se dijo á cierto individuo: ¿y á Vd. quién lo presenta?

Yo, en verdad, aunque hace ya cinco años publiqué mi primer trabajo literario como traductor de la obra de Diego José Abad, á la que puse por título "Cantos épicos á la Divinidad y Humanidad de Dios"; sin embargo, no creo haber todavía salido de mi nativa obscuridad y silencio de mi escondite, y por tanto, se me podrán aplicar las citadas palabras.

Pero, sea lo que fuere, me acojo á la indulgencia del no siempre indulgente público, y paso al asunto.

Con el título de *Teogenesia* doy ahora á luz este mi raquítico poemita sobre el nacimiento de Jesucristo, foco de toda luz, de toda vida, de toda belleza, y por consiguiente de toda poesía. ¿Quién en verdad, más digno de los cantos de todas las lirás, de las rítmicas vibraciones de los pléctros angélicos y humanos, de las armoniosas notas de ese himno sempiterno que toda la creación en coro entona al Artífice Supremo? ¿Quién cómo Jesucristo ha amado ó amará jamás á los hombres con tanta ternura y suavidad, y con tal vehemencia y expansión de que sólo un Dios pudo ser capaz? ¿Quién, por consiguiente, más merecedor de las más grandiosas epopeyas que Aquel por quien la humanidad ha sido tan exaltada y encumbrada hasta sobre los mismos espíritus angélicos?

Yo, realmente, nada encuentro tan poético, tan hermoso, tan sublime, tan eminentemente ideal como Jesucristo; y, en igual modo, ninguno de los misterios de nuestra santa Religión, como la Encarnación y Nacimiento del Verbo Eterno, en los cuales se encuentra implícitamente, y como en un perfectísimo trasunto, la redención del género humano. Quisiera yo tener la inteligencia y las lenguas de los eternos bardos de la celeste Sión para cantar menos indignamente á Jesucristo, y hacer que los corazones de los hombres palpiten de amor por su más tierno amigo, por su más ardiente y excesivo amante.

Esta ha sido mi principal mira, al poner mano en éste que no merecerá ni llamarse tenue y palidísimo bosquejo de las grandezas del amor divino; producir siquiera una palpitación de amor, en los tal vez pocos lectores que espero tener de la presente, que podrá equivaler al pequeño óbolo de la viuda del Evangelio. Debido á este mi intento que me he propuesto secundar, creo haber aun traspasado los moldes y barreras de la epopeya. Y así en el primer canto me extiendo algo más de lo necesario en lo relativo á la misión del Verbo eterno á un mundo criminal y delincuente; y, dilatando los horizontes de la perspectiva, y por consiguiente, del plan trazado, me su-

merjo en las amarguras y dolores de la Pasión del Redentor. A este mismo fin, he establecido en el trascurso de la obra dos grandes campos de batalla que se abren y dilatan ante los ojos del espectador. En el uno, pinto las luchas del Eterno Amor por salvar al hombre; y en el otro, al tirano y enemigo jurado de la criatura racional, el homicida del género humano, al frente de la compacta falange de los espíritus infernales, apurando toda su antigua saña y astucia por desbaratar los amorosos planes del Hijo de Dios, y hacer quimérico el apogeo y engrandecimiento de la humanidad.

Y así intencionalmente me dedico á recalcar las sombras de este grandioso cuadro de la regeneración humana para que más resalten las luces, destellos y perfiles de la colosal obra del Verbo eterno. Estoy muy lejos de pretender que esta mi humilde obrita llene las tan difíciles medidas de un poema épico. Pero vuelvo á repetir cuál ha sido en ella mi principal intento. Si lo consigo, ó no, lo dudo altamente en vista de las escasísimas dotes que me adornan para tan grandioso argumento y tan alto fin; y termino confiando el éxito de la presente á Dios, en primer término, y á la implorada benevolencia de mis lectores.

Jiquilpan, 22 de Mayo de 1901.

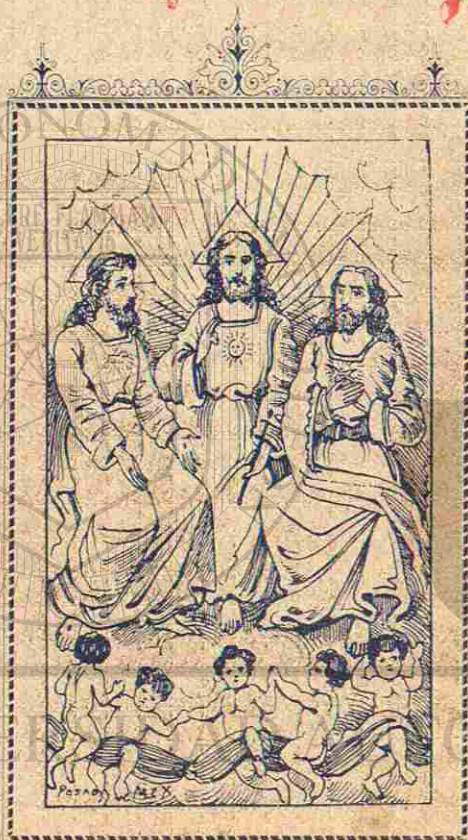


merjo en las amarguras y dolores de la Pasión del Redentor. A este mismo fin, he establecido en el trascurso de la obra dos grandes campos de batalla que se abren y dilatan ante los ojos del espectador. En el uno, pinto las luchas del Eterno Amor por salvar al hombre; y en el otro, al tirano y enemigo jurado de la criatura racional, el homicida del género humano, al frente de la compacta falange de los espíritus infernales, apurando toda su antigua saña y astucia por desbaratar los amorosos planes del Hijo de Dios, y hacer quimérico el apogeo y engrandecimiento de la humanidad.

Y así intencionalmente me dedico á recalcar las sombras de este grandioso cuadro de la regeneración humana para que más resalten las luces, destellos y perfiles de la colosal obra del Verbo eterno. Estoy muy lejos de pretender que esta mi humilde obrita llene las tan difíciles medidas de un poema épico. Pero vuelvo á repetir cuál ha sido en ella mi principal intento. Si lo consigo, ó no, lo dudo altamente en vista de las escasísimas dotes que me adornan para tan grandioso argumento y tan alto fin; y termino confiando el éxito de la presente á Dios, en primer término, y á la implorada benevolencia de mis lectores.

Jiquilpan, 22 de Mayo de 1901.





CANTO I.

YO no os invocaré, Musas profanas
 Que en los antros morais del Elicona,
 Y al arrullo de límpidas fontanas
 Vais tejiendo al poeta su corona;
 Esas no busco yo selvas lozanas
 A cuya sombra vuestro Apolo entona
 Sus cantos, dulces sí, pero que al cielo
 Nunca pretenden levantar el vuelo.

Estro divino, inspiración ardiente,
 Etérea llama, fuego inextinguible
 Venga á encender y fecundar mi mente
 Que osada se remonta á lo invisible,
 Y del eterno amor busca la fuente.
 Descúbreme esa cima inaccesible
 Tú ¡oh Virgen! Madre del amor hermoso,
 Extiéndeme tu brazo poderoso,

Tú que la mar undísona refrenas,
Y el prado esmaltas de lucientes flores,
Tú que vistes las castas azucenas,
Y en el iris reflejas tus colores,
Tú que el empíreo de topacios llenas,
Y prestas al lucero tus fulgores,
Tú de quien copia toda la natura
Sus encantos, su gracia, su hermosura.

Voy á cantar (perdona mi osadía)
La más ardua y espléndida proeza
Que en la mente de un Dios surgir podía;
Toda Él mismo exploró su fortaleza,
De su brazo ensayó la valentía
Para arrostrar tan ponderosa empresa,
La que *ab aeterno* con estudio labra
Quien á un mundo dió ser con la palabra.

¡Pásmate, oh cielo! ¡pásmate tú misma,
¡Oh Madre! cuyo seno inmaculado
Ha recibido el singular carisma!
Esa grande obra en él se ha consumado,
Obra de amor en que Jehová se abisma:
Vestir la humana arcilla ha decretado;
Sangre, fuerza, calor de tí recibe
El que inmutable por los siglos vive,

¡Transfórmase en infante pequeñuelo!
Ya bebe del dolor en la ribera,
Para trocar en júbilo el gran duelo
Y reparar la ruina lastimera
Que el hombre deploraba sin consuelo,
Porque infernal serpiente lisonjera
Lo fascinó desde su misma cuna,
Robándole su gloria y su fortuna.

El tartáreo monarca, el gran tirano
Urdió, á la vez, mil tramas y artificios
Contra el Amante del linaje humano,
Por frustrar de su amor los beneficios:
Se armó, lo desafió; mas todo en vano;
Funestísimos fueron sus auspicios;
Tu tierno Parvulillo, entre pañales,
Derrocó los baluartes infernales.

Este es el grande tema, el argumento
Que confío á mi laud, áspera senda,
Núnca trillada piso, en que me siento
Desfallecer: pero tu diestra encienda
Luz divina en mi obscuro entendimiento,
Y nadie la alta cumbre me defienda:
Tú iníciame en los ritmos celestiales,
Báñame en tus fulgores eternos.

Y si más tarde mi ceniza fría
Al soplo de la fama despertare,
Si al borde mismo de la huesa umbría
Con el lauro la hiedra se enlazare;
Tú seas el sol de mi segundo día,
Nunca de tí mi nombre se separe,
Grabe en tu pedestal mi triunfo humilde
Una cifra siquiera, un solo tilde.

YA luengos siglos en dolor profundo
Ha gemido la humana descendencia
Que dispersada por el vasto mundo,
Arrastra su tristesísima existencia:
El genio del dolor, siempre iracundo,
La azota con indómita inclemencia;
Terrible maldición en sus oídos
Resuena aún con horriblos rugidos.

Maldición que escuchó por vez primera
De la boca del mismo Omnipotente,
Contra quien ella levantó altanera
De loca rebelión grito insolente:
Esta de todo mal origen fuera,
El foco impuro, la maligna fuente
Que sobre el hombre revesó caudales
De mil desgracias é infinitos males.

¡Oh pérfida Soberbia! ¡cómo hundiste
Al mismo rey de toda la natura,
De ese gran reino que de luz se viste,
En la sima de tanta desventura!
Tú el cetro de su mano sacudiste,
Y la diadema de su frente pura;
Y con el negro estigma del delito
Lo trocaste en un mísero proscrito.

Esa misma Soberbia que de muerte
Al hombre hirió, brindándole fortuna,
Fué su enemigo más sañudo y fuerte;
Siguió siempre acosándolo importuna,
Y tan tímido lo hizo, tan inerte,
Que él, sin luchar, sin resistencia alguna,
Por fin se le entregó; soltó los brazos,
Y aun besó sus cadenas y sus lazos.

Densa sombra, vapor caliginoso
Del hombre entonces envolvió la frente,
Como un grueso sudario tenebroso
Que estaba en pugna con la luz ardiente.
Volvio la espalda al Todopoderoso,
Le negó su homenaje reverente,
Quiso de su servicio emanciparse
Y por sí solo á un alto fin guiarse.

Artes, ciencias, amor llama á su lado,
Y sus nobles destinos les confía;
Cree ya tocar el término deseado
De gloria y bienestar, que tanto ansía:
Mas su espíritu agítase turbado;
Lo seduce el error y lo desvía,
Lo arrebató en un negro torbellino,
Y arrojalo muy lejos del camino.

El sigue á tientas entre los horrores
Que ha esparcido una noche tenebrosa;
Toda estrella le niega sus fulgores;
Calla su mente torpe y perezosa;
Y ya sin esperar bienes mayores,
Y renunciando á toda idea grandiosa,
Rompe al fin todo dique, todo freno,
Y tú eres, carne vil, su ídolo obscuro.

Así cuando rebrama y se enfurece
Al choque de los vientos el océano,
Pobre piloto gime y se estremece,
Y busca con afán astro lejano;
(Más y más muge el cielo y se ennegrece)
Y viendo al fin que el resistir es vano,
Suelta el timón, mientras la mar bravea,
Y con su presa inerme juguetea.

Mas el Eterno Verbo, el Engendrado
Por el gran Padre en el eterno día,
Su luz vertiendo en el mortal que ha creado,
El poder de esa noche combatía;
Nunca su luz al hombre hubo negado:
Pero ese rayo fúlgido caía
Sobre la losa de una tumba obscura
Llena de horror y fetidez impura.

El mismo en todo el orbe, entre millares
Había escogido un pueblo venturoso
Que enriqueció de dones singulares,
Para que este, cual foco luminoso,
Brillara allende los inmensos mares
Por el vasto Universo tenebroso:
El le mandaba oráculos divinos
Que enseñaran al hombre sus destinos.

Y aquella Ley que en la más noble entraña
Grabó Jehová dentro del pecho humano,
Confirmóse en la ignívoma montaña
Por el eterno edicto soberano,
Y promulgada fué con pompa extraña:
Mas este pueblo, en su delirio insano,
Con dones tan sublimes se enaltece,
Y, necio, de sí mismo se envanece.

Cree bastar una rígida observancia
Para guiar la humanidad entera,
Y marcha á su vanguardia con jaectancia,
Sin acordarse de su Dios siquiera.
Mas tumbos dando llega, en su ignorancia,
Al borde de ese caos que absorbiera
Al ciego dominante gentilismo,
Y el vértigo lo arroja en el abismo.

Tristes despojos, restos funerales
Quedaban ya de la grandeza humana;
Pero entre esos escombros sepulcrales
Su frente el hombre levantaba ufana
Ni de rendirse aún daba señales:
La empresa de curarlo fuera vana;
Él mismo ahondaba su profunda herida
Caricias prodigando á su homicida.

Mas Dios, al fin, ya de esperar cansado,
Entabló con la humana descendencia
Conflicto desigual: ya la ha estrechado
Por todas partes, toda resistencia
Todo efugio y escape le ha cerrado;
Y luego sin esfuerzo, sin violencia,
La arroja en lo más hondo de aquel cieno
Que exhalaba mortífero veneno.

Ya empiezan esos fétidos olores
A nausear al mortal, se siente herido,
Lo punzan agudísimos dolores;
Súbito de sus ojos ha caído
La antigua venda que con los fulgores
De todo astro vital había reñido;
La confusión lo turba y lo sonroja,
Hondo suspiro de su pecho arroja.

Clama piedad en tono lastimero,
Al mirar el abismo en que yacía,
Se pasma, se lamenta, y ya sincero
Sus ojos vuelve á la región del día,
Quebrantado su espíritu altanero;
Cree que tan solo un Dios darle podría
Su mano bondadosa, y levantarlo,
Y á su fúlgido origen encumbrarlo.

Mas siente el hombre mísero su frente
Abrumada del crimen por el peso;
Quiere elevar á Dios plegaria ardiente,
Y en sus labios la voz halla tropiezo.
¿Qué va á hacer esa estirpe delincuente
Que ya de su dolor llega al exceso?
Para que ese su ruego no se frustre,
Va á interponer aquel senado ilustre.

Este sagrado coro sus acentos
Eleva sin cesar á la alta esfera
Entre ayes mil y flébiles lamentos;
Responde ya la humanidad entera
A aquestos de dolor tristes concentos;
Se oye una sola nota lastimera;
Y esta voz tan enérgica vibróse,
Que el altísimo Olimpo estremeciósse.

Esto bastante fué: todo rendido
Estaba el hombre, y por el hombre ahora
Se declara Jehová como vencido:
Relámpago fugaz el cielo dora;
Y entónces el Gran Padre, conmovido,
Hace oír una voz consoladora:
"Yomismo, exclama, yo, por mi clemencia,
Iré á curar del hombre la dolencia."

Sonó, por fin, el suspirado instante
En que el imperio del dolor cesara,
En que el yugo durísimo, infamante
De férrea esclavitud se quebrantara:
No quiso el buen Jehová que en adelante
El averno á su víctima insultara,
Ya arrancarle decreta su gran presa,
Y el hombre restituir á su grandeza.

Despuntaba una época de gloria,
Una aurora de paz nítida y pura,
La más risueña de la humana historia;
Y ya al romperse la gran noche oscura,
Quiere Jehová su mente hacer notoria
A la espléndida corte de la altura,
Sus altísimos planes concebidos
Revelarle, hasta entónces escondidos.

De ellos un tiempo pálida vislumbre
En la mente de Adán brillado había,
Cuando, arrojado de la excelsa cumbre
De su grandeza, ponderado había
De la culpa la inmensa pesadumbre:
La lágrima primera se vertía
En el Edén perdido, y por la mano
Se enjugaba del Padre soberano.

Pronto el heraldo fiel de esas regiones
Por el eterno Sol iluminadas,
Convoca ante el gran trono las legiones
Que tienen sus magníficas moradas
En reedor de los áureos escalones;
Cimbranse las vastísimas arcadas,
Suspende el cielo su velóz carrera,
Y habla el supremo Rey de esta manera:

“Espíritus eternos, celestiales
Antiguos cortesanos, que fielmente
Guardáis de estos palacios los umbrales
De vuestro Dios el trono refulgente,
Escuchad mis palabras, ¡oh inmortales!
Vosotros los que un tiempo heroicamente,
Hubisteis de vibrar el noble acero
Contra un caudillo indómito, altanero.

“Mé es grato recordar esa proeza,
Ese vuestro valor, esa energía,
Hija de la lealtad y la nobleza;
¡Vuestro es el reino en que no muere el día!
Mas del solio rodó de su grandeza
El ángel fiero que su frente erguía,
Al mismo Omnipotente desafiando,
Y el rayo de sus iras despreciando.

“Región de llanto y luto sempiterno
Fueron de su victoria los honores,
Halló su trono en el profundo averno.
Pero aún no se sacian sus furores;
Su negra envidia, su rencor eterno
No cupo de esa noche en los horrores;
Todo dique rompió, toda barrera,
Y paso abrióse á la terrestre esfera.

“Bien lo sabéis. El Angel destronado
Jura destruir la humana descendencia;
Con mil artes y astucias la ha acechado
Por robarle su dicha y su inocencia;
El veneno más cruel le ha propinado
Que pudo hallar en su maligna ciencia,
Y la estirpe de Adán bebió la muerte,
Mejor dicha buscando, mejor suerte.

“Hoy recordad lo que fué el hombre un día:
De un bienestar inmenso rebosaba;
Por Dios su pecho sin afán latía,
Y en el amor más puro se abrasaba;
Con la mente los ámbitos medía
Del infinito, en que su centro hallaba;
Holgábame yo mismo en regalarle,
Y mis caricias pródigo brindarle.

“Su vida, sin cansancio ni amargura,
Se hubiera deslizado en sueño blando,
Cual arroyuelo de corriente pura;
Y de la muerte el ímpetu ignorando,
La angustia y el dolor, sobre la altura
Un áureo trono le estaría esperando,
Una noble riquísima diadema,
Cual de su eterna filiación emblema.

“Pero ¡oh! ¡cuán breve dicha! En un momento
Todo desapareció, sombra ligera,
Tenue vapor, relámpago violento:
¡Nada al hombre quedó de lo que fuera!
Es un lánguido espectro macilento;
Es un cádaver que la tumba espera;
Es de la gran reprobación el hijo,
A quien su mismo Padre ya maldijo.

“Ahí le veis ¡cuán triste es su existencia!
Como reptil se arrastra por el suelo,
Y el mismo afán acrece su impotencia;
El más y más fatigase en su anhelo;
Siente una sed mortal de amor y ciencia:
Pero no alza jamás su vista al cielo,
Cual ave informe de la noche oscura;
De su Dios el recuerdo lo tortura.

“Le rompe las entrañas su pecado,
Y como cruel tirano que lo oprime,
Le hace ver á su Dios que, siempre airado,
Ardiente espada vengador esgrime;
Y ante esa vista el hombre acobardado
Tanto se turba, se entristece y gime
Que de El huye muy lejos y se ausenta,
Y de su mente hasta el recuerdo ahuyenta.

“¡Mirad al rey de la creación! De hinojos
Cayó á los pies de un simulacro vano;
En él fijó con lágrimas sus ojos,
Y suplicante le tendió su mano;
Y desde entónces, todos sus antojos
Se trocaron en númen soberano,
Todo ensueño y quimera, finalmente,
Rindió del hombre el corazón, la mente.

“¡Oh humana dignidad! ¡cuán degradada!
La misma carne corrompida, inmunda
Es ya por el mortal divinizada;
El ya le rinde adoración profunda,
Y ante ese ídolo torpe se anonada:
Y tanto en sus caprichos lo secunda,
Que el vicio ocupa un alto magisterio,
Y es mancha la virtud, es vituperio.

“Reina doquier por la anchurosa tierra
Profunda lobreguez, tiniebla obscura;
Y el pérfido Satán, que siempre en guerra
Con el sol vive, y odia su luz pura;
Entre esas sombras á su presa aferra,
Y la garra le clava, y la asegura;
En sus ayes se huelga y sus espasmos,
Y la colma de mofas y sarcasmos.

“Él mismo ha ya ocupado los altares,
Donde, exigiendo un culto sanguinario,
Votos recibe, ofrendas á millares,
Y perfumes le brinda el incensario;
El domina en las tierras y los mares,
Ya es el hombre su esclavo voluntario,
Y, llegando al extremo de su ruina,
Tan noble ser ante Satán se inclina.

“Y el insaciable tigre en recompensa,
Se jacta en derramar, como un torrente,
La sangre de esa stirpe sin defensa,
Y devorarle el corazón caliente,
Sin que pueda saciar su rabia inmensa;
Y herida, destrozada tan cruelmente,
Por fin la arrastra hacia el profundo Averno
Al hondo abismo del horror eterno.

“¿Qué triste condición! ¡qué desventura!
¡Oh miserable ser degenerado!
¿Y es este el hombre, singular criatura,
Por nuestras manos con primor forjado,
Espléndido destello, imagen pura
De nuestro mismo ser, que en él grabado
Estampó su sigilo incancelable,
Y una noble divisa inimitable?

“¿Es este el rey para quien ser debía
Escala breve el universo entero
Que á su trono eternal lo elevaría
Como hijo fiel, legítimo heredero
A quien yo mismo preparado había
Su palacio real, con grande esmero,
De inmenso bienestar para llenarle
Y de mis goces mismos embriagarle?

“Mas ¿acaso esa stirpe moribunda
Jamás ha de enjugar el largo llanto
Con que ese valle de destierro inunda,
Y en medio de su angustia y su quebranto
Exhalará querella tan profunda,
El eco de un dolor, sensible tanto,
Sin hallar quien mitigue su amargura,
Y nunca le haga oír voz de dulzura?

“¿Su indómito adversario infatigable
Se jactará por siempre alevemente
De insultar á su presa miserable,
Hollándola feróz, impunemente,
Sin que nadie barrera insuperable
Ose oponer á un monstruo tan potente,
Ni quebrantar su saña indefinida,
Ni las fauces obstruir de ese homicida?

“¡Tiemble ya el homicida! yo he jurado
Por mi cetro real, por mi gran nombre,
Confundir al vestiglo entronizado,
Y restituir á su grandeza el hombre:
Tan noblemente éste será vengado,
Que de sí mismo el déspota se asombre
Al ver trocarse en luto sus victorias,
Y en eterno baldón todas sus glorias.

“El llanto de la humana descendencia,
Sus gemidos, sus ayes han subido
Hasta mi trono, haciéndome violencia;
Su humilde postración ya me ha vencido;
Hoy reconoce su letal dolencia
El mísero mortal, está rendido
Su antiguo orgullo, ya abatió su frente,
Y clama á su Creador en voz doliente.

“Quebrantaré yo mismo sus prisiones,
Y en mil astillas romperé ese yugo
Que han cargado ya mil generaciones;
Yo arrojaré á la faz del cruel verdugo
Los férreos ponderosos eslabones
De esas cadenas que fraguar le plugo;
Arrancaré al tirano sus trofeos,
Reyes serán los que azotó cual reos.

“Pero ¡ah! ¿cómo salvar la estirpe humana,
Al ser mezuquino, al átomo de un día
Que ultrajó mi diadema soberana,
Que contra mí, con pérfida osadía,
De su existencia en la primer mañana,
El grito levantó de rebeldía?
Llegó ese grito á mi encumbrado trono,
Armó mi brazo, provocó mi encono.

“¡Suena aún esa voz en mis oídos!
Mi augusta Majestad clama venganza,
Claman mis atributos deprimidos
En la que el hombre holló plácida alianza:
¿Serán aún mis rayos reprimidos?
¿Dormirá desarmada mi venganza?
¿Impune ha de quedar el temerario?
¿Que el reo se castigue es necesario!

“Sí, ¡castíguese al reo! sobre su frente
Caiga de maldición el anatema:
Mas triunfe sobre el mismo delincuente
Mi omnipotencia, mi bondad Suprema.
Ese castigo atroz, enorme, ingente,
Será del hombre la salud extrema;
Será el mismo apogeo de mi indulgencia,
La mayor expansión de mi clemencia.

“El hombre vivirá.... Pero inmólada
Será de mi deidad en los altares
Una víctima santa, inmaculada,
Más grande que las tierras y los mares,
Más que el empíreo altísimo encumbrada:
Esta, dejando los eternos lares,
Los fúlgidos palacios soberanos,
A confundirse irá con los humanos.

“Tomará una inferior naturaleza
Para esconder en ella sus fulgores,
Del trono bajará de su grandeza
A rendirme humillada los honores
Que el hombre defraudara á mi grandeza
Y el rayo interceptar de mis furores.
Sí: vuestro Dios, el mismo Omnipotente
Ha de ser esa víctima inocente.”

Calló el Supremo Padre; retemblaron
Del Olimpo las cúspides erguidas,
Y sus fuertes columnas se cimbraron;
Por un santo pavor sobrecogidas,
Las escuadras aligeras cruzaron
Sobre el rostro las alas encendidas;
Pasmáronse los altos querubines,
Se enrojecieron más los serafines.

¡Genios del alto empíreo, inmateriales
Fúlgidas Mentes que bebéis la ciencia
En los mismos eternos manantiales,
Y os engolfáis en la divina Esencia!
A mi labio acercad esos raudales;
Dadme aliento vital en mi impotencia:
Pues la voz ya en mi pecho languidece,
Y el vigor de mi mente desfallece.

Ya en este grande drama que medito
Traspasé con mi vuelo las esferas,
Y a me encuentro en lo inmenso, en lo infinito,
Sin relación, ni espacio, ni barreras;
La eternidad me atruena con su grito,
El vértigo me envuelve, esas lumbreras
Mi vista embotan: pero amor me empuja,
Aunque mi lira triturada cruja.

Del Padre aún la voz repercutía,
Cuando su augusto Verbo, el Engendrado
De su gran mente en el eterno día,
Por quien del cáos surgió todo lo creado,
De vida rebosando y alegría;
Se hubo de su alto trono levantado,
Y así con dulce acento y gran medida
Habló al Sumo Monarca de la altura:

"Padre, Padre amantísimo, que viste
Condolido, del hombre los dolores,
Y una divina víctima escogiste
Quien te vuelva humillada los honores
Que el hombre te usurpó, y ahora triste
Lleva doquier tus dardos vengadores;
Dígnate que la causa yo reciba
Del ser humano, y para siempre él viva.

"Dígnate descargar en mi cabeza
Del antiguo delito el peso enorme;
Y que yo mismo rinda á tu grandeza
Una expiación á esa maldad conforme,
Y se eleve á su prístina nobleza
La real estirpe, y toda se transforme:
Cayó, sí, moribunda, agonizante,
Pero en los brazos de su Padre amante.

"Cuando al mundo de su eje suspendías,
Y á tu voz las esferas se ensanchaban,
Cuando astros á millares encendías
Que la celeste bóveda esmaltaban,
Cuando al piélagos hirviente reprimías,
Y en arenas sus iras se estrellaban,
Cuando, en fin, palpitando placentera
Se levantaba la creación entera:

"Yo de todo lo creado acá en mi mente
Había forjado el idéal grandioso;
Yo fuí el Artista de esa obra ingente,
De ese inmenso edificio tan hermoso
Que levantó tu brazo omnipotente.
Mas todo ese conjunto armonioso,
Con toda su belleza peregrina,
Hoy yace envuelto en la más grande ruina.

"Cayó el hombre en quien toda la natura
Grabara un noble, rutilante lema,
En él reconcentrando su hermosura;
Y en su fatal caída, en su anatema
Precipitó la mundanal creatura,
Y la hundió en ruina y abyección extrema:
A mí, por tanto, el reparar incumbe
De la creación el mísero derrumbe.

"Es el hombre una imagen, un reflejo,
Un lampo de la Increada Inteligencia,
Yo proyecto mi luz en ese espejo,
Los nítidos destellos de mi ciencia:
Mas ya no es esa imagen ni un bosquejo
De su antigua belleza y transparencia;
Informe, obscura toda, envilecida,
Hoy la miro á una sombra reducida.

“A mí atañe, por tanto, sus fulgores,
Su prístina nobleza restituirle,
Y, todos reanimando sus colores,
De nueva vida y de vigor henchirle:
Quiero de ricas galas y primores
Con tan raro artificio revestirle,
Que hermosa, como nunca, resplandezca,
Y aun su antiguo linaje se oscurezca.

“Tú, oh Padre, en tu clemencia te has mo-
(vido
A extraer del abismo á los mortales,
Y, (tu grandioso plan ya reasumido)
Abrir del Sumo Bien los manantiales
Al hombre, á quien estaba prometido
Un torrente de goces eternos
Que su espíritu férvido inundara,
Y en la divina Esencia lo engolfara.

“Yo, tu mismo Unigénito, tu Increada
Inteligencia, tu fecunda Mente
Tomaré esta misión; yo á la desviada
Humanidad mi luz indeficiente
Mandaré, y de la patria bienhadada
La pondré en posesión eternamente;
Y haré que el adoptivo, ya heredero,
Sea de tu Hijo el eterno compañero.

“Burlado el hombre, escarnecido un día
Fué por su astuto, pérfido contrario;
Quedó envuelto en calígine sombría
El mismo que el altísimo santuario
Escalar de la ciencia pretendía:
Pues yo, á despecho de ese su adversario,
Haré que esa magnífica promesa
Se vea cumplida en toda su grandeza.

“Descubriré la sima más profunda
De la ciencia eternal á los humanos,
Cuando, ya rota la carnal coyunda,
De su dicha penetren los arcanos;
Esos conatos que el mortal secunda
En pos de la verdad, no serán vanos;
Yo haré que él se transforme en lumbre viva,
Y del saber la plenitud reciba.

“Tú exiges que esa víctima tan pura
Que ha de borrar del crimen las señales,
Vaya á enlazarse á una inferior natura,
Y allí esconda sus rayos celestiales:
Pues yo escogí la racional creatura,
Son mi amor, mis delicias los mortales;
Al hombre quiero íntimamente unirme,
Y con él para siempre confundirme.

“Yo, penetrando en la natura humana,
En ella anonadado enteramente,
Esconderé mi forma soberana
Y la divina aureola de mi frente:
Mas ella en cambio, espléndida y ufana,
Medrando con vigor indeficiente,
Subirá sobre el sol y las estrellas,
Y doquier dejará fúlgidas huellas.

“Quede yo desde entonces constituido
En Pontífice eterno y medianero;
Y el hombre, á mi contacto ya encendido,
Sea de la eterna luz el reverbero:
Pues él se halla en el centro suspendido
De la creación, del Universo entero;
Y reformando en él toda creatura,
Surgirá á nueva vida la natura”

Habló el Verbo divino; despedía
Vivísimos destellos su mirada,
Y, por el grande amor que en Él ardía,
Era toda su faz ascua inflamada,
Y al gran Monarca con ardor pedía
Esa noble misión, tan suspirada
De redimir al mundo delincuente;
Respondióle el gran Padre Omniponte:

“¡Hijo augusto, en quien todas he tenido
Mis eternas delicias inefables!
Ya que en el hombre frágil has vertido
Tus caudales de amor inagotables,
Y á lástima tan grande te han movido
De Adán los descendientes miserables;
Tú seas su *Redentor*, sean por tí mismo
Arrancados del fondo del abismo.

“Tú seas el vengador del ser humano,
El que ha de restituirlo á su nobleza:
Mas oye mi decreto soberano.
Sentirás de mis iras la crudeza,
El peso abrumador de mi gran mano
Al arrostrar tan ponderosa empresa;
Entre inmensos tormentos y dolores
Lucharás con mi saña y mis furores.

“Al cubrirte la lútea vestidura,
El barro vil, la criminal librea,
Apurarás un cáliz de amargura
Que hasta los bordes espumoso ondea,
Nunca gustado por mortal creatura:
En un rincón obscuro de Judea
Pasarás luengos años ignorado,
Y con el mismo vulgo nivelado.

“Del dolor arrollándote el torrente,
Te ha de arrastrar al piélago profundo,
Nunca sondeable, de tu amor ingente:
Pero yo entonces, rígido, iracundo,
Desatando mi saña omnipotente;
Haré hervir un oleaje furibundo
En ese amargo océano, que entre brumas
Se agitará, rompiéndose en espumas.

“Bramará más y más enfurecido,
Aguijaré yo mismo su braveza;
Y del trueno entre el hórrido rugido,
Entre tiniebla impenetrable, espesa,
Un rayo, de mi diestra desprendido,
Irá fiero á chocar con tu cabeza,
Y hará estallar la efímera barquilla,
Que te dió abrigo en su mortal arcilla.

“Y tú, náufrago ya, desamparado
Aun de tu mismo Padre, que inflexible
Te cerrará su pecho, tan deseado;
Te hundirás, de su cólera terrible
En el profundo abismo derribado;
Caerás bajo el poder irresistible
De la muerte feroz, que jactanciosa
Te extenderá su garra poderosa.

“Un enorme madero, áspero, rudo,
Veo todo de tu sangre ya inundarse,
Y en el suplicio más infame y crudo
Tu adolorido cuerpo desmembrarse.
El orbe te verá, de espanto mudo,
Y de tu sangre aún no podrá hartarse
El hórrido sayón, que en tu agonía
Te insultará con pertinaz porfía.

“De ese tu amor inmenso, de esa hoguera
Esparcirás la abrasadora llama
Capaz de consumir la vasta esfera:
Mas verás que insensible aun no te ama
La estirpe en que tu sangre se embebiera;
Verás que ciega, á la creatura aclama:
Muchos con mente y corazón avieso
Pagarán de tu amor el grande exceso;

“Y aun otros osarán escarnecerte
El trasunto al oír de tus amores,
Y pérfidos de nuevo suspenderte
En el suplicio cruel de tus dolores,
Y en nuevas ignominias envolverte;
Otros, de noche espesa en los horrores
Vivirán sepultados, y á su oído,
Ni aun de tu nombre llegará el sonido.”

Resonaron con lúgubre cadencia
Estas voces del Padre Omnipotente;
Mas, de su amor siguiendo la vehemencia,
Habló el amante Verbo nuevamente
Del Padre Sempiterno en la presencia:
"Nada ¡oh! Padre me arredra; firmemente
A costa de suplicios inauditos
La vida quiero dar á los prescitos.

"Sé que la herencia del mortal mezquino
La mía será también, amarga tanto,
Y como él, desterrado, peregrino,
En el torrente beberé del llanto;
Nada de esto se opone á mi camino:
Del dolor el estigma y del quebranto
Será un sensible vínculo inviolable
Que más me estreche al hombre miserable.

"Me cubrirá la misma vestidura
Del lánguido mortal, rota y ajada;
Su misma asumiré frágil natura
Que podrá por su mano ser palpada:
Y atónito él entonces, con ternura
(Al ver en mí su imagen fiel grabada),
Me llamará su hermano y semejante,
Su fiel amigo y compasivo amante.

"Ya ansío por recorrer ese sendero
De agujones y espinas erizado,
El mismo que al humano pasajero
Las plantas sin piedad ha lacerado;
Esas espinas despuntar yo quiero,
Aunque todo me dejen desangrado;
El dolor en mí ensaye su inclemencia,
Y alivie yo del hombre la dolencia.

"Yo como su adalid, iré delante
Valor para infundirle y ardimiento,
Y pueda él afrontar, siempre constante,
Su terrible adversario, *el sufrimiento*,
Y aun llamarlo su amigo y fiel amante,
Y en él hallar sus goces y contento:
Esta sea la corona más valiosa
Con que él ciña su frente victoriosa.

"La misma muerte, armada de terrores,
Será ya por el hombre escarnecida;
En vano de amenazas y furores
Se rodeará la indómita homicida:
Yo embotaré sus dardos matadores,
Toda yo apuraré su hiel temida,
Para que él pueda á tan adusto ceño
Al fin rendirse como á un dulce sueño.

“Mas contra mí, sedienta de venganza,
Se arrojará terrible á desafiarme;
Toda ejerciendo su feroz pujanza,
Vendrá con fuerte brazo á sujetarme,
Y en un áspero tronco, sin tardanza,
Osará finalmente levantarme;
Y allí enclavado, en medio de ladrones,
Me hartará de ignominias y baldones.

“Ella mi sangre verterá á torrentes,
Y aglomerando herida sobre herida,
Empezará con notas insolentes
A cantar su victoria fementida.
Estrofas de dolor, notas ardientes
Romperán de mi boca enardecida;
Y en Tí buscando con ferviente anhelo
En mi íntimo dolor algun consuelo:

“Un espanto glacial, terror profundo
Sacudirá mi pecho desolado
Al ver tu rostro rígido, iracundo:
¡Pero entonces, oh Padre, habré triunfado!
Trofeo será de mi victoria el mundo;
Ya la grande expiación se ha consumado;
Ya tu Hijo, hundido en la abyección extrema,
Rindió á tu gloria la ovación suprema.

“Será entonces clavada en el madero
Esa misma cruel muerte inexorable,
Y, restituido ya el violado fuero,
El hombre, de este reino inmensurable
Volverá á ser legítimo heredero:
Sea mi amor por el suyo permutable;
Y aunque solo derroque un pecho humano,
Nunca tanto sufrir tendré por vano.

“Mándame pues, ¡oh Padre! sea cumplido
El gran plan que tu mente concibiera;
Ya de Adán el linaje desvalido
Impaciente, frenético me espera;
Más y más se hace oír hondo gemido,
Va á derramar su lágrima postrera:
Yo atenderé con un profundo acato
La más leve señal de tu mandato.”

Vencido está Jehová; su fuerte diestra
Va á extender sobre el vasto firmamento,
Y á dar de su poder la grande muestra;
Ha sonado por fin el gran momento
De ver cumplida la esperanza nuestra
Que Él mismo confirmó por juramento:
Las celestiales jerarquías aladas
Esperan ese instante alborozadas.

¡Vates de esa Sion, siempre risueña,
Que cantáis en sus atrios de zafiro!
Ya mi cítara muda se despeña
De esas alturas en revuelto giro;
Mas si fiel vuestra mano no desdeña
Conducirme á la cima á donde aspiro,
Podré aún proseguir mi osado vuelo
Por las cumbres altísimas del cielo.

O vosotros más bien (ya se empobrece
Mi débil númen) proseguid amables,
Cantad lo que á mi acento no obedece;
Repetid esas voces inefables
Con que el Gran Padre decretó que fuese
De la tierra á las playas miserables,
Su Verbo, su Hijo augusto muy amado
A hacerse igual al hombre desdichado.

Vosotros contemplasteis al Eterno
Cuando esa gran palabra pronunciaba;
Cuando empuñando el cetro sempiterno,
El solemne decreto confirmaba,
Y las sienes al despota de Averno
Para siempre de un golpe quebrantaba;
Cuando los montes de esa Sion, su cumbre
Ceñida irguieron de más viva lumbré.

Vosotros lo escuchasteis con espanto
Cuando á su mismo Espíritu ferviente,
De recíproco amor Vínculo santo,
Ordenaba el Gran Padre omnipotente,
Que á la estirpe de Adán ha amado tanto,
Formara para su Hijo, atentamente,
En las entrañas de una Virgen pura,
Humana perfectísima natura.

A un mísero mortal no es permitido
Esa voz repetir, voz inefable;
Ascua viva mis labios no han sentido.
Creo que tan solo acompañar me es dable,
Ese júbilo inmenso, indefinido,
Cuando al oír edicto tan amable,
Vuestros aplausos férvidos sonaron,
Y del cielo las aulas atronaron.

Entre toda la excelsa jerarquía
Con singular belleza descollaba
El invicto Miguel, quien otro día
Al caudillo que á Dios se rebelaba,
Lanzó del Oreo á la prisión sombría;
Y ahora como entonces, empuñaba
Esa espada flamígera su diestra
Y el diamantino escudo su siniestra;

Y de un estro impetuoso arrebatado
Por ese empuje del amor divino,
Y en tan raras finezas abismado;
Se levanta hasta el trono diamantino,
Y al Verbo, al Unigénito increado,
Himno triunfal, gigante, peregrino
Entona con un énfasis sublime
Que lo más noble de ese amor exprime.

Cantó el ínclito Arcángel la grandeza
Del Hijo eterno, por quien fué extraída
Toda junta la gran naturaleza
Del bátratro en que estaba sumergida;
Por quien radiante de sin par belleza,
Surgió del hondo cáos, llena de vida,
A quien sedienta la creación afluye,
Y en Él siempre su ser reconstituye.

Por cuyo amor, la racional creatura,
Hasta Dios mismo habría de remontarse
Y retratar en sí su imagen pura,
Y todo al Ser Supremo asemejarse;
Y, dominando la celeste altura,
En los goces inmensos abismarse
De su mismo Señor, que sin medida
Le abrió las fuentes de la eterna vida.

Cantó después con ritmo inimitable
El bardo del empíreo, la nobleza,
El esplendor, la gloria imponderable
De aquella Virgen de sin par belleza
Que en su púdico seno venerable
Iniciaría del hombre la grandeza,
La gran mujer que en el Edén doliente
Trituró con su planta la serpiente.

Celebra, en fin, con dulce melodía
El aligero vate, el gran guerrero,
Aquella Esposa tan fecunda y pía
Que, preparada con primor y esmero,
El mismo Eterno Verbo escogería
Para darle por trono el mundo entero,
Para que ella á los pueblos y naciones
De amor transmita los insignes dones.

Mas ya le anuncia una sangrienta guerra
Que ha de moverle el Erebo terrible
(Porque ella al hombre los abismos cierra)
Para hacer su conquista un imposible,
Y su nombre raer aun de la tierra:
Pero que ella ha de ser siempre invencible,
Y siempre hermosa, subirá triunfante
Al altísimo olimpo fulgurante.

Esto cantó Miguel, mientras su vuelo
Atónitos los astros suspendían,
Y los áureos alcázares del cielo
De más fúlgidas galas se vestían;
Mientras, sintiendo su profundo duelo,
Del Tártaro los antros remugían;
Esta fué del amor la gran victoria,
Esta la aurora de la humana gloria.



Fin del Canto Primero



Esto cantó Miguel, mientras su vuelo
Atónitos los astros suspendían,
Y los áureos alcázares del cielo
De más fúlgidas galas se vestían;
Mientras, sintiendo su profundo duelo,
Del Tártaro los antros remugían;
Esta fué del amor la gran victoria,
Esta la aurora de la humana gloria.



Fin del Canto Primero





CANTO II.

Con vivas ancias la terrestre esfera
Ya se baña en los nítidos fulgores
De esa aurora que alegre, placentera
Despuntaba entre cándidos albores:
Como al nacer la rubia primavera,
Su sonrisa esparciendo y sus colores,
Sacude el campo su tristeza y luto,
Y brinda al labrador ópimo fruto:

Así otro tiempo el orbe, aletargado
Por las brumas del sueño perezoso
Que los siglos sobre él han condensado,
Hundiéndolo en la inercia y el reposo;
Cuando vió, ya en girones desgarrado,
Despejarse ese toldo tenebroso
Que espesísimas nubes le tendían,
Y en sombra y en tinieblas lo envolvían:

Ebrio de dicha, estático, aturdido
Saludó alegre por la vez primera
Al astro rey, que de gran luz vestido,
Desciñéndose el áurea cabellera,
Opalos y granates, desmedido
Le enviaba sobre el monte y la pradera;
Y al ver el mundo sus cadenas rotas,
Vibró de su himno las primeras notas.

Apena entre destellos tan amables,
Asomaba esa era de ventura
En pos de tantos siglos lamentables;
Cuando el Sumo Monarca de la altura,
[Al realizar sus miras inefables,
Marcadas de su amor y su ternura]
Hizo brillar, cual nunca majestuoso,
Su arco irisado en el empíreo hermoso;

Y llama hacia los altos pabellones
Que su trono cobijan ampliamente,
Uno de los innúmeros campeones
Que le forman su corte reluciente,
Y entre miles de angélicas legiones
Gallardo alzaba su gallarda frente;
Era Gabriel, Gabriel en cuyo nombre
La fuerza de Jehová descifra el hombre.

Este fué el noble Arcángel escogido
Cual real embajador y mensajero
Al humano linaje distinguido;
Él, semejante al húmido lucero
Que roza de las sombras el vestido,
Y el sueño nocturnal rompe primero,
Al astro del amor precedería
Para anunciar el suspirado día.

Reverente Gabriel al solio llega
Del que manda al rugiente torbellino,
Su frente abate, su cerviz doblega,
Pendiente, absorto en el querer divino;
Los labios el Altísimo despliega,
Y empuñando su cetro diamantino,
Así el Sacudidor del firmamento
Le hace escuchar su poderoso acento:

“Una misión de paz, misión, sublime,
(Un mensáje el más noble) te confío:
Ya se llegó para el mortal que gime
El tiempo de mostrarle el amor mío,
De humillar al verdugo que le oprime,
Y en escarnio trocar su poderio:
Un pacto, una alianza soberana
Celebrar quiero con la estirpe humana.

“Irá mi Verbo mismo á desposarse
Con la ya moribunda descendencia,
Alma y humano cuerpo va á apropiarse
Con eterna estrechísima coherencia
Cual nunca entre lo creado podrá hallarse;
Una Virgen de nítida inocencia,
Le dará en sus entrañas maternas
[Obra del Grande Amor] auras vitales.

“Esa alianza magnífica revela
A la que Él por su madre ha destinado;
Habita en Nazaret la pequeñuela,
Donde Él mismo sus ojos ha fijado:
Con un férvido ardor el orbe espera
Oír este mensaje tan deseado;
De esa Virgen tan sólo una palabra
Hará que el cielo en un instante se abra.

“Ya sin tardanza los espacios hiende,
Deja el olimpo, las estrellas deja,
Y del mortal á la mansión desciende
Donde se escucha del dolor la queja.”
El Arcángel divino ansioso atiende
La seña de Jehová; rayo semeja
Cuando, la nube cárdena rompiendo,
Al monte hiere con fragor horrendo.

Agita luego sus purpúreas alas
Entre rojos matices y cambiantes,
Rápido cruza las etéreas salas,
Los atrios de zafiro y de diamantes,
Más y más brillan sus divinas galas
Al pasar por los astros, centelleantes,
Que, de color cambiando, palidecen,
Y sus ráfagas vivas se obscurecen.

Ya, acelerando su impetuoso vuelo
Las mismas velocísimas esferas
Ha traspasado el Angel en su anhelo,
Ya las combas montañas altaneras
Iban surgiendo sobre el bajo suelo
Ya el piélago azotaba sus riberas,
Ya la hirsuta melena descubría
El Líbano que rígido surgía.

Ciérnese el mensajero finalmente
Sobre una alta región de Palestina,
Cuando clava su vista de repente
En fragosa basáltica colina,
Tajada por un flanco bruscamente;
Allí sobre un crestón una mezquina
Aldehuela mostrábase escarpada,
De palmeras enhiestas coronada;

Era la humilde Nazaret. Ya entanto
Entre gasas de plata y flecos de oro,
Esparcendo doquier plácido encanto,
Campeaba leda entre el sidéreo coro
La luna, faro de la noche: ¡oh, cuánto
De su sonrisa el virginal decoro
Alegraba esa noche de ventura
En que palpita toda la natura.!

Del astro solitario al dulce brillo
Vió el arcángel en blando movimiento
Columpiarse el palmoso bosquecillo,
Cual nido de verdura; más violento
Entónces el aligero caudillo
Más fuertes ondas imprimió en el viento,
Hasta que al fin, sin agitar sus alas,
Las virgineas tocó rústicas salas.

No de otro modo, al columbrar su presa,
Enciende la pupila, se abalanza
El águila caudal con gran presteza,
Rápida pliega el ala en lontananza,
Y descuélgase á plomo en la dehesa
Do ejerce de su garra la pujanza:
Así el arcángel al dichoso suelo
Raudo bajaba, recogiendo el vuelo.

Del monte en una ceja, al medio día,
Por frondoso sicómoro sombreada,
Humilde casa, tímida surgía
Que en la peña creyérase entallada;
Una escabrosa bóveda se abría,
Por columnas de roca sustentada,
Do la hiedra, entre el musgo serpenteando,
Trepaba, sus caireles enlazando.

En un rincón de aquellos pobres lares,
A la luz de un fanal, ya moribundo,
Una Virgen de rasgos singulares,
[Ideal más bello no conoce el mundo]
Elevaba, cual rítmicos cantares,
Sus preces, en un éxtasis profundo;
Todo el orbe esfumarse parecía
De esa Virgen en torno: era María.....

La vió el Arcángel, y arredróse luego,
Y de un santo temor sobrecogido,
No osó turbar el místico sosiego
De aquel pecho divino enardecido,
Hoguera viva del sagrado fuego,
Y hubo su gran mensaje diferido:
Y ya al alto zenit, límpida, clara
La dulce amiga del dolor llegara.

Cuando rompiendo aquel sopor María,
Aquel plácido ensueño venturoso,
Poco á poco sus párpados abría:
Súbito se deslumbra, melodioso
Timbre la hiere, célica ambrosía
Aspira en torno, bello, majestuoso
Gabriel ante sus ojos aparece,
Y entre un nimbo celeste resplandece.

Consternóse la Virgen sin mancilla,
Y las líneas trocó de su semblante:
Cual suele alguna vez allá en la orilla
Del navífrago mar ondisonante,
De zagalejas tímida cuadrilla
Sobre la muelle arena rutilante
Solazarse, conchuelas recogiendo,
O erizados mariscos eligiendo;

Si de repente una velera nave
A la cercana playa se adelanta,
Cual garza enorme de plumaje suave
Al viento dando su tendida manta:
El grupo inerte, que explicar no sabe
Ese gran monstruo alígero, se espanta,
Y de su falda cada cual deshecha,
Pronta á huir, la marítima cosecha.

Entonces el Arcangel con dulzura
Así la saludó: "Salve, oh María,
Salve mil veces, singular creatura
Que atesoras la gracia en demasía;
El eterno Monarca de la altura
Halló un santurrio dentro tu alma pía,
Entre millares la escogida tu eres
Y bendita entre todas las mujeres."

Al eco de este insólito saludo
La ruborosa Virgen se estremece,
Sus castos labios desplegar no pudo,
Un momento su mente se adormece,
Entra después en un conflicto rudo,
Todo en ella al brillar se desvanece;
Mas de nuevo le habló con dulce tono
El noble embajador del alto trono.

"¿Porque mi voz de asombro te ha llenado,
Y en la armonía de tu interior discorda?
De gracia ante el Eterno has alcanzado
Un caudal que de tu alma se deborda;
Él en tí sus delicias ha encontrado;
Hoy la grande obra de su amor aborda,
Y al darte de ese amor la insigne muestra,
Hizo un esfuerzo en su potente diestra.

“Con la estirpede Adán el Verbo eterno,
El Increado Unigénito ha de unirse;
Quiere estrecharla con amor fraterno,
Quiere de humanos miembros revestirse:
Hoy en tu seno virginal, materno,
Ese gran desposorio va á cumplirse,
Tú misma, le darás jugos vitales,
Tú forjarás sus miembros terrenales.

“El Hijo del Altísimo, igualmente
Tu hijo ha ser; inmenso, poderoso
Será como su Padre omnipotente,
Quien de David el solio esplendoroso
Le dará donde reine eternamente
De Jacob sobre el pueblo numeroso;
Jesús le llamarás; su mismo nombre,
Mensaje de salud es para el hombre.”

Vigor cobró la celestial María,
Yá la dulce confianza abrió su pecho:
Como en el seno de la mar bravía,
Cuando ya el sol abandonó su lecho;
La argéntea perla, de sin par valía,
Abre su núcleo nacarado, estrecho,
Al astro fulgurante de oro y grana
Que toda la enriquece y engalana.

Mas una duda, leve nubecilla,
Ella sintió en su mente levantarse:
¿Por ventura la Virgen sin mancilla
Verá languidecer y marchitarse
Su alba flor virginal, que tanto brilla,
Y de su aroma y galas despojarse
Para que venga en pos el suspirado
Opimo fruto que se le ha anunciado?

¿Y “cómo esto será?” con gran medida
Replica al Angel la gentil doncella,
De nuevo sonrojada: “Siempre pura
Fuí de viril contacto; mi alma sella
Sigilo virginal, que me asegura
Inestimable joya siempre en ella
Gloria, dicha y amor hube cifrado,”
Y respondióle el ínclito legado:

“Espíritu creador, férvido Aliento,
Cual nube que en las horas matinales
Se posa sobre el prado, ya sediento,
Bajará á tí; sus auras germinales
Fecundarán tu seno, en movimiento
Poniendo sus espíritus vitales;
Y el fruto que darás será por tanto,
De Dios progenie, venerable y santo.

“Aun Isabel tu prima ya ha sentido
Su vientre entumecer por vez primera,
Aunque el soplo del tiempo haya teñido
Con la nieve senil su cabellera;
Y ya la sexta luna ha trascurrido
Desde que el don celeste recibiera:
Nada al potente imperio se resiste
De la Palabra, por quien todo existe.”

Ellaentónces, prestando su aquiescencia,
Bajó la frente, y se llamó la esclava,
La esclava del Señor, y en la presencia
Del aligero nuncio pronunciaba
Aquel gran *fiat*, que ya con impaciencia
El orbe, por momentos, esperaba;
Y luego el noble Arcángel se despide,
Y la niebla sutil rauda divide.

Apenas va esa noche placentera
Sin hostigarlos, guiando á sus bridones,
Mientras declina, á su pesar, la esfera.
Parece preparar sus ovaciones
Al grande Huésped la creación entera;
Bate el piélago ronco sus prisiones,
Bosques, arroyos, aves, en su nido
El silencio legal han infringido.

Cuando ese *fiat* magnífico escuchóse,
A aquella gran palabra semejante
Con que el mundo sonriendo despertóse;
El altísimo olimpo en el instante,
Con un fuerte vaivén estremecióse,
Y un férvido crujido resonante
Los palacios ebúrneos produjeron,
Y sus puertas de súbito se abrieron.

Y luego el Verbo augusto ¡oh maravilla!
El Eterno Unigénito descende,
De los altos peldaños de su silla,
Y ya la inmensidad rápido hiende
Para vestirse de la humana arcilla;
Su ígnea mirada en el espacio enciende
Un vórtice de ardiente torbellino
Que lo envuelve y escolta en su camino.

Los astros y planetas arredrarse,
Y suspender sus órbitas ingentes,
Y en confuso tropel acumularse,
Y ondular en las playas transparentes,
Y unos con otros férvidos chocarse,
Y esparcir sus astillas relucientes,
Al mirar á su Rey, todo fué uno;
Ni firme en su eje se mantuvo alguno.

Del aire appena á las regiones llega,
Y ya el globo terrestre deslumbrado,
A un incógnito júbilo se entrega,
Y su dorso vastísimo erizado,
Cual rica alfombra de verdor despliega;
Los montes con vaivén acompasado
Van agitando sus soberbias crestas,
Y sus frentes graníticas, enhiestas.

Lo vió acercarse el Líbano frondoso,
Y sus cedros altísimos crujieron,
Inclinóse el Carmelo majestuoso,
Los robles de Basán se sacudieron,
Los níveos bucles del Hermón selvoso
En su intonsa melena se fundieron,
Al irradiar el Verbo sus amores
En medio de vivísimos fulgores;

Y el undoso Jordán que cual serpiente,
Se arrastra colosal por la pradera,
De su escama entre el brillo intermitente;
Al columbrar al Rey de la alta esfera,
Se incorpora en su lecho transparente,
Arrédrase en mitad de su carrera,
Y, como en otro tiempo, hubo arrollado
Su frenético oleaje encadenado.

También entonces por la vez segunda
El Asfáltico Lago, el letargoso
Escuálido pantano, (cuya inmunda
Emanación, aliento ponzoñoso
De su inmensa voráGINE profunda,
Cual reto eterno hacia el empíreo hermoso,
Se alza en lentas volutas y espirales)
Reclamó por tributo esos caudales.

Y también (lo que nunca sucediera),
Se vió ese denso estanque sacudirse
Del eterno letargo en que durmiera;
Su tez espeluznada rebullirse,
Y su oleaje chocar en la ribera,
Y al tumbo de esas masas, producirse
Un prolongado, horrísono alarido,
Como una imprecación, como rugido.

Solo en esa porción de la natura
No se oyó nota alguna de alegría,
Sino de rabia y llanto y desventura:
Toda una gran generación impía,
Infame raza, corrompida, impura,
Yace ahí sepultada en noche umbría,
Sin ver nunca brillar, ni en lontananza,
El amor, la dulcísima esperanza.

Y en lugar del insólito atavío
Con que todo en reedor engalanóse;
Hacia un lado, con ronco murmurio,
Sima obscura, entre vórtices, abrióse
No lejos del humilde caserío
De la Engadi vitífera; rompióse
Aun la prisión de Averno, y deslumbradas,
Aullaron sus sombras espantadas.

Esa profunda boca, siempre abierta,
Densísimos vapores sulfurosos
Exhala siempre, en su interior cubierta
De negra pez; sus senos cavernosos
Han franqueado después una ancha puerta
Por do suben los genios belicosos
Del hondo abismo, á la mansión humana,
A sembrar riñas y discordia insana.

Mientras ufano el Universo entero
Así al Rey de los siglos saludaba,
Él, siguiendo su firme derrotero,
A Nazaret, ansioso, contemplaba;
Súbito de su ardiente reverbero,
Y de la pompa real con que bajaba
Despójase, y arroja de la mano
El rayo, y aun el cetro soberano.

Así vemos que el rey aurocrinito
Del mundo sideral, cuando jadeante
Apenas hace oír su débil grito
A su cuadriga indómita, espumante,
Y la orla del piélago infinito
Va á tocar con el eje de diamante;
Ciñe su frente de jacintos rojos,
Y ya no hiere del mortal los ojos,

El Ingénito Amor, Aura creadora,
Vigor universal ignipotente,
Ejerce ya su acción germinadora
Del centro de una nube transparente,
Que ofuscando sus tintas á la aurora,
En la Virgen se posa de repente;
Y desde allí, vibrando sus calores
Fecundos de purísimos amores,

Y sin tocar los claustros maternos,
En el seno virgíneo se insinuaba,
Como el sol á través de los cristales,
Y con su soplo férvido excitaba
Los más perfectos gérmenes vitales,
Y la sangre más pura coagmentaba
Al forjar con magnífica estructura
De humano cuerpecito la figura:

Y en el mismo momento indivisible
¡Cuánto puedes, oh amor! ha penetrado
El Hijo augusto, inmenso, incomprensible
Aquel útero púdico inviolado,
Y formándose un todo indescriptible,
Una y otra natura se ha enlazado;
Y alma, cuerpo y un Dios omnipotente
Fundieronse de un modo sorprendente.

Sonrisa del olímpico Helicon
Que desde antes del caos eres tan bella,
Para quien teje virginal corona
Toda flor, toda escarcha y toda estrella:
Los atrevidos ímpetus perdona
De esta mi indócil cítara, pues ella,
Fascinada por astro temerario,
Quiso el velo romper de ese santuario.

Por cierto osada fué, mas no culpable;
¡Virgen, ya madre! dime ¿quién podría
Por más frígido, duro é inquebrantable
Mirar, sin que ese hielo se deslía,
Al Infinito mismo, al Inmutable
De tu almo seno en la prisión sombría
Que lo estrecha y coarta y lo comprime,
Y donde Él como víctima ya gime?

Explícame, oh gran Madre, esos arcanos,
Rompase ante mi vista esa pantalla
Aunque el plectro se ruede de mis manos;
Díme cómo un Dios párvulo ahí ensaya
Una súplica ya por los humanos;
Y cómo cual firmísima muralla,
Embota ya los rayos vengadores,
Las iras del Eterno y sus furores.

Cómo empieza á labrarse desde ahora,
Al calor de tus castos penetrales,
Esa tierna boquita que enamora,
Y más tarde los reinos eternos
Me abrirá con su voz conquistadora;
Esos bellos ojuelos siderales
Que serán de su amor los mensajeros,
Y sus agudos dardos más certeros.

Cómo sus niveos pequeñuelos brazos
Empiezan desde entonces á tornearse,
Los que á mi cuello como fuertes lazos
Habrán entre caricias de enlazarse;
Cuál se forma esa sangre, cuyos vasos
Sobre mi frente deberán vaciarse:
Todo esto me arrebata, me enajena;
A tí confío tan desigual faena.

Ya el Arcángel divino sacudía
Sus nubívagas alas nuevamente
Mientras en calma Nazaret dormía
En su lecho boscoso blandamente,
Ni de sus palmas el arrullo oía;
Y su vuelo sesgando al occidente,
Esa feliz colina abandonaba,
Y el último saludo le mandaba.

Siguió avanzando lento, silencioso
Hacia la agresta cumbre del Carmelo,
Que envuelto en un sudario misterioso,
Su frente proyectaba sobre el cielo;
Ya cerca de su vértice fragoso
Empezó el Angel á sesgar su vuelo,
Como la garza por la flecha herida
Su ruta oblicua, hasta caer sin vida.

Iba ya penetrando en las sinuosas
Fauces de enorme sima circundada
De zarzales é higueras monstruosas
Que con áspera planta descarnada
Hendían doquier las peñas escabrosas;
Y cual sierpe anulosa, triturada,
En fuerte convulsión se retorcían,
Y el borde de ese abismo guarnecían.

Por inciertos ambages, por obscuro
Laberinto intrincado, impenetrable
A un ser corpóreo, rápido y seguro
Él bajaba, rompiendo infatigable,
De las tinieblas el espeso muro
Al brillo de su antorcha inseparable,
En medio del estruendo de algún río
Que va bramando por su cauce umbrío.

Astro ignoto de pálidos albores
Ya alumbraba esos senos escondidos
Dando mayor realce á sus horrores;
Cuando hirió de improviso sus oídos
Un extraño conjunto de rumores
Que en el espacio parecían perdidos;
Y el semblante del Angel inmutarse
Vieras, y en él la compasión pintarse.

Hondos suspiros, ayes apagados,
Roneas voces, plegarias y lamentos
Y un llorar y gemir entrecortados
Iban repercutiendo por los vientos,
Del luto de las tumbas impregnados:
El Ángel arredróse unos momentos:
Un paso dió, la noche atrás dejaba,
Y en lúgubres regiones se encontraba.

Era un inmenso valle, defendido
Por altísimos montes; un dudoso
Resplandor con las sombras confundido,
Semejante á un crepúsculo dudoso,
Transparentaba el aire ennegrecido:
La marca de un dolor, siempre imperioso,
En ese reino incógnito palpita,
Y en vivos caracteres está escrita.

Allí lamentos sin cesar murmura
El tímido arroyuelo que angulea
Por márgenes cubiertas de verdura,
Allí el zéfiro gime y balbucea
Endechas y sollozos de amargura
Que buscan la infalible panacea;
Allí las mismas rozagantes flores,
Aunque lucen sus galas y colores;

Son también el unísono gemido
De aquellas playas de escualor cubiertas:
Allí entre el brezo solitario, hundido,
Triste el geranio crece con las yertas
Helenias y el adonis confundido,
Y flébiles caléndulas, abiertas
Al pié de la amarilla clavellina,
Se enlazan al jacinto y la eglantina.

Verdinegros cipreses por doquiera
Alzan su agudo vértice, mezclados
Con los sauces que, en forma lastimera,
A un profundo dolor abandonados,
Dan al suelo su lengua cabellera,
Y en las aguas se miran retratados;
Y allá entre los olivos cenicientos
Descuellan mil arbustos macilentos.

Aves también de vívidos colores
Y con varios matices recamadas,
Cruzan entre los árboles y flores,
O duermen en las verdes enramadas:
Pájaros sin igual, mas no cantores;
No saben saludar las alboradas,
Nunca el arpa descuelgan, nunca un trino,
Ese eterno silencio reconvino.

Pero si este dolor inexplicable
Esos reinos envuelve en sus crespones;
También la hija del empireo, amable
Con sus alas cobija esas regiones;
La Esperanza, la amiga inseparable
Del que riega con llanto sus prisiones,
Pasa tendiendo vaporoso velo,
Y endulza de las horas el gran duelo.

Ella también se cierne en la pradera
Entre bosques de mirto y de laureles
Que conservan su intonsa cabellera;
Ella cultiva plácidos vergeles
Regados por sonrisa placentera,
Donde ostenta la hiedra sus joyeles,
Y asida á la modesta pasionaria
Trepala madre selva y parietaria.

Ella por ese páramo sombrío,
Ceñida de cantueso y amaranto,
Sacude de sus alas el rocío,
Y brotan á la sombra del acanto
Mil flores que no pierden su atavío,
Ni mojan sus estambres con el llanto:
Y así en conflicto eterno la Esperanza
De su adversario enerva la pujanza.

Musa de las tristezas que extendías
Los pliegues de tu manto funerario
Al flébil y terrible Jeremías,
Cuando al pie de alto muro solitario,
Sobre escombros y ruínas lo veías
Ya preparando fúnebre sudario
A Sion, que yace moribunda é inerte,
Y cantándole el himno de la muerte.

Cúbreme á mí también con ese manto,
Préstame tu trístisima cadencia
Que todo impregne mi sagrado canto;
Descúbreme entre un rayo de tu ciencia,
Qué reino es este en que alardea tanto
De su henchido carcax esa dolencia,
Qué pueblo ahí se abriga, y qué motivo
Es de tanto sufrir el gérmen vivo.

¡Oigo tu voz! Innúmeras naciones,
Pueblos enteros de inocente vida
Son los que entonan lúgubres canciones:
No ha cebado su atroz garra homicida
En toda la extensión de estas regiones
La segunda cruel muerte indefinida,
Ni ejerce su despótico dominio
La destrucción, la ruina, el exterminio.

Pero en ese país no ha despertado
Aún la bella, la risueña aurora
De la segunda vida, no ha asomado
La fatídica estrella salvadora;
El Verbo eterno, el Verbo enamorado
De esa estirpe que aún su culpa llora,
Foco de toda luz, de toda vida
Por quien la nada se rindió vencida;

El gran Sol de justicia, todavía
No penetra á este reino tenebroso
Sus lutos á trocar en alegría,
Y sus ayes en grito victorioso.
Mas la dulce esperanza que algún día
Dueños serán del sempiterno gozo,
(Nunca olvidan de Dios la gran promesa)
Mitiga de su suerte la crudeza.

Sus canos habitantes ven hundirse
Siglo tras siglo al golpe inevitable
Del tardígrado tiempo, ni extinguirse
Puede en su mente ese fulgor amable:
Pero nunca, á la vez, deja de oirse
Esa que entonan elegía invariable,
Ese eterno concierto de gemidos
Que parecen de un féretro nacidos.

A la orilla de límpido arroyuelo,
Del laurel á la sombra ó de la encina,
Graves ancianos por antiguo pelo,
Muestran que algo sublime los domina
En su honda pena, en su ferviente anhelo,
Que algo su mente con afán combina:
Ya graban de alto cedro la corteza,
Ya en la arena y húmida dehesa

Trazan extraños signos con que ansiosos
Parecen sus ensueños combinando
Con los rebeldes siglos perezosos,
Y los días y los años van contando;
Mientras otros, volúmenes tiñosos
Con avidez infatigable hojeando,
De su dicha escudriñan los destinos
En los mismos oráculos divinos.

En tales actitudes se encontraban
Aquestos cejijuntos habitantes
Mientras halagüeños cálculos forjaban;
Cuando, en medio de fúlgidos cambiantes
Que con las sombras á reñir se traban,
Penetra en esos reinos sollozantes,
El Angel del amor, de Dios legado,
Por el iris silvestre coronado.

Esa atmósfera triste reanimóse
Al brillo de aquel astro; y al momento
Toda aquella gran turba levantóse,
En pié se puso, comprimió el aliento,
Y un cúmulo de afectos paso abrióse,
Pintándose en su rostro macilento,
Mientras el Angel con un tono suave
Así arengaba á aquel senado grave:

“¡Dolientes ciudadanos, escogidos
Para poblar más tarde las estrellas!
Templad ya vuestros llantos y gemidos,
Lejos de aquí las flébiles querellas;
Ya han sido vuestros ayes comprendidos,
Irgue oh pueblo tu frente, nuevas bellas
Os traigo de la altura; Jehová mismo
Ha escuchado los ecos de este abismo.

“Va á romperse tu largo cautiverio,
Van á rodar al suelo tus prisiones,
Ya empieza del Amor el dulce imperio,
Vengo á traerte los más gratos dones
Que encierra del Amor el gran misterio;
El triunfa en las olímpicas regiones,
Todo lo abrasa con su llama viva,
Y al Dios de los ejércitos cautiva.

“¡Ha triunfado del mismo Omnipotente!
El rayo y las saetas le ha robado,
Y hasta su eterno cetro refulgente;
¡Creedmelo! ya lo tiene subyugado,
Y en cárcel estrechísima, doliente
Lo ha con sus mismas manos encerrado;
¡Pasmaos! menos que un niño, que un infante
Lo oprime el claustro de una madre amante.

“Ya se ha cumplido el grande vaticinio,
Al que siempre converge vuestro anhelo;
En el más puro virginal triclino
La tierra se confunde con el cielo,
Y se estrella el humano raciocinio;
Allí cubierto del terrestre velo,
Es vuestro semejante, vuestro hermano
El Creador infinito, el Soberano.

“Yo mismo ¡vedme aquí! tan gran mensaje
Acabo de traer á una doncella
A quien férvido culto y homenaje
Han de rendir los siglos, pues en ella,
Con el humano mísero linaje
Jehová se desposó: la hermosa estrella,
La estrella salvadora ha despertado,
Las sombras del dolor ha desgarrado.

“Algo más de seis lustros todavía
El roce escucharéis de las cadenas
En esta vuestra atmósfera sombría;
Mas del cielo en las cúspides serenas,
Pronto su luz os brindará el gran día
De blancas horas al dolor ajenas:
Pero oíd antes de Jehová el mandato,
Para vosotros cuán amable y grato.

“Él en su Verbo augusto, ya vestido
Del barro de los míseros mortales,
Tiene su amor; lo mira complacido
Entre inmensas delicias paternas:
Y cuando se haya el término cumplido,
En que El deje los senos virginales;
Quiere que su gran nombre resplandezca,
Y grandioso á los hombres aparezca.

“Las celestes aligeras legiones
Bajarán del olimpo esplendoroso,
Al Dios niño á rendir sus ovaciones;
Y á ofrecerle vendrán con alborozo
Tres sabios del Oriente ricos dones.
A tí igualmente, oh pueblo venturoso,
(Quienes sean de este rey los ascendientes,
O lo hayan anunciado entre las gentes),

“Toca un alto homenaje tributarle,
Y proclamar su gloria y su grandeza,
Y en su pompa solemne acompañarle,
Cuando una Virgen de sin par belleza
En sus brazos le lleve á presentarle
De Sion al templo; allí, como una espesa
Falange, acecharéis el gran momento
De dar á vuestros votos cumplimiento.

“Guardad esta señal: esas pintadas
Avecillas de espléndido plumaje
Que cruzan estas selvas enlutadas,
O duermen al abrigo del ramaje,
A un mutismo inviolable consagradas;
A ese eterno silencio harán ultraje,
Y de repente sus gorjeos y trinos
Combinarán acordes peregrinos.

“Y vosotros entonces sin tardanza
Dejaréis estas sombras letargosas,
Donde el dolor ejerce su pujanza,
Y á través de esas grutas tenebrosas
Do nunca el dardo luminoso alcanza,
Subiréis á las playas espaciosas
Envueltas en la atmósfera serena
Que un sol de vida palpitante llena.

Esperad del gran templo en los umbrales,
O bajo el techo de olivar frondoso
A esa Virgen de rasgos celestiales
Que ha de llevar un parvulillo hermoso
A cumplir con las prácticas lustrales:
Esta dicha, este honor, a questo gozo
Os prepara Jehová como un consuelo
Antes de que voléis al alto eielo.”

Atónita, perpleja, sin sentido
Aquella secular noble asamblea
Se queda como el hombre que no ha oído:
Uno al otro en silencio semblantea,
Y á la boca el acento comprimido
Asoma y se devuelve y forcejea,
Mientras el Angel en la niebla fría
Cual ensueño de virgen se perdía.

Pero un sordo murmullo trepidante
Empieza ya á cundir; sigue creciendo,
Hasta que al fin, un grito resonante,
Unísono, viril, formó un estruendo
Al terrible mugido semejante
Del viento montaraz, cuando rompiendo
La estrecha cárcel de profunda roca,
Estalla y entre silbos se desboca.

Truécase en fiebre el prístino sosiego,
Énteo vigor á cada quien inspira,
Arde en sus venas el sagrado fuego,
Arrebatan los Vates su áurea lira,
De los siglos dormida en el sosiego,
Y acordes de una mente que delira,
A sus cuerdas vibrantes arrancaron,
Y entusiastas cantares entonaron.

Entonces Jeremías por vez primera
La mano removi6 de su ancha frente,
Siempre encrespada, rígida y austera,
E hizo reír á su laúd doliente;
Y Moisés, cuyo rostro reverbera
Con luz más viva, un cántico ferviente,
Grandioso moduló cual otro día
Entre el rugido de la mar bravía.

También el de Sion Vate sublime,
Y el querelloso Job, y el delicado
Isaías cuya lira ruega y gime,
Hubieron sus tesoros agotado
En raudales de ese estro en que se exprime
Lo inmenso, lo infinito: transformado
Parecía en un edén, siempre risueño
Aquel país de encapotado ceño.

Solo los Padres del linaje humano,
Por cuya culpa el Universo hundi6se,
No oyeron esa voz con rostro ufano,
Ni el júbilo á sus labios asom6se,
Ni juntar se les vió mano con mano:
Un impetuoso llanto desbord6se
Súbito de sus párpados rugosos
Al impulso de afectos tempestuosos.

Aquel llanto rompía como un torrente
Sin cauce, sin orillas, é inundaba
Su pálido semblante transparente
En que el dolor con la alegría luchaba,
Cual fuerte atleta; y esa lid ardiente
Tanto la fuerza de ambos menoscaba,
Tanto el dolor sus músculos enerva,
Que rendidos desplómanse en la hierba.

De su culpa jamás tanto sintieron
El peso enorme como en ese día
En que las armas del amor midieron
Con que un Dios en tal modo perseguía
A los que el yugo de su amor rompieron:
Pero al fin en su pecho la alegría,
Pudo de su contrario desligarse,
Y de fibras y arterias adueñarse.

El antiguo Silencio y la Tristeza
Reclamar ya no pueden su derecho:
Ambos, atrás volviendo la cabeza,
Fruncido el entrecejo, y con despecho
Mirando resbalárseles su presa;
Asidos de la mano en nudo estrecho,
Por la suave pendiente de un ribazo
Ya se van deslizando paso á paso.



Aquel llanto rompía como un torrente
Sin cauce, sin orillas, é inundaba
Su pálido semblante transparente
En que el dolor con la alegría luchaba,
Cual fuerte atleta; y esa lid ardiente
Tanto la fuerza de ambos menoscaba,
Tanto el dolor sus músculos enerva,
Que rendidos desplómanse en la hierba.

De su culpa jamás tanto sintieron
El peso enorme como en ese día
En que las armas del amor midieron
Con que un Dios en tal modo perseguía
A los que el yugo de su amor rompieron:
Pero al fin en su pecho la alegría,
Pudo de su contrario desligarse,
Y de fibras y arterias adueñarse.

El antiguo Silencio y la Tristeza
Reclamar ya no pueden su derecho:
Ambos, atrás volviendo la cabeza,
Fruncido el entrecejo, y con despecho
Mirando resbalárseles su presa;
Asidos de la mano en nudo estrecho,
Por la suave pendiente de un ribazo
Ya se van deslizando paso á paso.





CANTO III.

EN las regiones del eterno llanto
Y del eterno rechinar de dientes,
El asombro domina y el espanto;
Aquellas voces más y más crecientes
Entre vivos aplausos, aquel canto,
Himno de eterno triunfo, en las ardientes
Concavidades vibra y las agita,
Y se estremece el Erebo y se irrita.

Sus sólidas murallas inflamadas,
Más gruesas que los altos Apeninos,
Se levantan enhiestas, almenadas
En medio de sulfúreos torbellinos,
No lejos de esas playas bienhadadas
Que ya miran cumplirse sus destinos:
Ese choque del llanto y la alegría
En suspensión al Tártaro tenía.

El cornudo monarca, el gran tirano
De la humana familia, pensativo
Está sobre un peñón; exprime en vano
Todo su pensamiento fugitivo
Mientras su frente apóyase en la mano;
Es su cabeza un cáos, volcán activo
Que en pedazos vomita las entrañas
Con sacudidas hórridas y extrañas.

Negro tropel de ideas lo tortura
Desde el instante en que con recio estruendo,
De esa eterna prisión, en gran ruptura
La bóveda rompióse, paso abriendo
A un haz brillante de una lumbré pura
Que á su reino arrancó gemido horrendo,
Y aun parecióle oír una voz fuerte
Retar á los dominios de la muerte.

Desde entonces, insólitos temores
Todo su ser agitan y sacuden
Entre ávidos cuidados roedores;
Presagios funestísimos le acuden
Que en amenazas truécense y furores;
Tanto se abate, que ya teme duden
De los bríos de su espíritu arrogante
Sus vasallos al verle vacilante.

Mas de sí mismo luego confundido
Al roce de esa duda, de repente
Se levanta convulso, ennegrecido,
Crispado de furor; quiere altamente
Blasonar de su brazo no vencido,
Y de su antiguo cetro umbripotente;
Y enormísimas rocas aferrando,
Las va de sus cimientos arrancando,

Y arrójalas con hórrida pujanza
En fuerte remolino hacia la esfera
Como un reto terrible de venganza;
Y al caer esas masas que no espera
Aquel ardiente oceano, semejanza
De un inmenso crisol, muge y se altera,
Y en círculos su oleaje multiplica,
Y hasta las negras bóvedas salpica.

Por fin, tras larga brega determina
Convocar una insólita asamblea,
Y así á tiempo impedir la grave ruina
De su reino que siente bambolea,
Y tal vez al ocaso ya declina.
De un heraldo la voz estentorea
Resuena en esos tenebrosos huecos,
Y la repiten trémulos los ecos.

De majestad terrífica y austera
Ceñido Satanás, sobre alta roca
En ígneo trono, ya impaciente espera
Se reuna el consejo que él convoca;
Y mientras taciturno delibera
Lo que en tropel abortará su boca,
Y cómo enseñará sus fieras huestes
Las iras á afrontar de los celestes.

Ya á su diestra y siniestra en grandes alas
Se alistan sus falanges aguerridas,
Que van poblando las tartáreas salas;
Y en escuadras por orden compartidas
Según divisas y marciales galas,
Esperan todas, de estupor vencidas,
En submisiva actitud y grande acato
Del caudillo feroz cualquier mandato.

Allí están los que pueblan las orillas
De la implacable Estige, negra fuente
Del odio sempiterno y las rencillas;
Los que beben las aguas del doliente
Aqueronte de arenas amarillas,
Cuya onda murmura eternamente
Roncos ayes, horrísonos gemidos
Y risas de dolor entre alaridos,

Cuya lenta corriente se entrelaza
Con el triste Cocito gemebundo
Que la esperanza sin cesar rechaza
Con su fétido aliento nauseabundo;
Y aquellas playas que inflamado abrasa
El ígneo Flegetonte, el iracundo,
Réuzen allí también sus habitantes,
A tostados etíopes semejantes.

Todos en derredor se han alistado
Bajo la negra enseña tremolante
Que ya Moloc sostiene, agigantado
Signífero de Averno, quien delante
Del trono imperial se ha colocado:
El negro pueblo espera ya anhelante
Que la sesión extraordinaria se abra,
Y esta de Lucifer fué la palabra:

“Tartáreos dioses que en aciago día,
Desde el inmenso empíreo esplendoroso,
Fuisteis lanzados á esta noche umbría
Por la envidia de un Déspota celoso.
No pudo, es cierto, nuestra valentía
Resistir á su rayo fragoroso;
Rodamos todos al profundo Averno:
Mas vencidos, triunfamos del Eterno.

“En las altas olímpicas regiones
Él quedó gobernando á sus antojos,
Recibiendo el incienso y ovaciones
De una turba venal que está de hinojos
Siempre bajo sus altos pabellones,
Donde cuelgan aún nuestros despojos:
Mas nosotros su yugo sacudimos,
Esas cadenas con desdén rompimos.

“Emulos desde entonces y rivales
Nos constituimos del Eterno; acecha
Él nuestros pasos todos, desiguales
Combates libra; y cuando cree que estrecha
Por fin de nuestro imperio los umbrales;
Entonces se abren nuestras armas brecha,
Traspasan esta noche; ¡el orbe entero
Es nuestra presa! otro botín no quiero.

“¿Para qué recordar nuestras victorias
Desde que el hombre sucumbió vencido?
¿Quién podrá reseñar todas las glorias
Conque hemos nuestro nombre engrandecido?
¡Del orbe huyó Jehová! ni las memorias
Quedan allí de un reino ya extinguido:
Sólo mi cetro sin rival impera
Por los ámbitos vastos de la esfera.

“Islas y continentes, y aun los mares
Son nuestro vasto templo, donde humean
En ritos mil innúmeros altares
Que de ofrendas y votos alardean,
Y víctimas reciben á millares,
Y aun la sangre del hombre saborean;
Mientras Él de su antiguo poderío
No guarda ya ni un ángulo sombrío.

“Pero un reino tan vasto y poderoso
De algún trastorno no ha de estar exento:
Así el inmenso piélago espumoso
Suele sentir el huracán violento
Que sacude su sueño perezoso;
Así también ahora yo presiento
Que nuestra larga paz, nunca turbada,
Quizá por fuerza extraña está amagada.

“¡Observado ya habéis ciertas señales!...
Los gritos de una insólita alegría
Acaban de llegar á nuestros reales
Como lúbricas voces de una orgía,
O clamor de nocturnos bacanales.
Nadie este enigma descifrar podría:
Ignoro yo qué pueblos ó naciones
Habitan esas lúgubres regiones.

“Mas os puedo afirmar (porque he escalado
A veces los torreones de estos muros,
Y esas vecinas playas he atisbado)
Que el día conserva allí tintes oscuros,
Y que un pueblo cautivo está marcado
De antigua culpa con los rasgos duros,
Le he visto sumergido en gran quebranto,
Y regar esos prados con el llanto.

“En vana discusión yo no me empeño:
Hoy por la vez primera se franquea
La puerta al libre parecer; es dueño
De explicar cada quien en la asamblea
Lo que hoy nos hace encapotar el ceño;
Pues si es tiempo de entrar en la pelea,
No debemos con ánimos contrarios
Esperar los antiguos adversarios.

“Sólo os mando que nunca vuestra frente
Se humille ante el tirano que os oprime,
Aunque descienda el mismo Omnipotente
Armado de ese rayo que Él esgrime:
El pendón sostened heroicamente
Que de vil servidumbre nos exime;
Y aunque todo perdiérase en la guerra,
No le cedáis ni un palmo de la tierra.”

Mientras hablaba así, recrudecían
Las cicatrices de su frente ahumada
Por el rayo, y de rojo se teñían;
La palabra en sus labios quedó ahogada
Por los feroces ímpetus que henchían
Su pecho y su garganta embarazada;
Y ya impotente por el negro encono,
Trémulo desplomóse sobre el trono.

Ante aquella actitud aterradora
Todos en derredor se estremecieron:
Más luego una alta voz atronadora
Se oye, y á un tiempo levantarse vieron
Figura colosal que el Orco adora,
A quien todos los ojos se volvieron;
El fiero Adramelec, vasto gigante
Se erguía adusto con gesto amenazante.

¡Rival eterno de Luzbel! La envidia
Cual áspid anidaba en sus entrañas,
Y junta con la astucia y la perfidia,
Le brindaba las artes y las mañas
Del que en su afán con imposibles lidia,
Para ofuscar la gloria, las hazañas
De quien alzó primero el estandarte
De rebelión sobre el azul baluarte.

En su eterna ilusión el alto mando,
Y á su émulo destruir, si fuera dable,
Y quedarse en las sombras dominando;
Y hora que ve al tirano abominable
Las noctívagas huestes alistando,
Creyó que el sino le invitaba amable
A iniciar nueva lid contra el Eterno,
Azuzando á los jefes del Averno.

Era su voz hirviente catarata
Que de altísima cumbre se despeña,
Era el ronco huracán que se desata
De la prisión que su furor domeña:
Nadie como él las turbas arrebató,
Y tremolando militar enseña,
Convocaba del reino las legiones,
A seguir en la lucha sus pendones.

Ya todo el pueblo parecía alarmarse
Al sonido feroz de hórrida trompa,
Y relinchos fogosos escucharse,
Y, desfilando la ordenada pompa,
En reedor de sus jefes alistarse:
Pero antes que el tumulto estalle y rompa,
Como un Atlas, Belial se ha levantado,
Y hondo silencio al Erebo ha intimado.

Semejaba un varón adusto y grave
A quien la patria sus cuidados fía,
Y dominar las muchedumbres sabe;
Siempre Luzbel con atención le oía
(Pues su voz era majestuosa y suave)
Y cual otro fiel Nestor le tenía;
Y queriendo él poner una barrera
A aquel tumulto, habló de esta manera:

“¡Ni un paso hacia adelante! No se muevan
Las armas de este reino poderoso
Si á la prudencia como guía no llevan;
No es tiempo de un conflicto belicoso
Aunque amenazas de Jehová nos lluevan,
Y Él mismo nos provoque malicioso;
Despreciar el poder del adversario
Al renombre de Averno es necesario.

“Si en hostil actitud Él nos hallara
Aprestando á la lid nuestros campeones,
Otra vez de nosotros se mofara
Viendo de nuevo ondear nuestros morriones,
Y aun los querubes á la guerra armara
Para ostentar sus muchos batallones:
Nosotros del tirano triunfaremos
Sin que un dardo siquiera disparemos.

“Un nuevo plan de ataque ya ha fraguado,
(Si es que una antigua tradición no miente
Que todo un pueblo crédulo ha guardado)
El que suele llamarse *omnipotente*
Para reconquistar su sepultado
Reino entre ruinas, y á la humana gente,
Raza que Él mismo hizo surgir del lodo
Ennoblecirla en admirable modo;

“Pues, según fama, Él enviará del cielo
Un gran libertador, raza divina,
Que ha de trocar en júbilo el gran duelo,
En que hoy gime esa estirpe tan mezquina,
Arrastrándose apenas por el suelo;
Este reparará la grande ruina
Que al reino antiguo de Jehová ha causado
Enemigo *vencido, derribado.*

“¡Muy arrogante plan! ¡ideal grandioso!
Nuevo campo tendremos de pelea;
Un trofeo más alto, más glorioso
Nuestro astuto adversario alzarse vea.
Del hombre él se ha dolido bondadoso,
Y por librarlo lucha y forcejea,
E ignora que un ser tan miserable
Su enemigo tendrá más implacable.

“Nosotros á pelear lo enseñaremos:
Hiel amarga de tigre y de pantera,
En las fibras de su alma infundiremos,
Y el tósigo del áspid por doquiera
En sus venas arterias filtraremos;
Y adiestrado será de tal manera,
Que mientras más amor Dios le prodigue,
El más tenaz y pérfido le hostigue.

“¿No os parece este triunfo culminante?
¡Oh cómo ilustrará nuestros blasones!
Ya no temáis el rayo fulminante,
Ni armados infinitos escuadrones,
Ni del Eterno el carro resonante:
¡Los vencidos serán nuestros campeones!
Y ceñirán al Erebo de gloria
Con el nimbo de insólita victoria.”

Cerró Belial su arenga. Suspendido
Todo el pueblo admiraba su elocuencia,
Que nunca esa expansión había tenido,
Ni dudó la tartárea concurrencia
Que ese genio sin par había reunido
Las dotes de estratégica prudencia.
En esto Belfegor, más animoso
Se puso en pié con gesto desdeñoso.

Creyérase un gran buitre carnicero
Que, abierto de alas, sobre un risco espía
Que un su diestro gallardo compañero
Hunda sus garras en la res bravía
Acosada entre el monte y el otero;
Hasta que al fin, tras pertinaz porfía
La desarmó y venció, y él sin tardanza,
Al botín, rapidísimo se lanza.

Así escuchaba Belfegor atento
De Belial la elocución grandiosa,
Esperando con ansias el momento
De hacer lucir su erudición pomposa,
Y él también disertar con grave acento,
Y enredar esa trama artificiosa
Para robar á su rival la gloria;
Y así él dijo confiado en su memoria:

“¡Próceres y magnates de la Estige!
¡Hijos mimados de la noche oscura!
Ese grandioso plan aún exige
Que se estudie con juicio y gran cordura,
Y sobre bases sólidas se fije
Para que sea su ejecución madura;
Quizá podáis, oyendo mis razones
Linde marcar á inútiles cuestiones.

“Yo conozco los reinos y ciudades
De la mansión terrestre; y bien pudiera,
Repasando en mi mente las edades
Que al orbe han arrastrado en su carrera,
Precisar, sin temor de ambigüedades,
Lo que en tal tiempo y sitio sucediera:
Pues yo enteras naciones he formado,
Y otras aun de la historia hube borrado.

“Y es también para mí muy conocida
Esa tierra tan fértil y lozana
Y que antes se llamó la *Prometida*,
Donde mora una entera raza humana
Al vano culto de Jehová rendida,
Y alucinada por promesa vana:
Muchas veces, no obstante, allí me plugo
Nuestra ley imponer con férreo yugo.

“Guarda este pueblo la tenaz promesa
De ese libertador que en vano atiende
Siglo tras siglo con igual firmeza,
Y contra todo embate la defiende.
Sólo esa tan antigua fortaleza
Nunca pude expugnar, aunque se extiende
También á aquel país nuestro dominio,
Sentado sobre ruina y exterminio.

“Tengan en hora buena esas regiones
Pábulo en su quimérica esperanza,
Y abriguen tan risueñas ilusiones.
Grande es de nuestro imperio la pujanza
Para ver con desdén esas ficciones;
Quizá la realidad sin gran tardanza
Venga á nosotros á traer desnuda
Sin afeites ni embozos á la duda.”

Aquí el tartáreo demagogo altivo
De repente calló como en acecho
De un alto pensamiento fugitivo,
De un rayo luminoso que derecho
Bajara á su cerebro pensativo;
Y luego “¡Sí, muy bien, todo está hecho!
¡Qué buen stratagema! nuevamente
Prosiguió cual frenético ó demente.

“Ocúrreme un ardid, una emboscada
Con que podremos sorprender al punto
Al autor de lisonja tan soñada;
A tal fin he exprimido todo junto
El jugo de mi mente torturada.
Atentos escuchadme: yo barrunto
Que si ese grande enviado no es un mito,
Ya se halla entre el linaje del proscrito.

“Mis razones oíd. Como os decía,
Ese país donde aquel pueblo mora,
Que en ser de Abraham progenie se gloria,
Abierto es para mí; pues nadie ignora
Que yo siempre en él tuve gran valía;
Guardaos pues lo que os descubro ahora.
Entré una vez, cual guiado por instinto,
De su gran sinagoga en el recinto.

“De faz rugosa y barba venerable
Los sitiales por orden ocupaba
Un augusto consejo respetable.
Un gran libro en el centro destacaba
En que grave varón, con insaciable
Avidez ciertos signos descifraba,
Y parecía después en conferencia
Entrar con la cejuda concurrencia.

“Al sordo cuchicheo yo puse mientes,
Y escuché entonces por la vez primera
Discutirse con frases elocuentes
Ese libertador que el orbe espera;
Y citándose oráculos recientes,
Aun el tiempo fijarse en que debiera
Dejar los altos reinos celestiales
A socorrer los míseros mortales

“De un Jacoby un Daniel, como invencibles
Atletas de esos pueblos venturosos,
Cumpeaban los oráculos *temibles*,
Encerrando esos tiempos misteriosos
Entre diques, por cierto perceptibles.
Según esos oráculos pomposos,
El llamado Mesías habrá venido
Cuando Judá su cetro haya perdido.

“Y setenta semanas se han fijado
Que de años formarán sus eslabones,
Y correrán desde el edicto dado
De que Sión levantará sus torreones,
Para que venga en pos el Anunciado
Por quien pueblos suspiran y naciones:
Aqueste enigma descifrar debemos,
Los hilos de esta hurdimbre ya tenemos.

“Ciertos signos también, ciertas señales
Sobre la faz del globo, anunciarán
Al héroe de las cumbres siderales,
Según lo que otros vates predecían. . . .
¡No hay tiempo que perder! asuntos tales
Del azar al capricho no se fían.
Creédmelo: si todo es vano figmento,
Rodará la impostura en un momento.

“Descorramos el velo de ese arcano:
Sabed que el cetro de Judá rompióse,
Y hora lo empuña una extranjera mano;
(¡Cayó el grande árbol de la edad al roce!)
Y si un cálculo mío no sale vano,
Ya el tiempo prefijado deslizóse;
Y esa cadena de años ya completa
Sus anillos, tal vez: he aquí la meta.

“Por tanto, en esta pública asamblea
A proponer me atrevo, si os parece,
Que algún explorador mandado sea
Para observar si acaso el orbe ofrece
Huella alguna ó señal en que se vea
Que allí algo raro, insólito acontece;
Y así podremos acechar atentos,
Y estudiar los hostiles movimientos.

“Enemigo al nacer, es un pigmeo;
Mas una vez que empieza á levantarse,
Y va extendiendo un brazo giganteo,
Y ya intenta de nubes coronarse;
¿Quién irá á provocar ese Briareo?
Nuestro jefe con él irá á afrontarse:
Pero antes que la chispa se haga rayo,
Hiérase al enemigo de soslayo.”

Una mirada viva y altanera
El orador grandilocuo paseaba
Por todo aquel salón, como en espera
De triunfales aplausos. Dominaba
Un fúnebre silencio: se creyera
Que ese pueblo, del rayo se acordaba,
Y su triunfo maldijo: pero luego
Satán alzóse respirando fuego:

“La sesión, exclamó, ya se levante;
Tú quedas desde ahora constituido,
Noble orador, para marchar delante,
Y descubrir el nuevo plan urdido,
Siguiendo toda huella; ve al instante;
Sube al globo terrestre, y pon oído:
Nada te turbe, aunque el empíreo rueda;
Véase otra vez lo que mi brazo puede.”

Triunfó de su rival el buitre astuto,
Y dueño de la presa codiciada,
Rindió á Luzbel de adulación tributo;
Y cual parte la flecha disparada,
Así el imperio del eterno luto
Él dejaba en su marcha arrebatada;
Y agitando sus alas de vampiro,
Batía las sombras en revuelto giro.

Como lucha en el piélago espumoso
El náufrago perdido, así incansable
Bregaba el monstruo alado sin reposo
Por romper esa bruma impenetrable;
Que, cual dragón elástico, anuloso,
Lo envolvía por doquier inextricable;
Y nunca con sus alas y sus brazos
Del cáos rompiera los eternos lazos:

Si en su marcha afanosa no encontrara
El hueco de la inmensa cortadura
Que del Orco las cúspides rasgara,
Cuando toda cimbróse la natura.
Entonces, sin que nada le estorbara,
Rompió animoso por la gran ruptura,
Y hallóse en una playa solitaria,
Triste como la urna cineraria.

La atónita mirada giró en torno
A través de ese páramo desierto,
Y en su imponente, lúgubre contorno,
Reconoció las playas del *Mar Muerto*,
Donde otro tiempo, como en un grande horno,
En las entrañas del abismo abierto,
Ardieron las impúdicas ciudades,
Terror y execración de las edades.

El Astro moribundo ya mandaba
Su triste adiós á toda la natura,
Y su última sonrisa le dejaba
Palpitante en los haces de luz pura
Con que las altas cumbres sonrosaba,
Mezclando ese matiz de viola oscura
Que en las altas montañas se combina
De la amena, fecunda Palestina.

Los montes Abarim sus caprichosas
Siluetas proyectaban arrogantes
Sobre el haz de esas linfas perezosas,
Al reciente cadáver semejantes,
Cuyas tristes pupilas misteriosas
Reflejan los fulgores oscilantes
De los cirios que en torno centellean,
Y con sordo rumor chisporrotean:

Cuando ya Belfegor cauto medía
Toda aquella región, husmeando atento
Qué signo extraordinario ella exhibía
En un negocio de tan gran momento:
Todo cual siempre, en inacción yacía,
Y ni aun sus alas agitaba el viento;
Nada turbaba el funeral letargo
Sobre las playas de ese estanque amargo,

Donde soplan jamás auras vitales,
Donde el ave jamás su vuelo tiende,
Ni abriga el suelo gérmenes vitales,
Ni algún arbusto su ramaje extiende
En que jueguen las brisas otoñales,
Ni algún pez bullidor las aguas hiende;
Allí el concierto de los astros calla,
Pasa errante la luna y se desmaya.

Solo el horror, la fetidez, el llanto,
El luto de la tumba allí domina,
Todo envolviendo con su denso manto;
Allí el mortal horripilado inclina
Su frente ante ese erial, lleno de espanto,
Y algo enorme terrífico adivina:
¡Ira de Dios! ¡Ejemplo sin segundo!
¡Carne maldita! ¡Se estremezca el mundo

Siguió el tartáreo explorador delante
Solícito rastreando su gran presa;
Y antes que se hunda el sol agonizante,
Madurar quiere su tenaz empresa.
Avanza pensativo y vacilante
Hacia el desierto de Judá, que empieza!
A dilatarse, sobre un risco asciende,
Y su mirada en derredor extiende.

Súbito el pasmo se pintó en sus ojos
Que sombreó el entrecejo; aquel conjunto
Terror causóle y le llenó de enojos;
Y aunque mira lograrse el grave asunto,
Mira también perdidos los despojos
Del Orco y su dominio todo junto:
¡Aquel bronco desierto respiraba,
Y su seno turgente palpitaba!

No como antes abruptos peñascales,
O ramblas y montículos de arena,
Ni abrojos ó silvestres matorrales
Cubrían esa región; fértil, amena,
Imitando sonrisas celestiales,
Aparecía de mil encantos llena:
En un fúlgido Edén se vió trocado
El antiguo desierto aletargado.

Una flora lozana, prodigiosa
Formaba allí riquísimos tapices,
Y con pródiga mano artificiosa
Mil tintas combinaba, y mil matices;
De Acor el fértil valle, la espaciosa
Llanura de Saron, y las felices
Regiones de la Armenia envidiarían
Las galas sin igual que allí lucían.

Los frescos tulipanes coronaban
Las negras peñas, de verdor ceñidas,
Los narcisos y anémonas poblaban
Los barrancos y quiebras más hundidas,
Polígonas y rubias alternaban
Con los lirios y rosas encendidas,
Y entre rojos jacintos y astromelias
Erguíanse con donaire las camelias.

Los flancos de las rocas pasó abrían
A copiosos, parleros manantiales
Que entre espumas blanquísimas corrían,
Salpicando de perlas orientales
Las flores que en sus márgenes crecían,
Para después formar con sus cristales
Esos limpios remansos en que el cielo
En un beso se funde con el suelo.

De su estupor un tanto recobrose
El cornudo satélite, aguerrido
En su espionaje audaz; mas internose
En el vasto desierto conocido,
Y otra vez su entrecejo replegose:
A cada paso se encontraba hundido
En nueva admiración, nueva sorpresa,
Y el vértigo estrujaba su cabeza.

Los más gratos perfumes embriagaban
Aquella aura serena y transparente,
Miel hiblea los peñascos trasudaban,
Y el bálsamo y la mirra redolente
Los floridos arbustos destilaban,
Y mil aves trinaban dulcemente,
Allí, donde antes los hinchados vientos
Sabían tan sólo murmurar lamentos.

Y entonces más el infernal legado
Salió de seso al ver que la natura
Ya había sus mismas leyes traspasado,
Olvidando su ingénita cordura:
Pues vió pacer en el mullido prado
Al rey terrible de la selva obscura
Con el gamo fugaz y el cervatillo,
Y al lobo con el tierno corderillo.

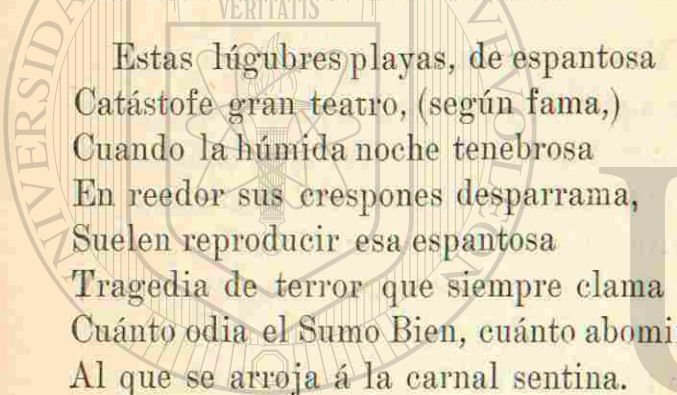
¿Estaba el grande enigma descubierto,
El terrible secreto, el hondo arcano
Que tenía al Orco, vacilante, incierto?
Con la verdad aún pugnaba en vano
Belfegor, en astucias muy experto;
Dos y tres veces con velluda mano
Los párpados bovinos restregose,
Y otras tantas su juicio confirmose.

Entonces de los ángulos sombríos
De su cerebro pululó una idea
Que más y más entorpeció sus bríos.
Recordó lo que un tiempo en la asamblea
El oyó discutir á los Judíos
Sobre ese rey que tanto se desea,
Y que de los palacios diamantinos
Bajaría entre prodigios peregrinos.

Y en su mente sonó la profecía
De aquel sublime cadencioso Vate
Que esos grandiosos signos predecía:
Creyó escuchar el grito del combate
Belfegor, y al Eterno maldecía
Que al hombre preparaba el gran rescate,
Y sintió que la rabia y el despecho,
En tropel, se agolpaban en su pecho.

Y ya las negras horas despertaban
De los barrancos húmidos brotando,
Y, cual aves informes, avanzaban
Sobre las altas cumbres aleteando,
Las ráfagas postreras espiraban
Entre los plieges de las sombras: cuando,
Semejante al corcel que en su carrera,
El rugido escuchó de la pantera;

El vestiglo de Averno, confundido,
Baja la mustia frente, retirose
De los verjeles de ese Edén florido,
Y á la orilla, de nuevo, encaminóse
Del Asfáltico Lago ennegrecido,
Y en un cóncavo escollo acurrucese
A mitigar su corrosiva pena.
Con una triste aterradora escena

Estas lúgubres playas, de espantosa
Catástofe gran teatro, (según fama,) 
Cuando la húmida noche tenebrosa
En reedor sus crespones desparrama,
Suelen reproducir esa espantosa
Tragedia de terror que siempre clama
Cuánto odia el Sumo Bien, cuánto abomina
Al que se arroja á la carnal sentina.

Sordo ruido, primero, empieza á oírse
Cual trueno de lejanas tempestades;
Parece aquel desierto sacudirse,
Despertar esas mudas soledades,
Y el genio del terror, rígido, erguirse
Amenazando á todas las edades,
Y poblarse del aire las regiones
De negras y fantásticas visiones.

Se miran desgajarse de repente
Los senos del abismo, que preñado
De azufre, asfalto y de betún ardiente,
Sus entrañas, furioso, ha revesado
Cual roja lava de volcán ardiente;
El torbellino ruje desatado,
Y las lenguas de fuego se revuelven,
Todo arrastran, lo arrollan y lo envuelven.

Ya con hórrido estruendo se derrumban
De inmensos edificios las techumbres
Entre las llamas que terribles zumban,
Al desplomarse las etéreas cumbres;
Se chocan, se atropellan y se tumban
En confuso tropel las muchedumbres
Convulsas y frenéticas, huyendo
Del torbellino que las va envolviendo.

Llantos, gritos, plegarias, alaridos,
Blasfemias sin cesar é imprecaciones
Se mezclan al fragor y los silbidos
De los ígneos, rugientes aluviones;
Los palacios y templos, confundidos,
Quedan de tristes ruinas en montones,
Y el abismo otra vez parece abrirse,
Y campos y jardines engullirse.

Vuelve después de tan enorme estrago
A recobrar sus formas sepulcrales
El siempre triste gemebundo lago,
Envuelto de la noche en los cendales;
Y entonces una voz en son de amago,
Como el eco de gritos criminales,
Se cierne en derredor repercutiendo,
Y un eterno *jamás* va repitiendo.

Helándose de espanto la natura
Esa tragedia entonces contemplaba:
Sólo el Vencejo de la Estige oscura,
Que humana sangre bebe, se recreaba
En aquel cuadro de sin par tristura,
Y una risa sardónica triscaba
Entre los pliegues de su faz sombría,
Que con mueca feroz se retorció.

Semejaba, en su aspecto, parda hiena
Que á un retozón cabrito ha devorado,
Y aún hambrienta, siéntase en la arena
A relamer la sangre que ha bañado
Hasta la hirsuta crin de su melena.
El hubo en esas tierras dominado;
De esa región en la funesta historia
El reconoce su más noble gloria.

Cuando allí las impúdicas ciudades
Erguían aún sus criminales frentes,
Entre el tufo y hedor de sus maldades;
A Belfegor inciensos pestilentes
Quemábanse de mil lubricidades,
Causa de tantas víctimas dolientes:
Por eso en la región del exterminio
El ha sentado su feroz dominio.

Quiso, por fin, el infernal legado
Su misión acotar con fin glorioso,
Juzgando que por él representando
Estaba el negro imperio poderoso:
Creyó un deber mostrarse denodado,
Y desafiar al jefe belicoso
Que ya, tal vez, sentado había sus reales
En la patria do gimen los mortales.

Batió sus alas, dominó la altura,
Y la cumbre del Fasga, en un momento
Hizo gemir su colosal figura,
Y en ademán altivo y arrogante,
Como ostentando su marcial bravura,
Alzó la vista al cielo centelleante,
Y á nombre del tirano del Averno,
Con un grito feroz, retó el Eterno.

Como rueda un peñasco desprendido
De alpestre cima, enormes tumbos dando,
Y en su choque, con hórrido crugido,
Los robles y altos pinos va arrollando:
Así de Belfegor el gran mugido
Iba de cumbre en cumbre rebotando,
Y al despertar los ecos en distancias,
Causaban temerosas resonancias.

Aquel reto era el grito de pelea,
De ese nuevo combate extraordinario
Que Belial propusiera en la asamblea
Para frustrar el plan del adversario
Que por salvar al hombre forcejea,
Del dolor miserable tributario;
Y la idea de perder tan gran tributo,
Al Orco henchía de incomparable luto.

Quiso seguir el réprobo adelante,
Y llevar hasta el colmo su osadía,
Y al reino obscuro regresar triunfante:
De allí no lejos el zenit se erguía
Del Nebo la alta cumbre dominante
Do el gran Legislador en otro día
Contemplara la Tierra de ventura,
Y un angel le excavó la sepultura.

Acuérdase el prescito, y, sin tardanza,
Vuela hacia la montaña solitaria
Con ánimo de urdir báquica danza
Sobre la augusta tierra hospitalaria
Que al héroe insigne de la antigua alianza
Tributóle su ofrenda funeraria,
Y allí cebar su rabia comprimida,
Profanando esa tumba bendecida.

Mas ya el Eterno había determinado
Confundir del blasfemo la osadía,
Y al Erebo dejar amedrentado:
Pues mientras Belfegor en su porfía,
Como á la liebre en el abierto prado
Va husmeando la agilísima jauría,
Persigue entre las rocas y zarzales
De aquella humilde huesa las señales:

Envuelta en una blanca vestidura,
Con chispeante terrífica mirada,
Y ceñida su frente de luz pura;
Irguióse de improviso la sagrada
Sombra del grande Vate; en su figura
La indignación mostrábase marcada,
Y los brazos abiertos extendía
Como Israel, triunfando le veía.

Ante aquel signo, atónito arredrose
 El monstruo á extraña causa obedeciendo;
 Abrió sus fauces, y un rugido ahogose,
 Y, súbito, sin bríos, retrocediendo
 Por los abruptos riscos, despeñóse
 A Satán y á sí mismo maldiciendo.
 ¡Signo de redención, emblema augusto!
 ¡Vida del hombre, y del Averno susto!



Fin del Canto Tercero



Ante aquel signo, atónito arredrose
 El monstruo á extraña causa obedeciendo;
 Abrió sus fauces, y un rugido ahogose,
 Y, súbito, sin bríos, retrocediendo
 Por los abruptos riscos, despeñóse
 A Satán y á sí mismo maldiciendo.
 ¡Signo de redención, emblema augusto!
 ¡Vida del hombre, y del Averno susto!



Fin del Canto Tercero





CANTO IV.

EL negro ollín de la mansión del llanto
Sacude de tus cuerdas, lira mía;
Vuelva á ceñirte el mirto y el acanto,
Y con nuevo entusiasmo y alegría,
Vibren los ritmos de tu osado canto
Al borde mismo de esa noche umbría:
Deja ya de la muerte las regiones,
Sigue cantando del amor los dones.

Ya empieza á despertarse la natura,
Desplegando sus párpados; ya siente
Esas primeras ansias de luz pura
Que hacen abrir sus puertas al oriente;
Y envuelta en su flotante vestidura,
Sale la aurora alegre y sonriente,
Con su rosada mano en los espacios
Enhebrando amatistas y topacios.

Ligeras nubecillas que semejan
Los suspiros del orbe por la vida,
El horizonte, vaporosas, dejan,
Y sus galas cambiando sin medida,
Del bajo suelo más y más se alejan
Para dar á porfía la bienvenida
Al aureo febo, y recibir ansiosas
Sus besos y sonrisas luminosas.

Se miran las montañas empinarse
Para espiar sus primeros resplandores,
Y de rosas y violas coronarse
Luego que de los mares bramadores
Lo vean como un esposo levantarse;
Los céfiros lo anuncian triscadores,
Y es toda la creación engalanada
Su tálamo y alcoba perfumada.

Sólo de Nazaret la Flor más bella,
La hermosa Virgen, la ideal María
No aguarda que la grande estrella
Surja del seno de la noche fría:
Mas apenas el alba ya destella,
Y el ave anuncia en la enramada el día,
Deja el humilde lecho, y, diligente,
Eleva al cielo su oración ferviente.

Toda su mente y corazón inflama
El Verbo augusto que en su seno mora,
Y lo ha trocado en una viva llama,
Llama vital, fecunda, abrasadora;
Y allí, no conteniéndose, derrama
Su benéfica influencia salvadora
Por los ámbitos vastos de lo creado,
Y todo á su contacto es transformado.

La Virgen Madre, como el sol gigante,
Se apresura á medir vasto camino,
En sí llevando ese Astro fulgurante
Que ha de esparcir su brillo peregrino:
Pónese en marcha rápida al instante,
Para cumplir su singular destino,
Y dejando los lares de su aldea,
Se encamina á los montes de Judea.

Se estremece de júbilo y palpita
En reedor la natura, presintiendo
El grande Numen que en el seno habita
De esa excelsa mujer, y obedeciendo
A extraño impulso que su seno agita;
De un fúlgido tapiz se va vistiendo
Por donde imprime su virginea huella
La fecunda castísima doncella.

Violas, claveles, súbito pululan
Del fértil suelo entre la verde grama,
Y nardos y azucenas se acumulan
Con las rosas ardientes como llama:
Todas, en fin, las flores se estimulan
Al dulce oficio, y cada cual reclama
Su grato turno, y aun la amable brisa
Más pura y juguetona se desliza.

Ya de Esdrelón empieza la llanura
A extenderse lozana y vigorosa,
Cubierta de una alfombra de verdura
Donde la grey lanígera retoza;
No lejos el Cisón ronco murmura,
Y arrastra su corriente presurosa,
Hinchada por las nieves derretidas
De las montañas por el astro heridas.

No se acuerda que un tiempo en sus oleajes,
Testigos de un gran triunfo, había arrollado
Escudos y armaduras y carruajes
Que hubo heroína invicta destrozado,
De Sízara vengando los ultrajes:
Hoy su antigua grandeza se ha eclipsado
Porque mira acercarse á su ribera
Del Eterno á la Madre verdadera.

Sigue ella su camino al mediodía,
Casi rosando el présago coloso
Del insigne Tabor, que ya vestía
Su tronchado cacumen misterioso
Con los cabellos trémulos del día;
Destácase no lejos el selvoso
Pequeño Hermón con su Naín risueña
Que, aun no despierta, se diría que sueña.

Ya el alto sol las sombras recortaba
Cuando la Virgen con igual premura
A la rústica Engánim se acercaba,
Y hacia la izquierda en su normal tristura
Los secos montes de Jelbóe dejaba
Que lloran todavía su desventura
Aridos, taciturnos; en sus huecos
Vibran aún de maldición los ecos.

Vasta llanura más allá se extiende
Que árbol ninguno en derredor sombrea,
E impune Sirio con su saña enciende,
La cierra un altiplano en que campea
Betulia, cuyo núcleo se defiende
Por grueso antemural que la rodea:
La sombra de Judit se mira erguirse,
Y de áureo nimbo fúlgida ceñirse.

La divina viajera infatigable
Sigue en su marcha: á Dótain ha dejado
Que de José la escena lamentable
En sus vetustos muros ha grabado.
Y ya la tarde más y más amable,
En la gama nupcial había empezado
Sus tintas á mezclar, cuando María
Llegaba á la opulenta Samaría.

Pero quizá temiendo algún ultraje
De sus mal prevenidos moradores,
Buscar no quiso entre ellos hospedaje:
Mas guiada por los últimos fulgores
Del moribundo día, siguió su viaje,
Envuelta en los perfumes de las flores;
Y por fin de Siquém llegó á las puertas,
Que encontró aún, al presentarse, abiertas.

Esos antiguos muros patriarcales
Que en su amable regazo han recogido
De su Jacob los restos funerales,
Daban albergue entonces al Prometido,
Oculto entre los senos maternos.
Ya la noche de luto se ha vestido,
La natura sin pulsos se desmaya,
La Virgen duerme. . . el Universo calla.

Mas apenas la estrella diligente
Ya preludiaba el himno matutino
Que el orbe canta al Dios omnipotente;
La Madre del que impera al torbellino,
Rompe aquel blando sueño prontamente,
Y apréstase otra vez á su camino:
Ancho sendero sigue polvoroso
Que va ondulando por un valle herboso,

Entre cercados de cactus gigantes
Que parecen asirse de la mano
Ebrios, nudosos, ya sus arrogantes
Siluetas muestra con un aire ufano
El Garízzim, do ascienden suplicantes
A adorar, por costumbre, al Soberano
Los que pueblan la culta Samaría,
Que nunca de su rito se desvía.

Gálgala más delante, guarda austera
Las grandes piedras que Josué el ardiente
Como un eterno monumento irguiera,
Ya del Jordán domada la corriente;
A Betel deja atrás la gran viajera,
Y saluda ese idilio permanente,
Y á Gabaón, donde con grande acato
El sol cumplió su singular mandato.

Surge Berot; no lejos la colina
Orlada de palmeras bulliciosas,
A cuya sombra un tiempo la heroína
Del Esdrelón sus leyes provechosas
Dictaba con prudencia peregrina
De Israel á las turbas numerosas;
Otros pequeños pueblos traspasando,
La Virgen á Salén se va acercando.

Ya en sus altas agujas y torreones
Rompe sus dardos el fanal del día,
Y atisba de soslayo otras regiones.
Sin detenerse allí, sigue María;
Pues llevando de amor los grandes dones,
Por difundir ese raudal ansia.
Al llegar á Belén, su pecho siente
Incógnita atracción, ardor vehemente.

Porgozar de su sombra la frescura;
Pero el pasó violenta, y atraviesa
Del Terebinto la árida llanura
Donde, según la fama, cuando empieza
Del día la riña con la sombra oscura,
Se oye repercutir con entereza
Del terrible gigante, allí vencido,
El moribundo horrísono gemido.

Una faja purpurea enrojecía
Las crestas de los montes de Judea;
Ya á Hebrón entre sus quiebras se veía,
Y no distante la feliz aldea
A do la Virgen real se dirigía
Por estrecha garganta que angulea
Quebrada y bronca en medio de collados,
De olivos y viñedos coronados.

Mientras camina con ardor creciente,
Comienza á oír los plácidos rumores
De la Sellada cristalina Fuente
Que, entre ninféas y mil palustres flores
Deslizándose, corre mansamente
A entregar sus caudales bullidores
En los vastos estanques, obra hermosa
Del sabio Rey que celebró á su esposa

Con aquel bello idilio, inimitable,
Compuesto entre el perfume regalado
De ese Huerto Cerrado, incomparable,
Que Él por su misma mano hubo plantado,
Y de ese manantial inagotable
Regaba con el líquido acopiado,
Y en venas compartido, que doquiera
Las galas esparcía de primavera.

¡Oh! cómo ahora ese vergel ameno,
Allí su huella al estampar María,
La bella Esposa mística, en su seno
Al gran Jehová llevando, parecía
De un gozo inmenso, extraordinario, lleno,
Y prodigar sus frutos, á porfía,
Y todos sus perfumes y colores
A la Flor más hermosa entre las flores,

¡La Madre del Señor! que al fin llegaba,
Al asomar la estrella vespertina
A la remota Aín: pero ignoraba
Que entre los muros de esa aldea mezquina
¡Ay! la anciana feliz no se encontraba
Desde que recibió prenda divina
Del cielo bienhechor; nada turbóse,
Y á la cercana vega encaminóse.

Allí, sin artificio, la natura
Sencillas galas pródiga vestía,
Contenta con su empírica hermosura,
Sin cuidar de afectada simetría:
Enramadas formaban de verdura,
Donde apenas el sol paso se abría,
Higueras, limoneros y granados,
De sus flores pristinas, ataviados.

De allí no lejos, con sonoro estruendo
Se despeñaba un manantial copioso,
Que entre espumas blanquísimas hirviendo,
Después iba á regar un valle hermoso
Donde el lentisco y algarrobo abriendo,
Su verdusco ramaje bullicioso,
Alberge de los pájaros cantores,
Templaba del solsticio los calores.

Una casita rústica, modesta,
Con rubor recatarse parecía
Entre las sombras de gentil florestá
Que en derredor compacta se extendía,
Enlazando sus copas: era ésta
Una pequeña granja, do solía
Isabel con su esposo retirarse,
Y á la oración entrambos entregarse.

¡Elicona divino! nuevamente
Hazme oír las estrofas celestiales
De ese himno sin par que eternamente
Resuena entre los coros inmortales;
Un rayo de ese fuego indeficiente,
Que enciende los palacios siderales,
Hiera mi pecho, y de entusiasmo henchido
Las glorias cante de *Jehová escondido*.

Expiraba la tarde por momentos;
Ya al desierto quejarse no se oía;
Apenas, arrullado por los vientos,
Entre las ramas de la selva umbría,
Callaban de las aves los concentos:
Sólo el ronco torrente no dormía;
Y entre rocas rompiéndose hervoroso,
Turbaba de las sombras el reposo:

Cuando la Virgen, tímida á los lares
De Zacarías llegaba, Toscos muros
Formados de antiquísimos sillares,
Donde el tiempo dejó tintes oscuros,
Conservaban en rasgos no vulgares,
De un ilustre blasón signos seguros.
Retiembla esa pacífica morada
Por un huésped tan grande visitada.

Ella con voz tan suave y melodiosa,
Como vibrante de emoción, los brazos
Echó al cuello á su prima venturosa,
Y la estrechó con los más dulces lazos,
Entre expansión ardiente é impetuosa:
Mas la voz en la anciana halló enbarazos,
Se anudó la palabra en su garganta,
Y, atónita, hacia atrás llevó la planta.

Y en ese mismo instante se agitáron
Sus séniles entrañas fuertemente;
Sus senos ya fecundos se ensacharon;
Y con extraña concusión vehemente,
Sus arterias, sus músculos temblaron,
Y el pequeñuelo feto, ya impaciente,
Dentro el clausto materno comprimido,
Dió un insólito salto desmedido.

Y el espíritu noble y generoso
Que ese tierno corpúsculo animaba,
Al sentir el contacto poderoso
Del Numen que la Virgen encerraba;
Traspasó con un ato desdeñoso
Toda valla de tiempo, toda traba;
Y, sintiendo su ingénita hidalguía,
Las fibras recobró de su energía.

De la gracia divina los raudales
Como un torrente en él se desbordaron,
Ahogando de la culpa aun las señales;
De su mente los ímpetus forzaron
Los débiles tejidos corporales,
De lo incógnito el muro derrocaron,
Y en las altas regiones del misterio,
Aprendieron sublime magisterio.

Como el águila enseña sus polluelos
Del sol á desafiar la ardiente hoguera,
Y á medir la grandeza de los cielos:
Así el Verbo divino ya se esmera
En preparar los atrevidos vuelos
De su gran Precursor, viva lumbrera,
Que espacirá destellos tan divinos
Por todos los senderos y caminos.

El desierto parece incorporarse,
Y ya escuchar la voz atronadora
De ese rugiente león, que va á buscarse
En solitarios antros su demora,
Para después indómito afrontarse
Con el rey de la noche sin aurora,
Que de Adán cautivó la raza impía:
Sigue, sigue adelante, Musa mía.

Apenas de Isabel en los oídos
Resonó aquel dulcísimo saludo,
Y por fin se libraron sus sentidos
De su estupor y arrobamiento mudo;
Fuéronle esos acentos conocidos,
De su garganta desatose el nudo,
Y sus arterias y sus fibras luego
Arder sintieron un sagrado fuego.

El Creador almo Espíritu encendía
Su pecho, y de recónditos arcanos
El velo ante sus ojos descorría:
Ciertas cifras leyó que á los humanos
Una nube densísima cubría:
Sintió la inspiración, alzó las manos
Al alto cielo, y por su luz herida,
En estas frases prorrumpió encendida:

“¡Bendita tú mil veces! ¡oh portento,
Oh maravilla entre las hijas de Eva!
¡Oh tú del orbe júbilo y contento!
¡Bendito el fruto que tu vientre lleva,
Al que dan tus entrañas el sustento!
Hoy por tí mi sér todo se renueva;
Un frenesí sagrado me domina,
Y arde en mi mente llama peregrina.

¿De dónde á mí, de dónde dicha tanta
Que la Madre del Todopoderoso,
De mi mismo Señor, ponga su planta
En este umbral, y en eco melodioso,
Me haga su voz oír? ¡Esto me espanta!
Apenas ese acento poderoso
En gratas ondas vino á herir mi oído,
Prodigio extraño se hubo en mí cumplido.

Pues el pequeño infante, que en mi seno
Llevo seis meses ha, súbitamente
De un vigor sacro inexplicable lleno,
Removió las membranas bruscamente;
Y de la edad rompiendo todo freno,
Con ímpetu saltó, como impaciente
Por rendir á su rey pleito homenaje,
Y llevar á los hombres su mensaje.

¡Oh! dichosa mil veces, luz del mundo,
Que la eterna palabra has recibido,
Y en tu púdico seno ya fecundo,
Has dado humano sér al Prometido,
Y sentirás un júbilo profundo.
Al mirar á Israel restablecido.”
Calló la anciana: tales maravillas
En lágrimas bañaban sus mejillas.

Entonces la real Madre, arrebatada
De un estro torrencial que arde en su mente
Y por el mismo Espíritu agitada,
Entona ese gran cántico ferviente,
Cuyos ecos la tierra, alborozada
Hace aún resonar perpetuamente:
Repetidme, Piérides divinas,
De este canto las notas peregrinas.

“Al gran Jehová mi espíritu engrandece,
Al que es mi salvador, y de alegría
Mi corazón palpita y se estremece:
Pues Él volviendo su mirada pía
Hacia su esclava, tanto la enaltece;
Que desde hora los siglos á porfía,
Por siempre venturosa han de llamarme
Y férvidos loores prodigarme.

Porque el mismo Creador omnipotente,
Y cuyo nombre es santo y venerable,
Mostró en mí su poder grandiosamente;
Aquél cuya bondad inmensurable
De progenie en progenie, como fuente,
Rebosa y se derrama inagotable
Sobre todos los pueblos y naciones
Que de un santo temor guardan los dones.

Hizo fuerza en su brazo poderoso;
A la turba soberbia y arrogante
Dispersó sobre el suelo polvoroso;
Precipitó del trono fulgurante
Al príncipe y magnate poderoso;
Al humilde tendió su diestra amante;
De harapos ha cubierto al opulento,
Y espléndido manjar sirvió al hambriento.

Abrió á Israel sus brazos paternales,
Y lo mimó como hijo preferido,
Pues de su gran clemencia los caudales
El jamás hubo puesto en el olvido:
Así á nuestros abuelos patriarcales
Él mismo, desde Abraham, lo ha prometido,
Y todo su linaje esa promesa
Por los siglos guardó con gran firmeza."

Así el himno sonó, cuyos acentos
Al torrente espumoso encadenaban
Y á los parleros juguetones vientos.
Mas ya en todo su brillo centellaban
Las lámparas del cielo; esos momentos
Al amable descanso convidaban
A aquellos moradores venturosos,
Testigos de prodigios tan grandiosos.

Mas apenas la aurora rubicunda
Empieza de los montes empinados
A sacudir las brumas, y ya inunda
Con sus flecos de luz bosques y prados:
La flor de Nazaret, y la fecunda
Anciana, al escuchar los acordados
Conciertos de los pájaros, rompieron,
El sueño, y del hogar la puerta abrieron.

El frescor de las auras matinales
Los convida á vagar por la alquería
Que sus fúlgidas galas primordiales
Con imponente majestad vestía.
A través de las rocas y zarzales
Con ímpetu Isabel brecha se abría;
Allá dentro su mente las ideas
Iban cobrando formas giganteas.

Entre madroños, lárices y helechos
Una silvestre gruta destacaba,
Cubierta sus paredes y sus techos
De verdinegro musgo; penetraba
La luz entre resquicios tan estrechos,
Que sus cabellos de oro enmarañaba;
Un fresco manantial de linfa pura
Hendía los flancos de la roca dura.

Al pie de ese antro, ante su vista abierto
Detúvose la anciana venerable:
A su diestra, entre brumas, el desierto
Se dilataba, rígido, indomable,
Como un gemido prolongado, incierto;
Sólo entre aquella calma imperturbable
Revoloteaba el águila altanera
Cual si del yermo la guardiana fuera.

Toda aquella grandiosa perspectiva
Arrobaba á Isabel; ella en su mente
Iba reconstruyendo pensativa,
Un misterioso sueño: y de repente,
Tras larga y afanosa excitativa,
Como herida de un rayo refulgente,
Vuelve de su estupor, y aquestas voces
Profiere entrecortadas y veloces:

“Esas rocas... ese antro... esa fontana..
¡Oh vasta soledad! ¡oh yermo adusto!
¡Oh arcanos de la Mente soberana!...
¡Oh futura mansión del vate augusto!..
¡Primeros lampos de su edad temprana!..
Ese lecho granítico, vetusto
Recibirá sus miembros, esa fuente.
Más tarde apagará su sed ardiente

Sacúdete, oh desierto, tu selvosa
Bronca melena agita; al fin despierta
De tu létargo, oh soledad umbrosa;
Regocíjate ya, írquete alerta:
Pronto vas á escuchar la sonora
Voz del gran vate que, la frente yerta
De una estirpe en el polvo sumergida,
Levantará, llamándola á la vida.”

Asi hablaba Isabel, fuego divino
De nuevo respirando: en pie María
Tan ardiente lenguaje peregrino
Con asombro escuchaba. Ya vestía
La mañana su manto purpurino,
Y sus húmidas rosas esparcía,
Mientras entrambas en tranquilo giro
Ledas vagaban por aquel retiro.

De tan grandes misterios el conjunto
Los coloquios más tiernos fomentaba,
Siempre basados en tan grave asunto.
Solo el anciano Zacarías faltaba:
Su aspecto taciturno y cejijunto
El asombro en la Virgen despertaba,
Quien á Isabel la causa preguntole
Y ella así complaciente respondióle:

“Nada te ocultaré. Tranquilamente
Se deslizaba nuestra edad madura,
Y nuestra prece aún viva y ferviente
Sin descanso elevábase á la altura
Pidiendo un hijo al Padre omnipotente:
Cuando tocó á mi esposo la ventura
De acercarse por turno al pie de la ara
Para que allí el incienso se elevara.

Cubierto por los velos del sagrario
Cumplía el rito antiquísimo quemando
El timiama en el fúlgido incensario,
Mientras el pueblo todo estaba orando
En los atrios grandiosos del santuario.
Subía el perfume lentamente; cuando,
De improviso, entre vivo rebervero
Se le muestra un celeste mensajero.

Llenose él de temor, y de sus manos
Resbalose el turíbulo, mas luego
Oyó aquestos acentos sobre humanos:
“¡No temas! Zacarías, ya tu ruego
Penetró los palacios soberanos;
Dios á tus ansias concedió el sosiego:
Te anuncio que Isabel, tu anciana esposa,
Será de un hijo madre venturosa.

Juan le darás por nombre; el regocijo
Tu pecho ha de ensanchar, y la alegría
Retojará entre el pueblo por tal hijo;
Grande será ante Dios que te lo envía;
Será su ayuno inquebrantable y fijo;
No tocará sus labios la ambrosía
De la espumosa vid, ni jugo alguno
Que embriagar pueda, romperá su ayuno.

En él la plenitud de sus caudales
Vertirá el almo Espíritu ferviente;
El más grande será de los mortales;
Él á Israel conducirá elocuente
A los altos apriscos celestiales,
Al seno de su Padre tan clemente.
De Elías la ardiente espada manejando,
Y su misma grande alma retratando:

Él Precursor será y el mensajero
De su Señor, y hará que se levante
Un escogido pueblo que al sendero
De sus mayores incredula, y no quebrante
De patriarcal alianza el sacro fuero,
Y que la turba incrédula, arrogante,
Abra su ciega mente á la prudencia,
Y siga de los justos la inocencia,

Al ángel respondiolo Zacarías:
“¿Cómo podré yo creer tan gran promesa?
Al ocaso ya ves corren mis días,
Blanca nieve ha cubierto la cabeza
De mi esposa, y sus fibras son tardías.”
Replicó el alto nuncio: “ten certeza;
Soy Gabriel, que la corte vienhadada
Asisto de Jehová, y esta embajada,

“Estas faustas noticias he venido
Aquí á traerte: mas también te advierto
Que (pues una señal has tu pedido
Y mis palabras recibiste incierto;
Has de cerrar tu labio enmudecido,
Y sufrirá tu lengua un desconcierto
Hasta aquel día en que verás cumplirse
Cuanto oyes por mi boca predecirse.”

Desde entonces sus labios se cerraron;
Tan sólo á señas las ideas expresa,
Y sus líneas faciales se alteraron
Entre esfumadas sombras de tristeza;
Pues aquellas especies se grabaron
En su herido cerebro con firmeza:
El enmudece; pero muestra su alma
Dulce quietud, imperturbable calma.

Calló Isabel; sus fúervidos acentos
Vibraban con insólita energía
Al traer á su mente esos portentos.
En tan grata y amable compañía
Dulces se deslizaban los momentos
De ambas madres que el cielo bendecía.
Y ya la luna completó tres veces
Sus menguas alternadas con sus creces.

Pero antes que abandone aquestos lares
La Madre del Señor, al fértil suelo,
Oh Musa de Sión, á los palmares
De Nazaret condúceme en tu vuelo;
Descúbreme la angustia y los pesares
De aquel justo varón á quien el cielo
Dió por esposa á la gentil Doncella
A cuya planta el Erebo se estrella.

Díme, por qué la angustia y los cuidados
En orbitas confusas por su mente,
Van revolando audaces, é inflamados;
Suspiros brotan de su pecho ardiente,
Y acentos de su boca entrecortados?
Díme, ¿cuál es de esa inquietud, la fuente?
Tú siempre de los justos mitigaste
El dolor y sus llantos enjugaste.

¿De de la virgen quizá la lengua ausencia,
Y los recuerdos que su mente excitan
Por tan rara virtud, tanta inocencia
Las fibras todas de su pecho agitan?
¿O su espíritu gime, y su conciencia
Entre ondas tempestuosas que se irritan,
O clava en su cerebro, en riña cruda,
Sus uñas aceradas la cruel Duda?

¿O ha querido el Eterno unos instantes
Sumergida dejar alma tan pía
Entre esos pensamientos fluctuantes
Para que brillen á la luz del día
Más y más sus virtudes culminantes?
No me engaño. Jehová mostrado había
Al invicto José, mientras el sueño
Derramaba en sus ojos el beleño,

Que el seno de esa virgen concibiera
Por un germen incognito, fecundo:
Mas le ocultó á la vez de qué manera
Se obrara allí misterio tan profundo;
Y aun permitió á la Duda que viniera,
Cuando todo en quietud se hallaba el mundo
Y en su alma bronco nido fabricara,
Y sus tranquilas horas amargara.

Él, según las costumbres populares,
Aún no impartiera á su divina esposa
La amiga sombra de sus pobres lares.
Ella, entretanto, oculta, pudorosa,
Escondiendo sus galas singulares,
Cual la violeta tímida y medrosa,
Bajo el paterno techo se abrigaba,
Y la azucena virginal guardaba,

La aureola virginal que, sus fulgores.
Jamás entre ellos ofuscar debía;
Un foco de castísimos amores
Era su noble pecho donde ardía
Incienso de purísimos olores,
Que el cielo, complacido, recibía:
Un mutuo pacto, firme, inquebrantable
Guardaría tesoro tan amable.

¿Cómo, pues, de repente el casto seno
De aquesta virgen fecundarse pudo,
Y ya mostrarse de su fruto lleno?
He aquí la causa del combate rudo,
La parda nube que eclipsó el sereno
Animo de José: perplejo, mudo,
No halla cómo explicar aqueste enigma
Que así lo marca con doliente estigma.

La duda, en tanto, sobre la cabeza
Del pío varón audaz revoloteando,
Insidiaba de su alma la firmeza,
Y aun las garras y pico en él clavando;
Hacía por infiltrarle con destreza,
De la sospecha el tósigo nefando
Que roe las entrañas y los huesos,
Y el germen deja allí de mil excesos.

Más José, como indómito caudillo,
Al monstruo alado firme rechazaba,
Y ni el más leve soplo ó vaporcillo
Ante sus fieles ojos empañaba
De su áurea esposa el deslumbrante brillo,
Y cruda lucha sin cejar trababa:
Mas, por fin, ha resuelto retirarse,
Y de su hogar pacífico alejarse.

¡El héroe ha desmayado por ventura,
O en la lid receló de su impotencia?
No: ¡Musa de Salem! su gran cordura
Pudiste tú admirar y su prudencia:
Entre aquel pueblo de cerviz tan dura
Fuera, tal vez, una arma su presencia
En contra de esa virgen inocente,
Que había de aparecer cual delincuente.

O quizá, en tanto, el angustiado esposo
Recordó la notoria profecía,
Que un parto sobrehumano, portentoso
A una virgen intacta atribuía:
Pero atendiendo al timbre tan glorioso
Que en tal virtud sobre él redundaría;
Su pequeñez y su ruindad le espanta,
Y atrás le obliga á retirar la planta

Cerrado había su taller sencillo
El fiel patriarca; y con afán espiaba,
(Oculto en un ameno bosquecillo
Que no lejos su sombra proyectaba)
Del Astro enfermo el moribundo brillo:
A Dios, en su dolor se abandonaba,
Y olvidando zozobras y temores,
Al cielo dirigía sus loores.

Mas Dios, clemente, quiso que alumbrara
Benigna estrella al angustiado amante
Y el nublado fatal se disipara:
Cual suele á veces una madre amante
A un hijo tierno, prenda la más cara,
Mostrarle torva faz por un instante,
Y prodigar después al dulce niño
En modos mil su maternal cariño.

Ya la noche embozada se cernía
Por todo el bosque en que el varón espera
El convulsivo palpitar del día:
Hondo silencio en derredor impera
Que ni el cárabo ronco interrumpía,
Y mientras á partir se dispusiera,
El sueño entre sus redes ya lo ha envuelto,
Y el vigor de sus fibras se ha disuelto.

Un profundo sopor cerró sus ojos:
Súbito parecióle iluminarse
La selva toda en resplandores rojos,
Los altos tamariscos inflamarse,
Y las zarzas arder y los abrojos;
Y, en tanto, entre las llamas acercarse
Hacia él, con semblante muy ufano,
Un aligero excelso cortesano.

Al agitar sus alas sin estruendo,
Las llamas oscilantes se extinguían,
Sus puntiagudas lenguas escondiendo,
Y las frondosas ramas sacudían
Las centellas que al suelo iban cayendo,
Y en la seca hojarasca se perdían,
Sin que el humo sus hélices formara,
Ni huella alguna el fuego conservara.

Tocó entonces el ángel con su mano
La frente de José, y así le dijo:
‘José, que del linaje soberano
De David descendiste ¿qué prolijo
Penar agudo así te angustia en vano?
¿Porqué á tu esposa, á quien Jehová bendijo
Y de gracia colmó, quieres cerrarle
Las puertas de tu hogar, y abandonarle?

¿Ignoras el oráculo grandioso
Que á una púdica virgen ha anunciado
Un parto singular y prodigioso,
Y que el hijo á quien ella habrá alumbrado
Será asimismo el Todopoderoso
Que del trono estelífero ha bajado
Para vivir en la mansión del hombre,
Y por tanto “Emanuel” será su nombre?

Este gran vaticinio se ha cumplido
De tu esposa en los senos virginales,
Que del Creador Espíritu han sentido
Las vivíficas auras germinales:
Tú sobre el hijo que ella ha concebido,
Has de ejercer los cargos paternos,
“Jesús” le llamarás, porque le plugo
De su pueblo romper el férreo yugo.

Abre, por fin, tu pecho á la alegría:
Lejos ya toda angustia; con presteza,
Cuando despierte el lumínar del día,
A tu taller pacífico regresa:
Ya se encamina á Nazaret María,
Dejando de los montes la aspereza;
Tu mismo hogar no dudes en abrirle,
Y con sencilla pompa recibirle.”

Así habló el ángel, y perdióse luego
Entre los pliegues de la noche. En tanto
José espera con ansia y sin sosiego,
Que de las sombras se recoja el manto
Para volver al techo solariego:
Ya se calmó su afán y su quebranto,
Y penetrando su grandeza misma,
En los arcanos de Jehová se abisma.

Y luego que las auras matinales
Del bosque acariciaban la melena;
Dirigióse de nuevo á sus umbrales
A empezar la gratisima faena,
Y ataviar esos muros patriarcales,
Esa feliz mansión que pronto llena
De su mismo Señor se sentiría,
Al recibir á la sin par María.

Siempre el Eterno los más grandes dones
Para el humilde pueblo ha reservado;
Al sencillo candor sus galardones
También entonces hubo destinado:
Pues ¿quiénes rendirán sus ovaciones
A la Madre del Verbo, y humanaado?
De aldeanos y pastores grande turba
Vino del valle y la colina curva,

A la voz del Patriarca, que afanoso
Las vegas en reedor ha recorrido
En busca de ese pueblo laborioso,
En que el mismo Señor se ha complacido:
Palpita en todos el más vivo gozo;
Pues de la boca de José han oído
Que de salud la prenda más segura
Tendrá Israel en esa Virgen pura,

En quien la mano del Eterno ha obrado
Los más grandes prodigios. Sin demora
Todos, por tanto, el soto y el collado
Recorren; ya á la palma mecedora
Sus joyas más vistosas han robado,
Y á los dominios de la amable flora:
El acanto, el estóraque y la acacia
Esa santa ambición apenas sacia.

Virgenes tiernas, púdicas zagalas
Entretejen guirnalda y festones,
Adornados del campo con las galas;
Les brinda el limonero sus botones,
El tulipán sus encendidas alas,
El prado todo sus campestres dones;
Y al regresar á sus pajizos lares,
Van ensayando místicos cantares.

La amable Virgen ya dejado había
Su adios más tierno á la feliz anciana
Y á la risueña plácida alquería;
Y sus ojos aún, aunque lejana,
Hacia ella solícita volvía:
Entre el grato frescor de la mañana,
Por los mismos senderos rocallosos
Guía, de nuevo, sus pasos presurosos,

Sin mirar del camino á la aspereza,
Ni á los rayos del sol, que ya sañudo
Dardos de fuego á disparar empieza.
En un amable arrobamiento mudo
Su alma está sumergida: la grandeza,
De esos nuevos portentos que ella pudo
Saber desde su origen, su alma hiere,
Y sublimes afectos le sugiere.

De Jezraél, por fin, á la llanura
La reina de los siglos se acercaba;
Parecía engalanada la natura,
Asociarse á la pompa que aprestaba
La humilde Nazaret; con gran premura,
Sus más ricos joyeles ostentaba
El campo al ser hollado por María,
Y otra vez de mil flores se vestía.

De querubes un círculo descende
A formarle cortejo, sus brillantes
Alas purpureas en reedor extiende,
Esmaltadas de perlas y diamantes,
Y un pabellón formando, le defiende
De los solares rayos fulgurantes,
Y otros, el aire puro refrescando,
Flabelos de color van agitando

Ya del ronco Cisón dejara á un lado
El arenoso lecho; y de repente,
Al doblar la ancha falda de un collado,
Vió á su encuentro salir rápidamente
A su férvido esposo, acompañado
De turba postoril, que alegremente
En entusiastas vítores rompiendo,
Hirió los aires con festivo estruendo.

Unísonos á un tiempo resonaron
Los rabeles y acordes instrumentos;
Las palmas, las acacias agitaron
Con un dulce vaivén los tibios vientos,
Y aromáticas ramas tapizaron
La senda por doquier; y en los momentos
En que la agreste pompa se acercaba
A Nazaret, que ansiosa la esperaba:

Entonces ¡oh inocencia venturosa!
Por los muros, terrados y balcones,
De mil vírgenes, pléyade vistosa,
Búcaros y coronas y festones
Hizo caer, cual nube vaporosa,
O de nieve cual cándidos vellones,
Y el tesoro gentil de primavera
Sobre la amable Virgen placentera.

Y en ese mismo instante al aire dieron
Sus cánticos pastores y zagales,
Y así sus ecos rítmicos se oyeron:
“Salve honor de las playas celestiales,
A quien los siglos con asombro vieron:
Tú eres vida y salud de los mortales,
Tú de Israel la gloria y alegría,
Tú, blasón de tu pueblo ¡oh gran Maria!

Tú, que al dragón hollaste con la planta,
De tu cautivo pueblo las prisiones,
Nueva invicta Judit, también quebranta,
Y del cielo á las fúlgidas regiones
Hoy la esperanza de Judá levanta:
En tanto, estas sencillas ovaciones
Recibe, oh Virgen, de tu humilde aldea
Que por tí se engrandece y hermosea.

Repiten con asombro los collados
De esa virgen el nombre, y los sonoros
Aplausos le devuelven redoblados,
Mientras prosiguen los amables coros,
En dos alas simétricas formados
A la sombra de palmas y de acoros,
Y del esposo á la mansión vecina
El popular cortejo se encamina.

Pero, ¿cómo podrás, cítara mía,
Bosquejar los trasportes singulares
Con que el casto Patriarca recibía,
Tan digna esposa en sus humildes lares?
El llanto por sus párpados rompía;
Y cual gimen los pinos seculares
Al azotarlos huracán deshecho,
Así en el tropel brotaban de su pecho

Los ardientes sollozos arrancados
A su alma por el júbilo impetuoso
Que por todas sus venas rebosaba,
Mientras ósculos mil con tembloroso
Labio en los pies virgíneos estampaba:
La presencia del Todopoderoso,
Y de esa augusta Madre la grandeza
En el polvo lo hundían de su vileza.

Era la media noche, y todavía
Los rústicos acordes instrumentos
Resonaban con grata melodía,
Y al eco de esos húmidos concentos
Un grupo de querubes respondía
Envuelto entre las ondas de los vientos,
Y sus voces subían á la altura,
Cantando del Patriarca la ventura.

Fin del Canto Cuarto.



Era la media noche, y todavía
Los rústicos acordes instrumentos
Resonaban con grata melodía,
Y al eco de esos húmidos concentos
Un grupo de querubes respondía
Envuelto entre las ondas de los vientos,
Y sus voces subían á la altura,
Cantando del Patriarca la ventura.

Fin del Canto Cuarto.





CARTO V.

Cuando ya sobre el ponto amenazante,
Sobre el profundo abismo, suspendido
Se halla á medio sendero el navegante
Que el espumoso reino ha recorrido,
Solicito, perplejo y vacilante;
Remira, sin embargo, complacido,
Con los ojos y el vago pensamiento
El que ya atrás dejó crudo elemento.

Así ahora también la navecilla
De mi frágil ingenio, aunque se afana,
Lejos aún, por abordar la orilla,
Sigue bogando plácida, y ufana
Hoy mide el surco que romipó su quilla,
Entre el rugir de tempestad lejana;
Y de nuevo, quizá con rumbo incierto,
Tímida tiende al suspirado puerto.

¡Oh Estrella de los mares bramadores!
¡Faro que amor irradias y esperanza!
No me escondas tus nítidos fulgores;
Suene tu dulce voz con que se amansa
Ese monstruo y olvida sus furores:
Y si ya no me arredra su pujanza,
Haz también que en sus senos maliciosos
Sirtes no halle y escollos insidiosos.

Acuérdate que ayer el bardo tuyo
Era informe crisálida, que apenas
Los tejidos rompió de su capullo;
Y hora á las auras diáfanas, serenas
De otros mundos sin lanza sin orgullo,
Flores buscando, de ese néctar llenas,
De ese vital purísimo rocío
Que no siente los hielos ni el estío.

Del Tíber recostada en la ribera,
En medio de lauríferos collados,
Descansa en su ativez Roma guerrera,
A los pueblos del orbe encadenados
Viendo gemir bajo su planta fiera;
Los vencidos monarcas destronados,
Roto su cetro, roto el manto, lloran,
Y de esa reina la clemencia imploran.

Las águilas romúleas su alto vuelo
Tienden por todo el orbe; su arrogante
Pupila mide el conquistado suelo
Y el vastísimo olimpo fulgurante,
Y en su triunfo se huelgan sin recelo:
El auriga de Febo rutilante
Jamás desenjaeza sus bridones
De ese imperio tan vasto en las regiones.

El mismo Rey de reyes sostenía
Con su diestra las bases del coloso
A cuya voz un mundo respondía,
Porque sobre él más tarde el Poderoso
A su Verbo humanado formaría
De su alto trono el pedestal glorioso,
Y desde allí la humanidad entera
Dócil la voz de la verdad oyera.

Pero ese gran coloso coagmentado
De tantos y contrarios elementos,
Ya encerraba en su vientre agigantado
Mil destructores gérmenes violentos:
Cual nubarrón infausto, que preñado
De granizos de rayos y de vientos,
Aborta las rugientes tempestades,
Que arrancan de sus quicios las ciudades.

Por tanto el Rey de las celestes playas
Quiere á tiempo impedir esa gran ruina,
Cimentando de Roma las murallas;
Y mandar á la tierra determina
Al ángel que gobierna las batallas,
Y en falanges y ejércitos domina:
Le ordena que á la Guerra él encadene,
Y á la Discordia indómita refrene,

Que subyugue los pechos ambiciosos,
Que sofoque los bélicos clamores,
Y esparza entre los pueblos numerosos
De la paz los benéficos amores:
Oyó el ángel los ecos imperiosos,
Y dejando del cielo los fulgores,
Se precipita á la terrestre esfera
En actitud amenazante y fiera.

Medía la inmensidad con su mirada,
Llena de rayos, ondulaba al viento
La ardiente cabellera ensangrentada,
Cual de rojo cometa turbulento;
Era su adusta faz tan inflamada,
Que á la celeste Sión pedía sediento
Le enviara de sus fértiles colinas
Alguna de sus auras peregrinas.

En medio de ambos mares que asociarse
Con el déspota oceano han desdeñado,
En ademán altivo, levantarse
Se mira el alto Cáucaso escarpado
Que lucha, hasta el zenit por empinarse,
Amenazando al piélago humillado,
Y de sus negros flancos desiguales
Beben el Ciro y Fásis sus caudales.

Al pie del monte, entre uno y otro río,
Ceñido de cardales y altas rocas
Abrese un antro tétrico y sombrío:
Ebrias de muerte y de cruel ira locas,
Allí ejercen su odioso poderío.
La Guerra y la Discordia, cuyas bocas
Férvida sangre beben á torrentes
De las humanas víctimas dolientes.

Los marciales clarines y atambores
Aquel vasto recinto siempre atruenan;
Y entre los roncós ayes y clamores
De los vencidos, en reedor resuenan
Los gritos de los crueles vencedores
Que los dominios de la muerte llenan;
Y aquí y allí las rotas armaduras
Cuelgan de aquellas bóvedas obscuras.

El caudaloso Tigris y el Eufrates
Que fecundan vastísimas regiones,
Vieron por vez primera en los combates
Destrozarse los pueblos y naciones.
Hasta la falda umbrosa del Nifates
El robusto Nemrod guió sus legiones,
Dejando á Babilonia la altanera
Del Eufrates sentada en la ribera.

Esa fatal semilla, que sembrada
Dejó allí la ambición, y por la Guerra
Fue con afán materno fecundada;
Rauda siguió cundiendo por la tierra
De sangre y de cadáveres regada:
Esa mazmorra desde entonces encierra
Ambos genios del mal, cuyo dominio
Se asienta sobre ruinas y exterminio.

Mas toda voz ahogóse de repente,
Los roncós lituos bélicos callaron;
La Guerra incorporose prontamente,
Y las hórridas sierpes se erizaron
De la Discordia en la sañuda frente;
Repentinos fulgores alumbraron
La enorme gruta tenebrosa, y luego
Abdiel penetra respirando fuego:

Y como el tigre arrójase á su presa,
Y clávale feroz la zarpa aguda;
Así el Angel, hiriendo la cabeza
De aquella Furia, en las matanzas cruda,
Derríbala cual torre ó fortaleza,
Sin que la otra á defenderla acuda,
Pues vencida también, se retorció,
Y sus hidras silbantes sacudía.

Con cadenas y nervios retorcidos
Les ata el cuello y las velludas manos;
Y sin cuidar sus roncós alaridos,
Intima los decretos soberanos,
Y prohíbe á esos monstruos aguerridos
El pecho atosigar de los humanos
Hasta que no se cumplan puntualmente
Los designios del mismo Omnipotente.

Habló el Angel belígero, y la espada
Que destrozara ejércitos enteros
Cuando se vió Salém amenazada
Por los Asirios belicosos, fieros,
Hundió dentro la vaina ensangrentada;
Y batiendo entre ardientes reverberos
Sus alas fulgurantes, cual topacio,
Vasta región midió por el espacio;

Y sobre el alto Capitolio erguido
De cuya cumbre la terrible Roma
Truena á la faz del orbe adormecido,
Y á las naciones de la esfera doma,
Su planta puso. Todo sumergido
Está en hondo silencio: apenas asoma
Entre las densas brumas nocturnales
La Amazona sus miembros colosales:

El Angel la saluda, y de este modo
Se hace su voz oír: "Duerme oh guerrera,
Reina del orbe, duerme; el mundo todo
A tí rendido, una señal espera:
Ni el Escita, ni el Sárмата, ni el Godo,
Ni el más bárbaro pueblo de la esfera
Turbar intentará tu noble sueño,
Ni provocar del león el torvo ceño.

"Duerme en paz, de tus ínclitos laureles
Bajo la sombra, entre los mil trofeos
Que son tus valiosísimos joyeles:
Tuyos son los selvosos Pireneos,
Tuya la patria de Platón y Apeles;
El Himaón, el Tauro y los Rifeos,
Y el encorvado gigantesco Atlante
Hacen ondear tu enseña rutilante.

"El Dios de los ejércitos ha armado
Tu diestra de sus rayos vengadores;
Los tronos á tus plantas han rodado,
Y sobre ellos, ceñido de fulgores,
El tuyo sin igual se ha levantado,
Desafiando á los siglos voladores:
Dora tu real diadema el sol ardiente
Al nacer, y al morir en el poniente.

"Mas oye los destinos inmutables
Que te anuncia el Eterno por mi boca:
No te llenen tus triunfos incontables
De necio orgullo y arrogancia loca;
Son tus glorias caducas, deleznales:
Y cual hinchado río que se desboca,
Pasarán raudos tus gloriosos días,
Y en dolor trocarás tus alegrías.

"Al pie de las montañas de Judea
En un rincón obscuro y escondido,
Yace una humilde solitaria aldea
Que, sacudiendo el polvo del olvido,
Contigo va á trabar noble pelea:
Por todo el universo á tí rendido,
Ella, brindando de verdad los dones,
Subyugará los pueblos y naciones;

"Y esparciendo los rayos luminosos
Por los ámbitos vastos de la esfera,
Derrocará los reinos tenebrosos
En que el error y la maldad impera:
Los monarcas y sabios orgullosos
Al torrente oponer débil trinchera
Intentarán con locos devaneos,
Y arrollados caerán como pigmeos.

"De ese gran foco un haz vivificante
Vendrá á herir, cual relámpago tus ojos,
Y abatirá tu frente, aunque arrogante:
Tu desnudez te causará sonrojos;
Y, pobre conociéndote é ignorante,
Piedad implorarás. Mas los enojos
De un gran déspota entonces provocando,
Y su rabia dormida despertando:

"Sentirás tus entrañas agitarse,
Por un áspid tartáreo emponzoñadas
Y tu mente frenética turbarse,
(Porque creeras tus glorias ofuscadas)
Y tu trono de pórfido cimbrarse
Sobre sus áureas ponderosas gradas,
Y entonces, asociándote al Averno,
Tu diestra elevarás contra el Eterno.

"Cual sierpe triturada en el camino
Por férreo disco de pesada rueda,
Y como ruje hinchado torbellino;
Tu saña cruel, sin que menguarse pueda,
Revolverase contra el plan divino,
De donde el hombre su grandeza hereda:
Sangre inocente verterás á mares,
E inundarás los templos y los lares.

"¡Pero tú misma labrarás tu ruina!
Como la lava del volcán ardiente,
La sangre de esa atroz carnificina
Vendrá á caer en tu soberbia frente;
Estallará la cólera divina,
Y tu brazo armarás inútilmente
Por defender tu cetro y tu diadema,
Que se te escapa en tu agonía suprema.

"Veo el nebuloso septentrión airado
Contra tí vomitar hordas salvajes:
Ni el Remo ni el Borístenes helado,
Ni el Vístula que encrespa sus oleajes
Esa rápida marcha han retardado:
A tu faz misma arrojarán ultrajes;
Y al golpe asolador de la picota,
Caerá tu trono, cual columna rota.

“Ya derrumbarse miro tus palacios
Alfiero empuje, con terrible estruendo;
Y de circos y teatros los espacios
Un cúmulo de ruinas oprimiendo:
Y la que antes ceñida de topacios,
En lecho de oro y de marfil durmiendo,
Se embriagaba de goces y delicias,
Hoy se arrastra entre fangos é inmundicias.

“Sacudirán los pueblos su cabeza
Tu angustia al ver, y exclamarán pasmados:
¿Es esta aquella reina que en grandeza,
Los siglos eclipsara, y cautivados
A los pueblos tenía con su belleza,
Y sentada en sus ínclitos collados
Era del universo la alegría,
Y ahora se revuelve en su agonía?

“Mas no ha de ser tu ruina irreparable,
Hija del trueno, no serás raída
Como fué Babilonia miserable,
Como Nínive y Suna. A nueva vida
Te llamará el Eterno, el Inmutable,
Y otra vez alzarás tu frente erguida:
Como el fénix, del rogo se levanta,
Bate sus alas y su triunfo canta;

“Así también, de tu ceniza fría
Tú te levantarás regenerada:
De tus deidades la caterva impía
Será de sus altares derribada;
Y del vicio y error la noche umbría
Que hoy envuelta te tiene y sojuzgada,
Romperse la has de ver en mil girones,
Y la faz despejar de las naciones.

“Será el mundo otra vez tu vasto imperio;
A tu voz callará la vasta esfera;
Y ejerciendo un divino ministerio,
Tú serás de verdad la gran lumbrera,
Firme columna, eterno magisterio:
Vencerás de los siglos la carrera;
Serás tú del Averno la intangible,
Y al reino del error siempre terrible.

“Verás hundirse reinos y ciudades
Envueltos en confuso torbellino,
Chocar y atropellarse las edades
Pueblos mil arrollando en su camino,
Y otros surgir de vastas soledades:
Mas tú firme estarás como el destino,
Y desde tu alto trono sin segundo,
Verás arder y desplomarse el mundo,”

Los acentos del Angel resonaron
Por las siete colinas, que orgullosas
Al oír sus grandezas, retemblaron,
Y las ondas del Tíber tumultuosas
Blanquísimos penachos levantaron,
Mientras el Angel sus alas ponderosas
De nuevo entre las sombras agitaba,
Y al estrellado azul se remontaba.

Entre tanto la Paz en blanca veste,
Coronada de oliva y azahares,
Bajaba ya de la región celeste
A esparcir sus tesoros á millares
Sobre la tierra, para que se apreste
A recibir los dones singulares
De que pronto su Dios la colmaría,
Quien "Príncipe de paz" se llamaría.

Al paso de esa diosa reverdecen
Los campos, los oteros, y ondulantes
Aureas espigas por doquier se mecen;
Las juncias y los cálamos fragantes
En las cavernas y barrancos crecen,
Y dan miel las encinas resonantes;
Quietas, tranquilas pacen las ovejas,
Huye el tigre aguzando sus orejas:

Las Artes y las Ciencias enlazadas
De la mano, le forman su cortejo,
Y urden alegres danzas concertadas:
Ya la cota se trueca en zagalejo;
Y las sangrientas horribas espadas
Son la rejas que esconden el arvejo;
Y de la Paz al canto, los humanos
Se estrechan cordialmente como hermanos.

Ya se acercaba el venturoso día
En que la tierra al fin se despertara
Del funesto letargo en que yacía,
Y esa niebla fatal se disipara.
El Eterno, en su gran sabiduría,
De un gran monarca el ánimo prepara;
A éste, cual ministro, El ha escogido
Para que todo á un fin sea dirigido.

Augusto, el César, cuya planta besa
Todo el país que el cielo azul cobija,
Es el alma del mundo y la cabeza:
Su arrogante mirada tiene fija
De su inmenso dominio en la grandeza,
Rendido al fin por lucha tan prolija;
Y de un vértigo ardiente arrebatado,
Manda sea el universo empadronado.

Cual ruge el rayo entre la nube rota,
Y el trueno entre ondulantes vibraciones,
Por las montañas cóncavas rebota:
Así por las vastísimas regiones
Del grande imperio que la mar azota,
Cunde el edicto, y todas las naciones,
Por tribus y provincias y ascendientes,
Ante el César se inclinan reverentes.

Ya empiezan los abruptos Apeninos
A mandar sus agrestes habitantes
De torvo aspecto y trajes peregrinos;
Y los Alpes, sus nieves incesantes
Abren, franqueando lúbricos caminos:
El Arno y el Adiges murmurantes,
Y el coronado Eridano orgulloso
Ven agitarse un pueblo numeroso.

Se invitan á porfía los moradores
De la culta Masilia, que sentada
Del Ródano en las fauces, los fulgores
Recibe de la Grecia encadenada:
Los que pueblan los fértiles alcores
De Aquitania, en sus viñas esmerada,
Y los que ven tenderse, cual serpiente,
El Secuana de límpida corriente.

También registra la feroz España
A sus guerreros hijos que cultivan
Las amplias vegas que el Ibero baña,
Y del Bétis feráz el agua liban,
Y á los monteces de mirada extraña
Cántabros fieros que en su pecho avivan
De libertad el fuego inextinguible,
Contra el romano yugo aborrecible.

Se inscriben los indómitos Germanos
Que el duro freno ya á tascar empiezan,
Y á desarmar sus aguerridas manos;
Y allá, donde las nieblas empavezan
El septentrión oscuro, los Britanos
Sus castas y sus tribus encabezan;
Y reseña también sus habitantes
La Hibernia, rica en pescas abundantes.

Se despierta asimismo la Sarmacia,
Por el glacial Borístenes regada,
Y el Tánaís, cuya orilla aun no se sacia
De repetir con lúgubre tonada
El nombre de su Orfeo: también la Fracia,
Por el Hemo y el Ródope flanqueada,
Abre paso á su pueblo belicoso:
Allí duerme á las plantas del Coloso

La opulenta Bisancio, que más tarde
Será de Roma la rival potente,
Y en la ambición de destronarla ya arde:
Así á la sombra del león rugiente
Crece el blondo cachorro, haciendo alarde
De sus colmillos y su zarpa ingente.
También la ilustre Grecia se empadrona,
Triste al ver ya sin brillo su corona.

El Asia, en cambio, rica y opulenta,
Del grande mar el litoral domina,
Y mil ciudades florecientes cuenta
Que en las artes florecen y doctrina.
Allí la Troade aún gime y lamenta
De su gran Troya la fatal ruina,
Cuyo sitio, cubierto de zarzales,
Nutre apenas raquíuticos cereales.

Todos esos países espaciosos
Al edicto imperial se han sujetado:
Al catálogo acuden presurosos
Los que exploran las aguas del dorado
Pactolo que en sus senos bulliciosos
Áureas arenas lleva al mar salado,
Después que el suelo de la Lidia inunda,
Y sus campiñas pródigo fecunda.

Los que tienden su red en las riberas
Del tortuoso Meandro, que en rodeos
Riega lento sus nítidas praderas
Por oír de sus cisnes los gorjeos;
Los que á Bitinia roban sus maderas,
Y su mármol que adorna mausoleos;
Los que habitan la fértil Licaonia,
Y el vasto litoral de Paflagonia.

Se estimulan los cultos habitantes
De la vasta Cilicia, perfumada
Por sus cedros y pinos resonantes,
Y por el alto Tauro coronada;
Y allá entre sus palmeras ondulantes
Se incorpora Palmira, recostada
Entre sus frescos deliciosos huertos,
Un oasis formando en los desiertos.

No lejos Chipre luce donairosa
Sus parques y jardines perfumados
Que los poetas finjieron por la Diosa
Del amor y las gracias ser plantados:
Rodas también, que se llamó la esposa
Del sol un tiempo, tiene ya alistados
Sus moradores, y entre el mar bravío
Su frente asoman Gnido, Lesbo y Quío.

Arrogante preséntase Antioquía,
Sus bosquecillos lúbricos mostrando
En que reside una deidad impía;
Y á la misma gran Roma desafiando,
Luce su gentileza y bizarría
Porque se cree nacida para el mando:
La secunda la ilustre Laodicea,
Que en su puerto y sus viñas se recrea.

Por otra parte ruge el melenudo
León de Babilonia, ya impotente
A despertar de su letargo mudo
Un pueblo que antes su pendon luciente
Llevar del mundo á la vanguardia pudo.
En la márgen del Tígris ampliamente
Seleucia, altiva en su grandeza brilla,
Y más y más á su rival humilla.

También donde sus rizos virginales
La tierna aurora á repartir empieza,
Han vibrado los ecos imperiales:
La Bactriana, ya en pie, se despereza,
Y la Hircania, que entre hórridos eriales
Atiza de sus tigres la fiereza;
Y paso dan á innumerables gentes
Las Puertas Caspias, llenas de serpientes.

Africa respondió: los numerosos
Pueblos que abriga sin afán sustenta:
Sus derruidos torreones silenciosos
La indómita Cartago aún ostenta,
Sin olvidar sus timbres tan gloriosos;
Y de venganza todavía sedienta,
Lucha por levantarse, como herido
Gladiador se retuerce enfurecido.

Al cesáreo pregón también se inclina
La feroz Mauritania, en cuyo suelo
Sobre rocas graníticas se empina
El corvo Atlante al encumbrado cielo,
Y la Numidia que en el mar reclina
Sus pródidas llanuras que el anhelo
Sacian del labrador y su constancia,
Y le brindan su fruto en abundancia.

Alza el Egipto su rugosa frente
De lotos y papiros coronada,
Y enumera el gran pueblo, diligente
En cultivar el suelo fecundado
Del Nilo bienhechor, que aún su ingente
Cabeza en esconder esta obstinado,
Y á veces, bajo el lomo del desierto,
Su cuerpo oculta, y va con paso incierto.

Tú finalmente, oh suelo venturoso,
Hogar de los teándricos amores,
A la voz te rendiste del Coloso:
Y cual suele en los los fervidos calores
Rebullir un enjambre rumoroso
En el seto poblado de mil flores;
Los alumnos así de los patriarcas
Agítanse por todas tus comarcas.

Todos corren, se agolpan á porfía
En aldeas, castillos y ciudades,
Do su abolengo cada quien tenía;
Condiciones y sexos y aun edades
El registro insaciable recibía:
Despiértanse las mismas soledades,
Y de las altas y selvosas cumbres
Se miran descender las muchedumbres.

José, el fuerte varón, ha comprendido
Las órdenes divinas, que fielmente
El romano monarca ha transmitido,
Y á cumplirlas se apresta diligente.
No lo han de su propósito movido
Ni el mirar de la Virgen inocente
Maduro el sacro fruto, ni el penoso
Sendero, ni el invierno nebuloso,

Que ya sobre los montes esparcía
Sus rígidos cabellos blanquecinos,
Y con glacial aliento entorpecía
Los limpios arrolluelos cristalinos,
A la selva sus galas sacudía,
Y robaba veredas y caminos:
A Belén deben ambos dirigirse,
Su alcurnia y su blasón, y allí inscribirse.

La brisa triscadora preludiaba
El parpadear del astro matutino,
Cuando el noble Patriarca se aprestaba
A recorrer el áspero camino,
Y á su virgen esposa acomodaba,
Dulce fardo, en el tergo de un pollino.
Ya por colinas áridas, fragosas
Van siguiendo esas sendas escabrosas,

Que poco antes ansiosa recorriera
Con rumbo á Hebrón, la celestial María,
De su misma ventura mensajera.
Se ha hundido en el ocaso el primer día;
Triste mortaja ya el segundo espera;
El tercero por fin paso se abría
A través de las sombras nocturnales,
Envuelto en las sonrisas celestiales;

Pero pronto sus últimos fulgores
Con la tarde morían, y reforzando
Sus múltiples franjas de colores,
Los iba entre las nubes desflecando:
Y de repente entre marchitas flores,
Sus vetustos perfiles esbozando,
Una escuálida tumba ven erguirse.
Que empieza con las sombras á teñirse.

Hiere en el mismo instante los oídos
De ambos esposos un conjunto extraño,
De femíneos altísimos gemidos,
Cual ruge el bóreas montaráz y huraño:
Uno y otro se miran conmovidos;
Y á un tiempo, envuelta en funerario paño,
Ven dominar fantástica figura
La comba cima de esa mole obscura.

Era aquella la hora en que solía,
Entre la luz crepuscular incierta,
Mostrarse en una gran melancolía
La sombra de Raquel, pálida, yerta,
Convulsa, enmarañada, como el día
En que, al llegar de una región desierta
La triste madre sucumbió vencida
De una terrible angustia desmedida.

De entonces se le mira en esa hora
Del fondo de su tumba levantarse,
Y luego en actitud desgarradora
A un duelo atroz, déspótico entregarse;
Gime, solloza, se lamenta, llora,
Sin poder un momento consolarse:
Escondidos del monte entre los huecos
Le responden con lástima los ecos.

¿Por qué esa madre aún se aflige tanto,
Perpetuando su indómita dolencia?
Quiso Jehová que el mísero quebranto,
El luto de la humana descendencia
Desde que osó romper el yugo santo,
Y el candor maculó de su inocencia;
De Raquel en el llanto palpitara,
Y que éste sin cesar se renovara,

Hasta que al fin llegase el fausto día
En que, próxima á dar auras vitales
A su Dios la castísima María,
Se acercase á esas rocas sepulcrales:
Ese término entonces se cumplía;
Vió Raquel inequívocas señales;
Conoció á la gran Madre, y de repente,
En cambio de ese querellar doliente;

Alzó al empíreo trémulas sus manos
Y sus ojos aún humedecidos,
Y con ritmos dulcísimos y ufanos,
Del más ardiente júbilo encendidos,
Bendijo al gran Jehová, que á los humanos,
De la muerte en las sombras sumergidos,
Prodigaba su amor con tal largueza,
Que al polvo descendió de su vileza.

Prosigue, Musa eterna, hacia adelante:
Se aproxima esa noche venturosa
Que será más que el sol bella y radiante;
En ansia está la tierra dolorosa;
Ya la amable Belén no está distante;
Ya en la sombra destácase su airosa
Solitaria silueta, coronada
De olivos, y de muros circundada.

A entrar en su recinto se apresura
El Patriarca, á su esposa conduciendo;
Y antes que en derredor la noche obscura
Siga todo en sus pliegues envolviendo,
Humilde albergue con afán procura.
La muchedumbre, entre confuso estruendo,
Aquí y allí se mira aglomerarse,
Y en fervido vaivén atropellarse.

De edades y de sexos desiguales,
En desorden la turba se apiñaba
Por calles y por plazas y portales;
Creyérase que allí reconcentraba
La India sus tesoros orientales,
Y á gran feria los pueblos convidaba:
Pastores, cabras, y rumiantes bueyes
Allí se mezclan sin ningunas leyes.

¡Oh arcanos de la mente soberana,
Al ojo del mortal siempre velados!
¡Cuánto confunden la prudencia humana!
De José vanos fueron los cuidados,
Fué su premura y diligencia vana,
Buscó entre amigos, deudos, allegados,
Y en públicos albergues, hospedaje,
Y la repulsa halló y aun el ultraje.

¿Qué, pues, restaba al angustiado esposo?
La noche sus plumones esparcía,
Y el nubífero bóreas, impetuoso
La escarcha de sus alas sacudía;
Y cual maduro fruto, que aromoso,
Su carmín ostentando y lozanía,
De la alta rama está por desprenderse,
Y en la menuda grama guarecerse:

Así el feto divino que encerraba
En su seno la Virgen inocente,
Y ya de vida lleno palpitaba;
Por aspirar las auras del ambiente,
Y asemejarse al hombre forcejeaba.
Pero el Rey del olimpo refulgente
Los soberbios alcázares desdeña,
Y en esconder su resplandor se empeña.

A orillas de Belén, gruta espaciosa
Se abre en el seno de la roca dura;
Bronca maleza adhiérese boscosa,
Y en torno con sus nudos se asegura;
Cuelgan de la alta bóveda musgosa,
Húmeda toda toda, irregular y oscura
Carámbanos, en forma de cristales,
Y mil estalactitas desiguales.

Entre esos toscos lares guarecerse
Los labriegos solían y los pastores
Al ver las pardas nubes extenderse,
Sobre el monte y los húmedos alcores,
Y de sus roncas iras defenderse,
Y guardar sus rebaños mugidores:
Un pesebre de troncos mal forjados
Heno y paja brindaba á los ganados.

Allí su regia cuna había escogido
El que á la negra tempestad impera,
Y al navífrago ponto enfurecido.
José los juicios de Jehová venera,
Y de un santo pavor sobrecogido
Por los grandes misterios que allí espera,
Entra de aquella gruta en los umbrales
Do la tiniebla ya sentó sus reales.

Ese mismo pavor ya me domina,
Anúdanse las fibras de mi pecho,
Mi pie vacila, y la cerviz se inclina
Al penetrar bajo ese humilde techo
Que oculta ya la Majestad divina,
Al gran Verbo que en nudo tan estrecho
Se ha vinculado con la estirpe humana,
Encubriendo su forma soberana.

¡Rompe la loza fúnebre, oh Isaías!
¡Acércate á cantar el gran misterio
Que atónito á los pueblos predecías!
Y tú, vate de Sion, toma el salterio,
Y reanimadas tus cenizas frías,
Al romper de la muerte el cautiverio,
Entona en alta voz himno gigante
Al fuerte Sabaot, al Dios infante.

Y vosotros también, celestes bardos,
Cantores de esa Sión, siempre dichosa,
Vibrad en mí vuestros ardientes dardos;
Vosotros que, esa noche deliciosa,
De aquesta gruta entre los muros pardos
Al son de vuestra cítara armoniosa
Trocasteis en Edén la tierra umbría,
Hoy hacedme escuchar vuestra armonía.

Acércase por fin el gran momento
En que el Hijo Unigénito, humanado,
Va á cumplir de su amor el gran portento,
Y olvidando su alcázar estrellado,
A hundirse en el dolor y el sufrimiento
Como hermano del hombre desterrado.
Ya no os envidio, genios celestiales;
¡Vosotros envidiad á los mortales!

Hondo silencio reina, interrumpido
Por el sonoro aliento intermitente
De un buey, bajo ese techo guarecido
Del indómito invierno, que inclemente,
Con un sordo mugir, enfurecido
Las rocas flagelaba fuertemente
De aquella gruta destilante, fría,
Y de plateada escarcha la cubría.

La noche más y más negra y oscura
Hacia el zenit avanza silenciosa,
Robando á todo ser forma y figura.
Entretanto, frenética, ardorosa,
Se revuelve y agita la natura;
Y esperando que suene esa dichosa
Hora solemne, en sus dominios todos
Sus ansias manifiesta de mil modos.

Se oyen suspiros, ayes y gemidos,
Espasmos de dolor, llantos, plegarias,
Ruegos que al cielo vuelan encendidos
A través de regiones solitarias
Y volviendo otra vez, sin ser oídos,
Se truecan en endechas funerarias;
Los silentes espacios se fecundan,
Y fantásticas sombras los inundan,

Que sin rumbo, en bandadas revolando
Por el aura serena, adormecida,
Con un febril delirio van llamando
Al Astro amante de verdad y vida,
Por quien muy pronto, nuevo sér cobrando,
Romperán esa larva indefinida,
Esos toscos y débiles embriones,
Y nuevas surgirán generaciones,

Que después esparciendo por doquiera
Nuevos brotes y gérmenes vitales,
Harán tan fértil la terrestre esfera;
Que sus desiertos y ásperos eriales,
Al calor de una eterna primavera,
Trocados en vergeles celestiales,
Darán ópimos frutos peregrinos
Que completen del hombre los destinos.

Allí ciérnese en ronda acompasada,
Entre las crenchas de la noche fría
Esa corusca pléyade laureada
Que, cubierta de rica pedrería,
Y de purpúreas galas ataviada,
Volará rauda al sempiterno día,
Los himnos á cantar de su victoria,
Y del eterno Vencedor la gloria.

También en torno de esos toscos lares,
Trovos cantando, van castas doncellas,
Que más tarde, ceñidas de azahares,
Más radiantes que el sol y las estrellas;
En simétricos coros, á millares,
Del Cordero castísimo las huellas
Seguirán, entonando himno grandioso,
Al celestial inmarcesible Esposo.

Toda, en fin, esa stirpe santa y pura
Que á través de los siglos voladores
Jehová se formará con gran premura,
Allí palpita triste y sin fulgores,
Como un espectro, como larva obscura,
Como cárdena nube sin colores
A la que el sol dentro la mar hundido,
Ya prepara su fúlgido vestido.

Más y más se rebulle el pardo ambiente,
Otro grupo de sombras ha llegado;
La flor de los patriarcas, juntamente
Con el coro profético laureado,
La universal expectación vehemente
Con anhelo y ardor han secundado,
Se oyen voces que llaman y responden,
Y en el silencio nocturnal se esconden.

Se escucha ese rumor, ese lenguaje
Con que de la alta selva en la espesura
Conversar suele el trémulo follaje,
Cuando ya duerme en él la sombra obscura
Que anida en lo más denso del bosque.
Como ansiosas espían de la luz pura
El primer rayo las canoras aves,
Y la importunan con sus trinos suaves;

Así este pueblo con afán espera
El despertar del astro refulgente,
De la eterna, magnífica lumbrera
Que vendrá á derrocar la prepotente
Profunda noche que en el mundo impera;
Se oye un concierto flébil y doliente;
Y de la lira al son, aquestas voces
Suben al cielo férvidas, veloces:

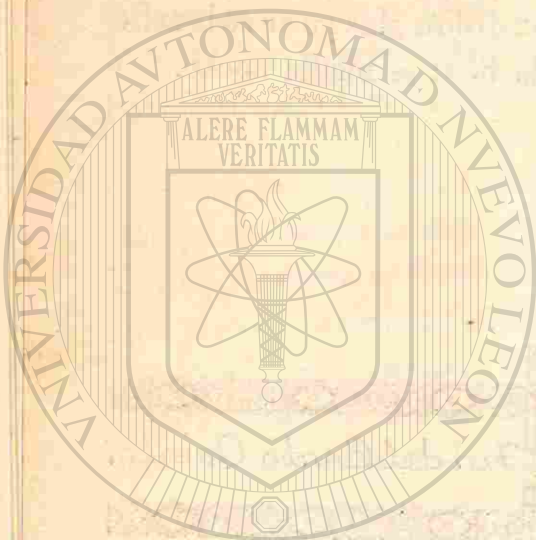
“Como la nube en el tostado estío
Rompe su hinchado seno, y en raudales
Envía á la tierra el bienhechor rocío
Que prepara las mieses otoñales:
Así tú, oh cielo, compasivo y pío,
Manda la salvación á los mortales;
Baje del alto cielo el Justo, el Santo,
A enjugar bondadoso nuestro llanto.

“Abrete ¡oh suelo! ya; de tu fecundo
Seno que el germen virginal encierra,
Brote el divino Salvador del mundo,
Que viene á renovar toda la tierra,
Sumergida en letargo tan profundo,
Y á las tinieblas intimar cruel guerra;
Sea, oh Príncipe, por tí la estirpe humana
Restituída á su alcurnia soberana.

“Descienda ese Cordero inmaculado
Que extenderá por todo el universo
Su pacífico reino, tan deseado:
Quebrántese todo ánimo perverso,
Y elévese el mortal sobre lo creado.”
Este el último fué supremo esfuerzo
Del hombre en su dolor. Mas ya en su broche
Se encierra toda flor: es media noche.



Fin del Canto Quinto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE





CARTO VI.

Todo está en paz... El aquilón, tendido
Duerme á lo largo del feroz desierto,
Y apaga poco á poco su ronquido;
Gime el arroyo, y va con paso incierto
Tropezando en las redes que ha tejido
Aquel su antiguo insidiador experto;
En su nido las aves, y las fieras
Duermen en sus silvestres madrigueras.

Sólo el silencio vela cauteloso,
Y de las negras horas cortejado,
Todo explora con paso sigiloso,
Y en guardia está porque no sea turbado
De su reino pacífico el reposo.
El blando Sueño entonces, coronado
De adormideras, lento se adelanta,
Y entra en la gruta con callada planta:

Y una pequeña rama desprendiendo
De su misma corona, y suavemente
El rocío de sus hojas sacudiendo
Del púdico Varón sobre la frente,
Y sus ojos con ella humedeciendo;
Lo arranca sin esfuerzo finalmente
De aquella gran meditación profunda,
Y en el beleño del sopor lo inunda,

En tanto que sus lenguas azuladas
Sacan de entre la cálida ceniza
Las tenues oscilantes llamaradas
De la trémula lumbre, que agoniza
Sin poder ya alejar las embozadas
Sombras que se descuelgan á gran prisa:
Pasa un momento, y la tiniebla fría
Vuelve á ocupar esa caverna umbría.

Mas ¿cómo espera la gentil Doncella
El solemne momento tan deseado?
Inmóvil, firme en sus rodillas, ella
A un éxtasis divino se ha entregado;
Un vívido fulgor su faz destella;
Dulce ensueño en sus labios se ha posado;
Hay en ellos sonrisas celestiales;
El empíreo le ha abierto sus umbrales.

Como el neblí remóntase á la altura
Altivo desdeñando el bajo suelo;
Ella en alas así de su alma pura,
Rauda desplega su potente vuelo;
Y á do nunca ha llegado la creatura,
Se encumbra, sube hasta el más alto cielo,
Y arcanos mil recónditos penetra,
Que descifrando va letra por letra.

El Verbo, el Unigénito Incrëado,
Resplandor de la Mente soberana,
El que ha sido dos veces engendrado,
Se le muestra vestido de la humana
Arcilla virginal que ella le ha dado:
Es un niño muy bello que se afana
En estrechar con los más dulces lazos
A su Madre tendiéndole los brazos.

Ella se acerca, y con afan materno
Le oprime entre sus pechos virginales,
Y postrada ante el solio del Eterno,
Le ofrece, cual primicias celestiales,
De su púdico vientre el fruto tierno;
Y luego ante los coros inmortales,
De Jehová lo presenta por mandato
A que reciba adoración y acato.

La corte de la eterna bienandanza,
Ante el Dios humanado prosternóse
Sin mirar esa insólita mudanza,
Y al eco de sus vítores cimbróse
El vastísimo Olimpo, en que esa alianza
Del cielo con la tierra celebróse:
Así toda la excelsa jerarquía
El gran decreto de Jehová cumplía.

PERERE FLAMMAM
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
Pero ya las regiones estrelladas
Deja la celestial embajadora,
Y desciende del hombre á las moradas
A consolar al mísero que llora,
Y llevarle la prenda tan deseada
De que es ella la grande portadora:
Su vivo anhelo más y más enciende,
Y en raudos sesgos los espacios hiende.

Mas ¿por qué palidece su semblante?
¿Por qué se encrespa esa su frente hermosa?
¿Por qué contra su pecho palpitante,
Su dulce hijuelo comprimió afanosa?
¿Por qué como paloma trepidante
Que el enjuto milán terrible acosa,
Su vuelo rapidísimo apresura
Por las nítidas ondas de la altura?

que un dragón desmesurado, horrendo,
Su camino á cortarle se atraviesa;
Y el puro ambiente con la cauda hiriendo,
Hinchado el cuello, erguida la cabeza,
Y sus fauces ignívoras abriendo;
Se abalanza sobre ella con fiereza,
E intenta su tesoro arrebatarse,
Y en su vientre profundo sepultarle.

Violentando su fuga, desalada,
Emula del relámpago encendido,
Por la celeste bóveda azulada,
De ese monstruo al furor se ha substraído
La divina doncella inmaculada:
Pero éste, más tenáz, más aguerrido,
Por esas playas transparentes vuela,
Y silba y con su cauda se flagela.

Ya debajo la tierra se extendía
Con sus altas montañas y ciudades,
Y ofrecerle un refugio parecía
En sus bosques y vastas soledades,
O en los abismos de la mar bravía,
O entre riscos y alpestres cavidades;
Mas ella no juzgábase segura
Ni en la sima más honda y más oscura.

No lejos de los montes de Judea,
Gran tajo vió bajo sus pies abrirse
En las orillas de pequeña aldea
Que entre el follaje parecía encubrirse:
La madre respiró, no titubea;
Y como aquel que próximo ya á hundirse
Entre el férvido oleaje blanquecino,
Una roca aferró con desatino:

De este modo, solícita, afanosa,
La vista aún volviendo, de repente
Se precipita en esa gruta umbrosa,
A su hijuelo oprimiendo fuertemente.
No la mira salvaje ni escabrosa;
Parécele un oasis; prontamente
Va á colocar el fruto de su seno
Sobre unas hojas, sobre blando heno.

En ese mismo instante ¡Oh maravilla!
¡De su éxtasis profundo despertaba!
Huye la noche; todo el antro brilla,
La increada luz en él se transbordaba;
Y la amorosa Virgen sin mancilla,
Madre ya, en el pesebre reclinaba
Un infante más bello y más gracioso
Que el húmido lucero fulgoroso.

Sus primeros vagidos resonaron
Por el cóncavo espacio, y al oído
Del Esposo castísimo llegaron,
Quien súbito del sueño ha removido
Las brumas que en sus ojos se posaron;
Y por extraña fuerza sacudido,
Por un delirio de amorosa fiebre,
Con ímpetu se lanza hacia el pesebre.

Creyóse traicionado por sus ojos,
Que con mano convulsa restregaba;
Y, pálido arrojándose de hinojos,
Ante el grande Jehová, que se ocultaba
En los mortales míseros despojos,
Profunda adoración le tributaba,
Mientras el llanto entre emociones tales,
Corría por sus mejillas en raudales.

Entretanto el temor, la reverencia
En el pecho materno toman creces,
Luchando de su amor con la vehemencia:
La Virgen anhelante por tres veces
Quiso al niño abrazar, y con violencia
Le daba el corazón broncos revences;
Pero él, con nuevo afán, nueva porfía,
Sus pequeñuelas manos le extendía:

Chispeaban sus ojuelos más vivaces,
Y parecía su trémula boquita
Buscar acentos y elocuentes frases.
Ella al fin se resuelve; ya no hesita;
Hizo el temor con el amor las paces;
En calma ya, su corazón palpita;
Le da un beso, lo estrecha y semblantea;
Hijo, decirle quiere, y balbucea.

¡Ay! ya gime el Dios párvulo, ya siente
Sus delicados miembros ateridos
Que muerde sin piedad el frío inclemente;
De cárdena violeta están teñidos
Sus frescos labios, y el helado ambiente
Casi le roba pulsos y sentidos:
De nuevo se desata el melenudo
Cierzo en su contra, y lo flagela crudo;

Y la angustiada Madre, que carece
De fajas y de cálidos pañales,
Hondamente se aflige, se enternece,
Le hacen nudo sus brazos maternos,
Ya de sus pechos el calor le ofrece,
Ya sus jugos purísimos vitales:
Al fin lo vence, sin doblar su empeño,
Y anídase en sus párpados el sueño.

¿Oís? retumba el trueno; las erguidas
Cúspides del Olimpo han retemblado,
Degárranse las nubes aturdidadas,
Y escúchase el crugir desmesurado
De ponderosas ruedas, impelidas
Por el ardiente torbellino alado:
Creyérase el empíreo desplomarse,
Y los hondos abismos desgajarse.

Se dividen, se rompen de repente
Esas ásperas bóvedas musgosas;
Y, envuelto en una nube refulgente,
Entre aladas falanges numerosas:
El Sumo Padre, el mismo Omnipotente,
Que del caos arrancó todas las cosas,
Y se ha dolido de la estirpe nuestra,
En su imponente majestad se muestra.

Es plácido su rostro y muy amable;
Parece que sus brazos extendiendo
A su eterno Unigénito adorable,
Que el peso del dolor ya está sintiendo,
En El vierte su amor inagotable,
Que, cual tímido piélagos, rompiendo
En fuerte evolución, toda barrera,
Inunda ya la humanidad entera.

No es el que antes, sañudo y furibundo,
La flamígera espada enrojecida,
Vibraba por los ámbitos del mundo;
El que en hirviente oleaje sumergida,
(Espantoso castigo sin segundo)
Dejó la humanidad envilecida,
Y en escualidas playas soñolientas
Ha trocado ciudades opulentas.

El que toca los montes arrogantes,
Y en hórridos volcanes se convierten,
O en medio de sus iras fulminantes
Los vuelca de su base y no lo advierten;
El que sobre las ondas espumantes
Pone la planta, y ellas sangre vierten.
¡No es el mismo Jehová! ¡Se ha transformado!
Hoy un Niño lo tiene encadenado.

Del León indomable los rugidos
Que todo el orbe sacudían, ahora
Se han cambiado en los débiles vagidos
De un tierno infante que suspira y llora,
Y sus pálidos labios comprimidos
Mueve, y parece que piedad implora,
Que implora de su Padre la clemencia
Para salvar la lútea descendencia.

¡Ata débil criatura la gran mano
Que en tres dedos sostiene el ponderoso
Globo del universo! ¡El barro humano
Surge como un atleta vigoroso,
Y triunfa del Monarca soberano!
Y el inflexible Númen, amoroso
Padre se muestra del mortal que gime,
Porque un delito abrumador le oprime.

Ya entretanto etérea jerarquía
La gran ventura del mortal cantaba,
Del cautivo que en rey se trocaría;
Y por el aire puro combinaba
De sus arpas y plectros la armonía
Que el crótalo y el sistro reforzaba:
Cantos y aromas toda el aura llenan,
Y así de un himno las cadencias suenan:

“¡Gloria, gloria al Altísimo, al Eterno,
Al inmenso Jehová que allá en la altura
Ha sentado su trono sempiterno,
Y su bondad derrama sin medida!
Vibre su nombre hasta el profundo Averno;
Tiemble el tirano de la noche oscura,
Y se llene de pánico, y se asombre
Al verse ya bajo los pies del hombre.

“Alza tu vista al cielo, Raza humana,
Embriágate de dulces alegrías,
Conoce tu grandeza soberana:
Ya las mismas celestes jerarquías
De cerca te saludan como hermana;
Y si antes compasión nos infundías,
Hoy con pasmo y envidia te miramos,
Y tus inclitas glorias celebramos.

“Ya sobre tí descienda sonriente
De los altos etéreos pabellones
La blanca paz, y fije eternamente
Su reino del mortal en las mansiones;
Y del amor á impulso, dócilmente
Ríndanse los humanos corazones.
¡Triunfa el amor y canta su victoria!
¡Gloria al eterno Amor, eterna gloria!”

Las notas de ese cántico armonioso
Que se entonaba por la vez primera,
El hombre ha recogido cuidadoso,
Y no ha cesado la terrestre esfera
De repetirlas con el mismo gozo,
Desde que el alba surge placentera,
Hasta que el sol, cayendo tras los montes,
Enluta los tendidos horizontes.

Y aun entonces no cesan de escucharse,
Y, entre el humo del fúlgido incensario,
A las altas regiones elevarse,
Y penetrar de Dios en el santuario:
El ave las modula al despertarse,
La noche al envolverse en el sudario;
Y esos ecos tan dulces retiñendo,
El vuelo de los siglos van siguiendo.

Sigue también tu vuelo, Euterpe mía.
No lejos de esa gruta luminosa,
Una fértil campiña se extendía
Que en la estación fecunda y ardorosa
De ondulantes espigas se vestía:
Allí, al soplar la brisa cariñosa,
El idilio de Rut incomparable
Reproducirse parecía incansable.

Laníferos rebaños triscadores
Allí entonces pacían diseminados
Entre aquellos pacíficos alcores,
Por la escarcha invernal casi tostados;
Y á la intemperie, un grupo de pastores,
En torno de una hoguera recostados,
Entre amigable plática velaban,
Y al aquilón y al sueño rechazaban.

Parecen todos con atento oído
Y semiabierta boca estar pendientes
De Efraín, mayoral, joven garrido,
Vivaz y de palabras elocuentes,
Quien, rústico magüer, un tanto instruído,
Entre aquellos sus dóciles oyentes,
Las velas desplegando de su ciencia,
Así hablaba con rústica elocuencia:

“¡El hombre!; sér mezquino! Ya en su cuna
Arrúllalo el dolor; su voz primera
Se asemeja á la voz con que importuna
El cervatillo, herido en la encinera,
A la impotente madre: no hay alguna
Hora de su existencia pasajera
Que el sello del dolor no haya marcado,
No hay un solo momento sosegado.

“Desde que el padre de la estirpe humana
Contra su amante Padre rebelóse,
Oyó bramar la tempestad lejána,
Al rugido del tigre estremecióse,
Vió lágrimas verter á la mañana,
La eterna primavera disipóse;
Y desde entonces toda la natura
Contra el hombre azuzó cada criatura.

“Quiso él coger una purpúrea rosa,
Y con su sangre la tiñó primero;
A su boca acercó la miel sabrosa,
Y el melífero insecto, prisionero,
Dejó en sus labios huella dolorosa;
Corrió por la montaña y el otero,
Y ahogado se sintió por la fatiga,
Y de un árbol buscó la sombra amiga.

“En madrastra trocándose la tierra,
Quiso beber del hombre los sudores
Para ablandar los gérmenes que encierra,
Ya fecundos en jugos nutritores;
Y hasta el más vil insecto movió guerra
Del campo á los tostados labradores;
Las estaciones mismas conspiraron;
Nubes, pedrisco y vientos desataron.

“Vaga el hambriento lobo insaciable
Siempre atisbando al tímido rebaño
Con siniestra pupila formidable,
Fraguando siempre destrucción y daño;
Y aun le roba al pastor el sueño amable,
Quien de industria valiéndose y amaño,
Rechaza á mala pena al adversario,
Y un hórrido mastín le es necesario.

“¡Oh valle, oh monte, oh rumoroso río,
Que al aura comunicas tus querellas!
¡Oh soledad, oh páramo sombrío!
¡Oh regiones pacíficas y bellas!
¡Zagales que velais al lado mío,
A la pálida luz de las estrellas!
Felices sois porque en aquestos sotos
Del mundano vaivén vivís remotos.

“No habeis aún vosotros escuchado
Cómo el piélago horrísono rebrama
Cuando espumoso, cespío, empenachado,
Sobre un frágil esquife se derrama,
Y azótalo feroz de lado á lado:
El nauta en vano contra el monstruo clama,
Y aquella muchedumbre, ávida de oro,
Perece con la nave y su tesoro.

“No habeis visto en los campos de la guerra
Sangre fraterna hervir, cálida, humeante;
Cubrirse de cadáveres la tierra;
Y á la muerte, en sus triunfos arrogante,
Atizar esa rabia que se encierra
En el humano pecho tumultuante,
Y al vencedor cebando sus enojos
Del vencido en los míseros despojos.

“No habeis visto agitarse las entrañas
Del pacífico hogar: pérfida esposa
Brindar infame con astutas mañas
A su consorte linfa ponzoñosa;
Y hermanos, como fieras alimañas,
Mezclarse en cruda riña sanguinosa,
Y, dominado de furor insano,
El hijo contra el padre alzar la mano.

“Montes hirsutos, fértiles colinas,
Auras que murmurais en la espesura,
Mansos arroyos, fuentes cristalinas,
Decidme si vosotras, por ventura,
!Ah! sabeis en qué cunas marfilinas,
O en qué remoto bosque, ó gruta oscura
Pueda encontrarse el grande, el prometido
Reparador del hombre desvalido.

“Decidme si respira auras vitales
El Salvador del mundo, por quien tanto
Hemos ya suspirado los mortales,
Siempre el suelo regando con el llanto:
Pues Él se ha de doler de nuestros males,
En gozo Él trocará nuestro quebranto;
Decidme, y sin descanso noche y día
Lo buscaré con pertinaz porfía.

“Decidme, y ni los mares ni los montes
Opondrán á mi marcha una barrera;
Yo removiendo iré los horizontes;
Y, adelante, adelante en mi carrera,
Traspasaré el Eufrates y el Oróntes,
Hasta encontrar la vallâ postrimera
En que la tierra en el abismo se hunde,
Y en eterna tiniebla se confunde.

Mas sino vive aún Proseguir quiso,
Y en sus rígidos labios entreabiertos
Tropezó la palabra de improvisó;
Estáticos, inmóviles é inciertos
Quedarón todos, como si un hechizo
Sintieran, y giraba en los desiertos
Su vista errante interrogando al suelo,
A su ser mismo, á su conciencia, al cielo.

Una música insólita ha llegado
En ondas sonoras á su oído,
Cual si todos se hubieran congregado
Los ruiñeños que su blando nido
En la floresta umbrífera han colgado:
Ellos, con el aliento comprimido,
Están absortos, y explicar no pueden
Los ritmos que en su oído se suceden.

Crece el pasmo, y estalla de repente
Un grito de terror; se rompe huyendo
La densa sombra; un astro reluciente,
Un vivo foco avanza, descendiendo
Hacia la montaraz, pávida gente
Que la vista y el pulso va perdiendo;
Hasta que al fin, entre soberbias galas,
Un rostro brilla y unas grandes alas:

Flota en el viento una áurea cabellera,
Y agítanse los pliegues vaporosos
De una veste de nieve. Un angel era,
Que dejara los reinos luminosos,
Y la nueva más fausta y lisongera
Llevaba á esos pastores venturosos,
Que ya, prontos á huir, estos acentos
Romper oyeron los dormidos vientos.

“¿Por qué teméis, pacíficos guardianes
De la tímida grey? ¿por qué el espanto
Se pinta en vuestros bruscós ademanes,
Cuando yo vengo del empíreo santo,
Do se ignoran la angustia y los afanes,
A enjugar para siempre vuestro llanto,
Cuando todo os convida á la alegría
En esta noche, bella más que el día?

«Yo soy de vuestra dicha el mensajero;
Os traigo una magnífica embajada
Que llenará de goce el orbe entero,
Y jamás por los siglos fué escuchada:
¡Ha surgido ya el Astro placentero
Del seno de esta noche suspirada!
¡Vive ya el Salvador de los mortales!
¡Respira vuestro Dios auras vitales!

«No le busquéis en marfilina cuna,
Ni entre el oro y la púrpura esplendente
Del alcázar soberbio, ni entre alguna
Pompa regia ó divisa del potente.
A la humilde Belén la gran fortuna
Tocó de dar al mismo Omnipotente
Un mezquino benévolo hospedaje:
Esta señal os doy de mi mensaje.

«Sobre un poco de paja, reclinado
En rústico pesebre, un tierno niño
Hallaréis en pañales abrigado,
Más blanco que la nieve y el armiño;
Húmido antro, de musgo tapizado,
Techo le presta sin ningún aliño:
Los primeros seréis en adorarle,
Y humildes vuestros dones presentarle.»

Como el labriego, que al volcar el duro
Tergo de la gran madre, con la aguda
Reja le arranca de su seno obscuro
Riquísimo tesoro, que en la muda
Tiniebla reputábase seguro;
Salta de gozo, y á su suerte cruda
Dando un eterno adios, súbito deja
Los tardos bueyes, la luciente reja:

Así la turba pastoril rompía
En un grito de júbilo, é impetuosa
Del humilde collado descendía,
Corriendo hacía la gruta venturosa
Que sus vivos fulgores esparcía;
E, imitando una marcha victoriosa,
El son de sus rabelos caminaba,
Y la corta distancia devoraba.

Quien lleva en las espaldas un cordero,
Quien de aprensada leche grueso disco,
O lo que pudo merodear primero
Al dejar la majada y el aprisco;
Y los otros, de esbelto cocotero
Las crines agitando ó del lentisco,
A la santa caverna al fin llegaron,
Y sus músculos todos se agitaron.

Aquella corte celestial hería
La vista con sus vivos resplandores,
Y en compacta falange se mecía
Mil tapices tegiendo de mil flores
Con que la roca toda se cubría,
Esmaltada de vívidos colores:
Tan solo aquel pesebre, la real cuna,
Tosco, desnudo está sin pompa alguna.

Allí fijan los coros pastoriles
Su atónita mirada: allí amoroso,
Alargando sus brazos infantiles,
Ven sonreír un parvulillo hermoso
Que los llama y convida. Entre febriles
Trasportes y un insólito alborozo,
Se acercan, se prosternan á adorarle,
Y su rústica ofrenda presentarle.

Mas ¿quién, Caliope augusta, quién creyera
Que en medio de tan dulces emociones,
Entre el vivo entusiasmo de la esfera,
Entre miles de alígeras legiones;
Ave tartárea, informe, se atreviera
A invadir esas fúlgidas mansiones
Donde ya el Verbo mora? Negra espía
Era aquel monstruo de la noche umbría.

Hórrido buho de cornuda frente,
Ojos de brasa, grifo, espeluznado,
Allí anidado había furtivamente;
Y en un ángulo estrecho acurrucado
Giraba en torno su pupila ardiente,
A hurtadillas espiando aquel sagrado
Recinto, que se trueca en el palacio
Del gran Monarca del azul espacio.

Pensó en el triunfo, y lo creyó seguro:
¡Ha encontrado señales tan palmarias
Con que halagar á Belzebub impuro!
Ya empezaba á eructar las funerarias
Frasas del himno estigio, ronco y duro,
Compuesto por las furias sanguinarias:
Cuando un etéreo púgil, advirtiéndolo
La presencia feroz del monstruo horrendo;

Sobre su frente descargó sañudo
El flamígero acero, en semejanza
De aquel signo terrible con que mudo
Tiembla el Erebo, y pierde su pujanza.
La negra ave graznó, y al reino crudo
Precipítase, y huye sin tardanza.
La indignación entonces se despierta
En la olímpica corte, y está alerta.

Entre tanto la aurora lentamente
Abre las puertas de ese grande día
Más bello, más risueño y transparente
Que aquel primero en que la noche fría
Arredrose ante el sol resplandeciente:
Ebrio de dicha, el cielo sonreía,
Una reina ataviada semejando
Que solo la diadema está esperando.

Salmo nuevo, gigante, la natura
Preludia entonces, de entusiasmo henchida
Entre las copas de la selva obscura,
De perfumes cual nunca enriquecida,
Lo ensaya murmurando el aura pura;
Palpita en la creación la nueva vida,
Un solo ritmo, una pujante nota
Del universo enagenado brota:

Cuando la excelsa celestial milicia,
Queriendo intimidar al negro Averno,
refrenar su encono y su sevicia,
Y rendir homenaje al Rey eterno,
Que su carrera de dolor ya inicia,
¡Ay! transformado en parvulillo tierno:
Se remonta del aire á las regiones,
Y extiende sus vistosos pabellones.

Un simulacro bélico prepara;
Va á reconstruirse aquella lucha ardiente
Que á Satán de su trono derribara,
Cuando protervo, de armas reluciente,
Contra el eterno trono conspirara,
Bronco retando al mismo Omnipotente.
Ya desfilan los huestes inmortales,
Luciendo sus divisas y señales.

Purpúreas crestas por el aire ondean,
Y los bruñidos cascos y broqueles
Con terrible fulgor relampaguean,
Relinchan los indómitos corceles,
Y los jefes magnánimos campean
Por sus nobles insignias y joyeles,
Y en las aéreas playas luminosas
Alistan sus falanges numerosas.

Da la trompeta el bélico sonido,
Y el ejército etéreo en el momento,
En dos alas inmensas dividido,
Se acomete con choque tan violento
Que el empíreo retiembla, y da un crujido;
Se estrechan, se confunden por el viento
Cocetes, celadas y lorigas,
Y bridones y rápidos aurigas.

Tres veces á encontrarse se arrojaron
Los beligeros ínclitos guerreros,
Y otras tantas en paz se retiraron,
A embestirse con ímpetus más fieros;
Y ni los fuertes yelmos se mellaron,
Ni embotarse pudieron los aceros,
Hasta que al fin la trompa sonora
Puso fin á la lucha belicosa.

Y entonces aparece de repente
La solemne ovación, irradiada
Por el trémulo brillo del oriente:
De humilde pasiflora coronada,
De los caudillos órlase la frente,
Y la triunfal escuadra engalanada
Avanza lenta entre purpúreas nubes,
Ceñidas de lindísimos querubes.

Noble doncel, hermoso cual lucero,
Va al frente de la augusta comitiva
Desplegando el gran lábaro guerrero
En que del hombre la esperanza estriba;
Otro, en sus manos lleva placentero
Gran columna bañada en sangre viva;
Otro, de espinas hórrida diadema,
Y cada cual un misterioso emblema.

Hasta que al fin, con paso majestuoso
Llegó el convoy espléndido á la falda
De obscura montañuela. El Astro hermoso,
En lugar de vestirla de oro y gualda;
Con purpúreo ropaje sanguinoso,
De un vívido matiz, cubría su espalda,
Que, entre nimbos y aureolas de granate,
Orëaba la brisa del combate.

Hizo alto allí la pompa peregrina;
Y el signífero alado, reverente
En la cumbre plantó de la colina
La magnífica enseña refulgente
(Ante la cual todo poder se inclina)
Que, ondulando en el aire transparente,
Parecía cobijar el vasto suelo,
Y entre sus pliegues envolver el cielo.

“Resplandece la Enseña victoriosa;
La Enseña del gran Rey surge teñida
Con la sangrienta insignia misteriosa
En que habrá de morir la misma Vida,
Que con su misma muerte ignominiosa,
Dará muerte á la pérfida Homicida.
¡Será el áspero tronco de un madero,
De Dios el trono sobre el mundo entero!”

Así el laureado ejército cantaba,
Prorrumpiendo en un grito de victoria,
En frente del pendón que tremolaba,
Como un preludio de la insigne gloria
Que al volver de los años le esperaba
Sobre una cima del doliente Moria.
¡Salve, divino monte, que más tarde
De tu ilustre blasón harás alarde!

Mientras, la turba pastoril seguía
Tributando pacíficos honores
Al tiernecico Rey, quien recibía
Ufano sus ofrendas y loores.
Son ya las rocas de esa gruta fría
El centro de su dicha y sus amores;
No pueden de esa cuna desprenderse,
Y á su rebaño triscador volverse.

Todo esto los arroba y embelesa:
¡Tales gracias, encantos y hermosura
Entre una extraña singular pobreza!
Lucha su pensamiento y se tortura
Sin poderse explicar tanta grandeza
Que de allí mana á toda la natura:
Sus ideas se mezclan y confunden,
Y, por fin, en el vértigo se hunden.

Mas ya se acerca ese fatal momento
De tener que dejar aquestos lares;
La tarde va á exhalar su último aliento,
Busca su tumba el sol entre los mares,
Los astros, en el alto firmamento
Cual fúnebres antorchas, á millares,
Poblando van las playas de zafiro,
La noche empieza su callado giro.

“Es fuerza abandonar estas mansiones
De dicha tanta, ya Efraím exclama,
Y volver á las plácidas regiones
A do el oficio y el deber nos llama:
Pero el último sea de nuestros dones,
(Esto una vivá gratitud reclama)
Arrullar los ojuelos infantiles
Al son de nuestras flautas pastoriles.

“Un canto geneiliaco ensayaremos;
Vuestras arpas templad, vuestros rabeles;
La más grande obra del amor cantemos,
Aunque el arte nos niegue sus joyeles,
A este niño tan bello celebremos,
Nuestro Dios, que dejando los dinteles
De su inmenso palacio allá en la altura,
Vino á buscar tan mísera creatura.”

Así él hablaba: y súbito inflamado
Tobías, submayoral, de estro divino,
Con que no rara vez hánse crispado
Los músculos de un rústico mezquino;
Entonó, cual oráculo sagrado,
Aqueste epitalamio peregrino,
Que los bardos etéreos, en gran coro,
Confiaron luego á su laúd sonoro.

“Te bendigo ¡oh Creador omnipotente!
Tu inmensa gloria por doquier destella,
Desde el roble y el cedro redolente,
Hasta el tomillo que la planta huella;
Desde el rey de los astros refulgente,
A la remota más pequeña éstrella;
Desde la alta montaña blanquecina,
Hasta la humilde herbífera colina.

“Cuando yo escucho de tu voz el trueno
Que por la tierra con fragor retumba;
Cuando desgarrá de la nube el seno
Y tu rayo los árboles derrumba;
Cuando le quitas al volcán su freno,
Y las ciudades trueca en vasta tumba:
Estas cosas me pasan, me horrorizan,
Y mis cabellos y mi piel se erizan.

“Mas al verte bajar de los sitiales
De tu altísimo alcázar diamantino,
Y esconder tus fulgores eternos
Dentro del barro de este ser mezquino,
Y enlazarte á los míseros mortales
Con el nudo más fuerte y peregrino:
Esto me asombra aun más, y me arrebatá,
Y mis potencias y mis fibras ata.

“Grande eres, oh Jehová, del mundo dueño,
Y altamente magnífico y loable:
Pero hoy, al contemplarte tan pequeño,
Más bello me pareces, más amable;
Ya cierre tus ojuelos blando sueño,
Y esta rústica trova me sea dable
Cantar para arrullarte, dulce niño,
Más blanco que la nieve y el armiño.

“¡Cuánto puedes, oh amor! Gentil doncella,
Gran prodigio de gracia y hermosura,
Más que la aurora y el lucero bella;
De la gentil Sarón en la llanura
Vió la primera luz: era la estrella
De toda esa región; sencilla y pura
En el hogar pacífico crecía,
Do cuantiosas riquezas poseía.

“Su rebaño sin número triscaba
Hasta las verdes faldas del Carmelo;
Ella misma su hato apacentaba
A la margen del límpido arroyuelo,
Que su noble belleza retrataba:
Sus galas todas ofrecíale el suelo,
Cual si cautiva la natura entera
En su gracia y primor se complaciera.

“Para ella la aurora purpurina
Las perlas llora de sus rizos de oro,
Para ella la fuente cristalina
A la sombra murmura del acoro,
Y el ave de la selva más vecina
Trinos ensaya en armonioso coro;
Se abre á sus plantas la encendida rosa,
Y la violeta y azucena hermosa.

“Era envidia del reino de las flores,
El encanto de todas las zagalas,
El desvelo y amor de los pastores:
Pero ninguno á su querer dió alas,
Ni osó al oído murmurarle amores;
Pues el gran Rey de las etéreas salas,
El mismo eterno Amor había sellado
Ese virgíneo pecho no violado.

“Pero en hora fatal, hora funesta,
Tanta dicha y belleza disipóse.
Era la hora en que el grande astro asesta
Sus más férvidos dardos; recostóse
A la sombra gentil de una floresta,
La bella jóven, y al sopor rindióse
Sin recelar, incauta, ningún daño,
Mientras, á la par, sesteaba su rebaño.

“Cuando, del fondo de la selva obscura,
De improviso brotó sierpe terrible,
Tan maligna en su índole y figura,
Que tan sólo su aspecto era temible
A la misma aura juguetona y pura.
El dragón agilísimo y flexible
Arrastróse por la árida hojarasca,
Semejante en su andar á una borrasca.

“Dió un gran bufido al columbrar su presa,
La niña recostada entre tomillos,
E, irguiendo la crestífera cabeza,
En el pecho clavóle los colmillos;
Y luego el monstruo con tan gran fiereza
La envolvió en sus elásticos anillos,
Que crujieron los huesos dislocados
De la virgen, quedando triturados.

“Y, cual ronco torrente que abandona
Su cauce, y al correr vortiginoso
Los más altos reparos desmorona,
Y arrolla los rebaños espumoso,
Y ni robustos árboles perdona:
Así el dragón fatal sigue furioso
Ganados y pastores destrozando,
Y el arroyo y la hierba emponzoñando.

“Languidecía doquier en la pradera
La macilenta grey, sin que la fuente
O el infecto manjar gustar pudiera;
Y lo que no mató la gran serpiente,
Víctima fué por fin de peste fiera,
Que cundía doquier impunemente:
Así en llanto trocóse, en solo un día,
Tanta gracia, fortuna y alegría.

La dóncella, entretanto, moribunda
Yace en su lecho, entre hórridos dolores:
Es su angustia tan grande y tan profunda,
Que á la muerte prodiga sus amores;
Mas ésta sus requiebros no secunda.
Los tósigos ocultos destructores
Sus entrañas corroen como brasa,
Y en insaciable sed ella se abrasa.

“Triaca alguna ni hierba le prestaba
Ligero alivio, en su fatal dolencia,
Y la marchita virgen arrastraba
Mísera, penosísima existencia:
Con ella aun la mañana agonizaba,
Perdido su frescor y transparencia;
Pálido el campo, solitario y yerto
Gemía con el gemido del desierto.

“Mas quiso el cielo al transcurrir los años
Consolar á esa virgen tan doliente,
Y del gran monstruo reparar los daños,
Príncipe nobilísimo y potente,
Dueño de inmensas tierras y rebaños,
Llegó á aquella región fortuitamente,
E, informado de tanta desventura,
Abre su pecho á singular ternura,

“Y pide se le lleve sin demora
A la alcoba do yace la doncella
Entre la angustia cruel que le devora.
Llegó, la vió, sintió luego por ella
Algo que lo arrebató, lo enamora:
Fúlgido rayo de beldad destella
Aún la mustia virgen; se adivina
Algo celeste entre tan grande ruina.

“¡Cuánto puedes, oh amor! El poderoso
Príncipe ya resuelve desposarse
Con la enferma beldad, y generoso
Extiéndele la mano. Desatarse
La lengua ella no pudo; un amoroso
Lampo vino en sus ojos á posarse,
Y, con dulce sonrisa intelegible,
Protestóle un amor inextinguible.

“Esto bastó al Amante. El poseía,
Mágico talismán con que al momento
Todo bien á su esposavol vería.
Al tumor sanguinoso y virulento,
Do el colmillo la sierpe hincado había,
De su boca aplicó todo el aliento,
Y sorbió todo el tósigo intestino
Que allí dejara el diente viperino.

“Y, adaptando á esos lánguidos despojos,
Su persona, juntó frente con frente,
Pegó boca con boca, ojos con ojos,
Y estrechó á la zagala fuertemente:
Así otro tiempo dió á la muerte enojos
Un gran profeta, á cuya voz potente
Ella soltó su presa aletargada,
En la más tierna edad arrebatada.

“Así la hermosa ninfa de improviso
Sintióse transformada, cual si oyera
La gran palabra del más grande hechizo.
Tan bella apareció, que su primera
Hermosura sería fulgor postizo;
Toda angustia y dolor desapareciera:
Saltó del lecho, y amorosos lazos
Encontró de su esposo entre los brazos.

“¡Ya de un trono era dueña, ya su frente
A ceñir la diadema se aprestaba.
Con rica pompa, en tanto, alegremente
La gran boda real se celebraba:
Jamás el astro que su carro ardiente
Dentro las ondas azulinas lava,
Un día contempló de mayor gloria,
Que vivirá del hombre en la memoria.

“Así tú ahora, oh párvulo divino . . .
Pero ya suspendamos, compañeros;
El dulce sueño ya á posarse vino
Del infante en los límpidos luceros;
Que algo aletea sobre ellos, adivino:
Serán quizá los genios placenteros
Que duermen en el cáliz de las flores,
Y allí labran perfumes y colores.

“Partamos, pues la sombras se dilatan
Negras, corriendo á paso agigantado,
Como lobos que hambrientos se desatan.
La grey reclama ya nuestro cuidado;
Y, si mal mis palabras no se acatan,
Creed que retornar nos será dado
A visitar este santuario agreste,
Del tierneccico Rey, mansión celeste.

Así Tobías hablaba, con voz grave
Intimando el silencio: á mala pena
Se alejan de esa gruta, donde cabe
El que el inmenso firmamento llena.
Y en tono alegre, concertado y suave,
Su canto pastoril de nuevo suena:
Despiértanse los montes soñolientos,
Y del amor repiten los portentos.

 Fin del Canto Sexto 



“Partamos, pues la sombras se dilatan
Negras, corriendo á paso agigantado,
Como lobos que hambrientos se desatan.
La grey reclama ya nuestro cuidado;
Y, si mal mis palabras no se acatan,
Creed que retornar nos será dado
A visitar este santuario agreste,
Del tierneccico Rey, mansión celeste.

Así Tobías hablaba, con voz grave
Intimando el silencio: á mala pena
Se alejan de esa gruta, donde cabe
El que el inmenso firmamento llena.
Y en tono alegre, concertado y suave,
Su canto pastoril de nuevo suena:
Despiértanse los montes soñolientos,
Y del amor repiten los portentos.

 Fin del Canto Sexto 





CARTO VII.

¡Ay! ¿por qué de este Edén se me retira?
 ¿Por qué otra vez se enlutan y se tiñen
 Las cuerdas de mi plectro que suspira,
 Y sus estrofas, lúgubres retiñen?
 ¿Por qué terror el Elicón me inspira,
 Y sus cumbres lauríferas se ciñen
 De negras sombras, y ecos tan dolientes
 Roncas murmuran sus eternas fuentes?

¿Por qué ¡oh dolor! me siento arrebatado
 De en medio de tan grandes alegrías,
 Y al valle de la muerte transportado
 Como aquel vate en más remotos días?
 Es que el eterno llanto, acompañado
 Del eterno furor, de esas sombrías
 Simas sobre mi canto se desborda,
 Y mis oídos, y mi mente asorda.

Es que el reino lucífugo presiente
Su próxima derrota inevitable.
Como la blonda leona que impaciente,
Sus lamidos cachorros é incansable
Ha buscado en el nido einutilmente,
Y se vuelve y revuelve inconsolable;
Y al ver de un cazador las claras huellas,
Rompe con sus rugidos las estrellas:

Así el umbripotente soberano,
Por varios inequívocos indicios
Conoce ya que entre el linaje humano
Encuétrase el autor de sus sus suplicios
Que viene á arrebatarse de la mano
Su cetro con astutos artificios;
Y decide, sin más, su gran pujanza
Ensayar, preparando la venganza.

De su gran Belfegor la gran derrota
(Cuya frente, entre riscos al chocarse,
Muéstrase aún sanguinolenta y rota)
No puede de su muerte cancelarse;
Y frenético agítase y se azota,
Y en un letargo al fin va á sepultarse:
Cual delirante que en mil mundos viaja;
Y á poco ya lo envuelve la mortaja.

Resuelto está, creciendo en su impaciencia
A convocar de nuevo la asamblea
Para dar la fatídica sentencia
Que el mismo cielo con asombro lea;
Reúnese la negra concurrencia:
Manda al instante que llamado sea
A dar cuentas, el hispido Asmodeo,
En alto grado repugnante y feo.

Del Averno en un ángulo sombrío
Estaba este magnate agazapado,
Huraño, triste, en un profundo hastío,
Y el rostro entre las manos sepultado,
Desde el día fatal en que, sin brío,
Fué por la escuadra olímpica arrojado,
Cuando, en forma de buho, vino á anidarse
En un hueco, y de todo cerciorarse.

Cual reluctante sierpe se sacude
Del águila en las garras, así lento,
Y bamboleando, el torvo genio acude
A cumplir de su rey el mandamiento
Antes que allí de su lealtad se dude:
"Habla Asmodeo, con nervioso acento
Le íntima el negro rey, díme: ¿cumpliste
Con la embajada á que mandado fuiste?"

“¿Qué noticia has traído á estas regiones?
¿Respira ya en la tierra auras vitales
El que ha de conquistar á las naciones
Entre grandes prodigios y señales;
El que ha de hacer ondear sus pabellones
Sobre los mismos mundos siderales?
¿Dónde se encuentra, pues, el temerario?
Dí ¿quién es ese incógnito adversario?

“¿Viste su alcázar arrogante erguirse,
Y chocar con los astros sus siluetas,
Y su trono entre nubes erigirse?
¿Escoltado lo has visto por cometas,
Del huracán asolador ceñirse,
Y llegar del empíreo hasta las metas,
Llevando por corcel las tempestades,
Y atronar las azules soledades?

“¿Hace él rodar tal vez en mil astillas
Los tronos y doseles fulguerosos,
Y pasean triunfantes sus cuadrillas,
Hollando con desdén los poderosos?
¡Ay de tí, Lucifer, si no te humillas,
Si no le rindes tus trofeos gloriosos!
Hablame, fiel ministro, y franco seas:
¿Por qué aún indeciso titubeas?

Entónces, recobrando su ardimiento
El negro embajador, esta respuesta
Dió en medio del cornudo parlamento:
“Excelso rey, á quien el Orco presta
Eterno vasallaje; cumplimiento
Di, en cuanto pude, á la misión que de ésta
República llevé: tan grave asunto
Todo voy á exponer punto por punto.

“Por tan grande embajada preocupado,
Volé ansioso á cumplirla sin tardanza;
Recorrí ese país, de lado á lado,
Ese que duerme aún en su esperanza,
Por Jehová, á quien adora, lisonjeado.
Perseguí todo rastro ó semejanza
De ese incógnito ser, quizá ficticio,
Que ha de ser para el hombre tan propicio.

“Pregunté al alto Líbano frondoso
Si algún secreto revelar pudiera;
Sólo agitó su vértice selvoso:
Me acerqué de Sarón á la pradera,
Preguntéle al Jordán undifragoso,
Y siguió, con desdén, en su carrera;
Y al triste lago taciturno, amargo
Ni aun pude despertar de su letargo.

“Después al mismo viento interrogaba,
A las aves que cruzan por el cielo,
Y ninguna respuesta recavaba,
Que pudiese calmar mi ardiente anhelo.
Ya el vigor de mi pecho se enervaba,
Viendo mi afán frustrarse y mi desvelo
En busca de enemigo tan mezquino:
Pero la suerte en mi socorro vino.

“Pues mientras yo á dejar me disponía
Mohino y triste la poblada esfera,
Y regresar á esta región sombría;
Ví á lo lejos brillar una lumbrera,
En los dominios de la noche fría;
Algo tosco, que albergue pareciera
De cansados labriegos y pastores,
O establo de ganados mugidores.

Cual pirata que viendo en lontananza
Onusta nave que las ondas riza;
A vela y remo á perseguirla avanza,
Y rápido, entre espumas se desliza:
Así yo me dirijo sin tardanza
En busca de aquel foco que hostiliza
Con tal vigor los reinos nocturnales,
Y ofusca los fulgores siderales.

“Era un gran hueco entre las rocas duras,
Me asomo, y, deslumbrado y aturdido,
Un momento palpé manchas oscuras.
Me reanimo, por fin, como corrido
De mí mismo, y ganando las alturas,
Me anidé, sin que fuera apercibido,
En un rincón estrecho, y, á hurtadillas,
Me puse á espiar absurdas maravillas.

“Sobre un lecho de paja, recostado
Ví yacer un infante pequeñuelo
En un áspero tronco, mal vaciado;
Colocada de hinojos sobre el suelo
Una tierna doncella estaba á un lado
Con las manos erguidas hacia el cielo:
Parecióme del párvulo la madre,
Y otro grave varón fungir de padre.

“Pronto aquel niño toda la inclemencia,
Sintió en sus miembros, del sañudo invierno,
Que, hiriéndolo con rígida inclemencia,
Hacia temblar su cuerpecito tierno:
Pero era tal su inopia, y la carencia
De todo abrigo y de calor materno,
Que un buey y un asno, á compasión movidos,
Calentaban sus miembros ateridos,

“Mientras el tierno niño humedecía
Su rostro con el llanto, que en raudales
Regaba sus mejillas, y gemía
Como todos los míseros mortales:
Pero un nimbo de luz su faz cubría,
Irradiando los toscos peñascales,
En derredor: yo todo contemplaba,
Y ya un pasmo profundo me embargaba.

“Más y más este asombro fué creciendo
Al ver á los que allá nuestros hermanos
Eran ¡oh rabia! en coros descendiendo,
Y en torno de él revolotear ufanos,
Mil vistosas coréas entretegiendo
Con guirnaldas de flores en las manos;
Y luego, al son de su laúd sonoro,
Cantando todos en alegre coro.

“Cantaban no sé qué muy peregrino,
Cuyas frases, en hondas conjeturas
Me sumergieron, que á explicar no atino.
Cantaban *gloria* al Dios de las alturas,
Y al que del cielo refulgente vino
Embajador de paz á sus creaturas;
Y les oí también honrar al hombre
De “*hermano y compañero*” con el nombre.

“Los miré, en igual modo envilecidos,
Y sus timbres hollando y su linaje,
¡Oh ignominia, oh baldón! todos reunidos,
De hinojos tributar amplio homenaje
Al que en esos despojos maldecidos
Exigía tan torpe vasallaje.
Mi indignación, por esto, en gran manera
Rompió, sin que enfrenarla yo pudiera.

“Y, lleno entónces de despecho y rabia,
Protestar quise con aquel guerrero
Himno que un tiempo tu gran mente sabía
Compuso contra el déspota severo
(Quien tal cosa al oír aún se agravia,)
Cuando él quiso humillarnos altanero
En modo semejante, y rebajarnos,
Y á su yugo insufrible sujetarnos.

“Iba á empezar, y en ese mismo instante
Cubrió mis ojos una sombra oscura;
Sentí un choque brutal y horripilante
Que me obligó á dejar con gran premura
Aquella triste escena repugnante,
Y respirar aquí nuestra aura pura.
Esta te traigo, pues, grande noticia;
Siempre me sea tu majestad propicia.”

Así el heraldo habló; y en tono erguido
Luzbel le contestó: "Fiel mensajero,
Tu cargo nobilísimo has cumplido,
Y tus nuevas escucho placentero.
¡Príncipes del Averno! habeis oído
La cuna ilustre del caudillo fiero:
¡Qué nobleza... qué espléndidos natales!
¡Dignos del vengador de los mortales!

"Próceres y magnates de la Estige,
Sombras, tinieblas, llanto, luto y muerte,
Imperio libre, al que Jehová no rige
Con férreo yugo, con su mano fuerte,
Desde que yo la gran palabra dije:
Cantad, en horabuena, vuestra suerte;
Yo os convido á gozar, ¡el triunfo es nuestro!
Ya se despeje el nubarrón siniestro,

"Las dudas, las angustias y temores
Que envolvían nuestra frente envilecida.
¡Ya sabeis quiénes son los agresores!
Mi mente os abriré. Cuando cabida
Empezamos á dar á los rumores
De esa hostil invasión, no conocida,
Brotó en mi pecho, por la vez primera,
Un algo que al temor separe ciera.

"Como rueda el alúd de la montaña,
Y al rodar, más y más se va ensanchando,
Y ya trocado en masa enorme extraña,
Arboles y peñascos va arrollando,
Hasta arrastrar la pastoril cabaña,
Que en la falda del monte estaba humeando;
Así en mi pecho, á paso gigantesco,
Iba cundiendo aquel temor grotesco.

"Sin darme tregua ni quietud alguna,
Causábame penosas convulsiones,
Y crispaba mis fibras una á una.
Creía ver bajar de las regiones
Donde duermen los astros y la luna,
Precedido de inmensos batallones,
Ese gran rey que toda, en un momento,
Iba á abrasar la tierra con su aliento.

"Figurábame ver que con su diestra
Al astro ingente, brusco sujetaba,
Y al faro nocturnal con su siniestra,
Y entre sí con gran fuerza los chocaba,
Y á polvo los redujo; ¡grande muestra
De ese poder terrible, que amagaba
Los intereses de este vasto imperio,
Y al hombre va á arrancar del cautiverio!

“Huye, huye Luzbel, decía yo mismo
Ante la vista de ese gran coloso;
No te valdrá tu indómito heroísmo;
Te va á destruir el grande, el poderoso;
¡Ay! tus cenizas lanzará al abismo,
Y hará astillas tu cetro tan glorioso:
¡Ay de tí si lo afrontas altanero!
¿No ves cuán desigual? ¡piensa primero!

“¡Ah, sí, muy desigual!: él en pañales
Está envuelto, tirita y se estremece;
Su palacio son rocas y zarzales
Que él riega con su llanto y ensordece,
Dando de su poder grandes señales.
¡Oh cuánto su real cuna lo enaltece!
¡Qué terrible aparato lo rodea!
¡La risa en mí retoza, y escarcea!”

Y así diciendo, con un gesto horrible,
Estalló en una enorme carcajada,
Que á un histrión imitar fuera imposible,
Y que la misma curia, horrorizada,
Escuchó en actitud indescriptible.
Después, con voz un tanto más pausada,
Prosiguió el negro jefe: “mas, no obstante,
Es fuerza combatir á ese gigante. . .

“Será un juego infantil aquesta empresa,
Será ahogar una tórtola en la mano,
O un nido derribar de la maleza:
El golpe más pueril no será vano;
No es menester valor ni gran destreza;
Mas, cualquier solución venga temprano:
¿Qué os parece, magnates de la Estige?
¿Qué medio, al fin, vuestra prudencia elige?”

“Aunque es tanto el orgullo que la frente
Quema de las tartáreas potestades,
Y el odio contra el mismo Omnipotente;
Las han visto, no obstante, las edades
Siempre obrar, entre sí, concordamente
Para cubrir la tierra de maldades.
¡Oh si los hijos de la luz supieran
Esta norma seguir! ¡cuánto pudieran!»

Al ver de nuevo abrirse franca puerta
Al libre parecer, la negra turba
Se mezcla luego, en férvida reyerta,
Y la paz por momentos se perturba:
Discute cada quien, y nadie acierta;
Claudica esta opinión, torcida y curva,
Aquella por muy ardua se rebate,
Hierva, y se enciende el áspero debate.

Por vez segunda entónces se levanta
El nervudo Belial, ó intima adusto
Hondo silencio, en ademán que espanta,
Y así habló el orador: "Príncipe augusto,
Cuyo eterno vigor nadie quebrantó;
No te cause mi voz tedio ó disgusto,
Y si mal no te suena mi dictamen,
Aquí concluya este enfadoso examen.

"Hoy que fortuna nos sonrió propicia,
Y, desnudo, impotente, desvalido,
Nos muestra al adversario, que ya inicia
Su campaña marcial; sin mucho ruido,
Es menester armar nuestra milicia
Para un caso de azar.... quizá escondido
El tenga su poder.... tales honores
De la aérea milicia.... esos fulgores....

"Sea lo que fuere, guárdese el problema:
Yo propongo entretanto, que primero
Apelemos á aquel estratagema
(Infalible pareceme y certero)
Que no hace mucho, en la sesión suprema
Yo expuse con aplauso verdadero;
Lo digo sin jactancia, pues veía
Con qué febril delirio se me oía.

"Infiltrar, digo pues, odio implacable,
Tósigo de áspid y ceraste, amarga
Hiel de tigre en el pecho miserable
Del hombre vil, que nuestro yugo carga,
Contra ese salvador, que tan amable
Su fuerte diestra al moribundo alarga;
Y que si alguna vez, á duras penas,
El pudiera romper nuestras cadenas:

"Tanto sudor y lágrimas le cueste,
Tanta humana perfidia y felonía,
Que maldiga mil veces y deteste
El infausto momento de ese día
En que pensó bajar de la celeste
Región á socorrer en su agonía
La lútea estirpe. Mas si creéis preciso
Conjurar de una vez aqueste hechizo;

"Descubriré mi plan. Hoy de Judea
El timon ha empuñado un extranjero
Que vió la luz en la árida Idumea;
Déspota cruel, más sanguinario y fiero
Que hircano león, ó tigre caucasea:
Cualquier golpe que dé será certero:
Su audacia con su astucia se refina,
Y ambición insaciable lo domina.

“Este el primero sea que secunde
El ya maduro ideal que os desarrollo;
Esa cuna infantil de sangre inunde,
Y arranque para siempre tal pimpollo
Antes que amargo fruto lo fecunde,
Y en su mismo vigor encuentre apoyo:
Apáguese esa chispa, antes que encienda
Fuego voraz que en nuestros reinos prenda.

“Y, si acaso opusiere resistencia
Esa turba venal, y del acero
Substraerle intentare á la violencia;
Armese entonces nuestro reino entero,
Póngase nuestra fuerza en evidencia:
De fuego armados y del rayo fiero
Volemos á afrontar á los celestes,
Y quebrantar esas traidoras huestes.

“Cérberos y Medusas y Quimeras,
Y Lamias y Centauros y Geriones,
Furias todas y Górgones guerreras,
Invadid del empyreo las regiones,
Las sidéreas altísimas esferas;
Arrebaten y traigan en prisiones
Ese párvulo vil, aunque escondido
Tenga en el seno de Jehová su nido.»

Calló Belial, del odio el corifeo,
Y el tartáreo cornífero senado
Lo aplaudió con horrible palmoteo:
Quedó ese plan tetérrimo aprobado;
Y en la esperanza de tan gran trofeo,
El Erebo sintióse alucinado.
¡Cuán caras pagarás tus alegrías,
Pérfida raza, en no remotos días!

Mientras el Orco ruge y se enfurece,
Y sigue urdiendo la más negra trama;
El tierno Salvador, en quien ya crece
Más y más de su amor la ardiente llama,
A su Padre, cual víctima, se ofrece
Por todo un mundo que impotente clama:
Ya de su amor prepara las primicias
Al hombre vil, que forma sus caricias.

Ocho veces el sol infatigable
Al planeta feliz ha circundado,
Desde que el tierno Parvulillo amable
Al estadio mortal se ha presentado
A luchar por la estirpe inconsolable.
Va á ser del primer lauro coronado;
¡Pero ¡ay! ese laurel está teñido
Con la primera sangre que ha vertido!

Baña ese rojo humor, gota por gota,
La diestra patriarcal, y el fierro crudo
Que entra tremante por la piel ya rota
Del noble vencedor. Dolor agudo,
A la Madre arrancó sensible nota,
Que su púdico labio ahogar no pudo;
Meditan en silencio ambos esposos
Esos místicos ritos dolorosos.

Mientras, toda la etérea jerarquía,
Cumpliendo del Eterno el gran mandato,
Sigue bajando á aquella gruta fría
Para rendir adoración y acato
Al Rey pequeño del eterno día:
Como en torno al pastor se reúne el hato;
Así la excelsa corte esplendorosa
Ha acudido en escuadra numerosa.

Uno de aquestos coros presenciaba
Aquel acto sublime y elocuente,
En que por vez primer se derramaba
La sangre de la Víctima inocente
Que, á costa de ese precio, conquistaba
Un Nombre gloriosísimo y potente,
Única salvación de los mortales,
Único alivio de infinitos males.

Luego que el rito augusto terminóse,
Mil címbalos sonaron y arpas de oro;
Ese dolor en júbilo trocóse,
Y modula otra vez el sacro coro
Un cántico solemne que elevóse
Al alto empíreo, rítmico y sonoro;
Y, si suena en mi oído todavía,
Así aquel himno angélico decía.

“Vive, oh Rey de los siglos, que dejaste
Tu diamantino alcánzar estrellado,
Y del humano á la mansión bajaste
Para que él se levante de lo creado.
Hoy tu primer victoria reportaste,
Con rubíes sangrientos coronado;
Hoy grandioso y magnífico tu Nombre,
Dulce y amable suena para el hombre:

“Más dulce y suave que la miel hiblea,
Más que la lluvia y bienhechor rocío
Para el prado que ardiente lo desea,
Tostado por los rayos del estío;
Más grato que la brisa cuando alea
Y peina de Sarón el atavío;
Que el murmullo del límpido arroyuelo
Que corre jugueteando por el suelo.

“Es tu gran Nombre el bonancible puerto
Para el mísero náufrago afanoso,
Que ve del ponto el negro abismo abierto;
Es de la aurora el rayo bondadoso
Para el triste viajero, que inexperto
Se ha extraviado en el bosque tenebroso;
Es vida, libertad, luz, refrigerio
Para el que gime en triste cautiverio.

“La aurora lo repite al despertarse,
El ave lo murmura en la enramada,
Respóndele la fuente al despeñarse
Por la roca de musgo tapizada,
Y el piélago no cesa de ensayarse
Por grabarlo en la arena acariciada;
Resuena en fin por toda la natura
Este almo Nombre lleno de dulzura.

“Es música gratísima al oído,
A la boca, dulcísima ambrosía;
Es júbilo que inmenso, indefnido
Desbórdase en el alma y la extasía;
Es grito de victoria en el vencido,
En el débil, vigor y lozanía,
Es vida en el que lucha con la muerte,
Es la gran prenda de la eterna suerte,

“El también dentro el Erebo resuena;
Pero ahí se transforma en el horrible
Rugido del león, de gran melena,
Que á su presa se arroja irresistible;
Es el mugir de tempestad que atruena;
El rayo que, con ímpetu terrible,
Hace el roble saltar en mil astillas,
Y anuncia de Jehová las maravilas.

“Esta grande palabra al pronunciarse,
Los hondos reinos de la noche eterna
Tendrán á su despecho que inclinarse,
Y venerar la potestad superna,
Que quiso tales cifras adaptarse:
Todo por este Nombre se gobierna,
La tierra, el cielo, el universo entero,
Que en tí adora al Monarca verdadero.

“¡Oh mil veces mortales venturosos!
¡Oh linaje de Adán, tan señalado
Del amor por los triunfos más gloriosos!
¡Oh cuán gran redentor se te ha mandado!
De los altos palacios fulguerosos,
Por quién á nuestro reino eres llamado!
Pero ¡ay de tí, si en el olvido apagas
Tan grande amor, y con amor no pagas!”

Cayó el dulce cantar, y su armonía,
En simétricas ondas al romperse,
Poco á poco en los aires se perdía.
Viose luego de un coro desprenderse,
Dirigiéndose recto hacia María,
El bellissimo Uriel. Humedecerse
El ha mirado los maternos ojos,
Al deslizarse cual jacintos rojos,

Por el hierro cruel la sangre pura
Del tierno parvulillo sonriente,
Y sintió entónces lástima y ternura
El bellissimo Uriel de la doliente
Madre; endulzarle quiso su amargura;
Sesgó el vuelo hacia ella, y, reverente
A la Virgen de nítida inocencia
Así habló con dulcísima cadencia:

“Madre; madre del Verbo ya humanado,
Que en tí se complació; por vez primera
Hoy una aguda espina se ha clavado
En tu materno pecho: es la carrera
De tu hijo augusto, un áspero, erizado
Sendero en que pululan por doquiera
Hórridos cardos, juncos espinosos
Que han de trocarse en lauros victoriosos.

“Da tregua á tu dolor: venga el consuelo
A derramar en tí santa alegría:
Un mensaje feliz el alto cielo
Hoy por mi boca, pródigo te envía.
A compasión moviose al ver tu duelo,
Y quiso despejar esa sombría
Ligera nubecilla de tristeza;
¡Ay tu largo sufrir ahora empieza!

“Oyeme, pues, oh Madre. El ambicioso
Imperio de las sombras ha cedido
Sus dominios al sol esplendoroso
Que entre toscos peñascos ha nacido;
La estrella de Jacob, su rayo hermoso
Por todo el universo ha ya esparcido:
Brilla una inmensa luz, que al orbe envuelve
Y la antigua tiniebla se disuelve.

“Astro nuevo, de blonda cabellera,
Que jamás han mirado los mortales,
Hace ondular sus bucles en la esfera,
Y va regando perlas en raudales
Allá donde la aurora placentera,
Del olimpo al abrirse los umbrales,
De rosas se corona y de amaranto,
Al preludiar de la natura el canto.

“Allá donde las brisas diligentes,
Cual libélulas, vagan por los prados,
Recogiendo en sus alas transparentes
El llanto y los suspiros perfumados
Del bálsamo y la mirra redolentes,
Y de los cinamomos encumbrados:
Remotos, feracísimos países,
Que natura, al mirar, hizo felices.

“En toda esa extensión aún palpita
De Balám la solemne profecía,
Que de los pueblos en la mente escrita,
Nutre sus esperanzas noche y día,
Y vivas ansias sin cesar excita.
Tres sabios reyes, raza noble y pía,
Que entre esas gentes tienen su dominio,
Preocupados del alto vaticinio,

“Con noble afán, desde su edad primera,
Observaban solícitos y atentos
Los astros rutilantes, su carrera,
Sus órbitas y raudos movimientos,
Y leyes que el Creador les impusiera
Cuando la nada hirió con sus acentos;
Y aquí y allí, siguiendo indicios vagos,
No atienden ni del sueño á los halagos.

“¡Oh! cuántas veces las calladas horas
En su negro capuz los envolvieron;
Cuántas veces su llanto las auroras
Y su aljofar sobre ellos sacudieron;
Cuántas présagas aves gemidoras
Con sus roncas endechas los hirieron,
Mientras ellos, las marchas desiguales
Persiguen de los mundos siderales.

“Y, cual suele el piloto en noche oscura
Acechar incansable la alta estrella
Que es norte para él, y la segura
Ruta le presta sonriente y bella:
Así ellos dirigiendo hacia la altura,
Su púpila tenaz, buscan aquella
Sidérea luz, que, al recortar sus giros,
Ya tal vez casi escucha sus suspiros.

“Si un bólido su cauda desparrama,
Sus áureas franjas por el vasto cielo,
O ardiente exhalación, rápida inflama
Las muertas auras en su combo vuelo;
Grito entusiasta de emoción aclama
Aquél ígneo meteoro, y en su anhelo
Creciendo van; mas nunca la tardanza
Entorpece á la alígera esperanza.

“Un día, por fin, que sus matices rojos
Apenas dibujaba en el oriente;
De improviso surgir ante sus ojos,
Cual barbado cometa refulgente,
De la noche arrollando los despojos,
Miran un astro extraordinario ingente.
Con un fervido aplauso claman,
Y al nuncio de su dicha vitorean.

“Su enfática mirada en él clavaron,
Y en su irizado núcleo, ¡oh gran sorpresa!
Un bellissimo infante columbraron,
Que hacia ellos, con grande gentileza,
Sus brazos alargaba. Se asombraron
Los reyes, y, creyendo con certeza
Que era el astro de amor cuyos fulgores
Suspiraban los siglos voladores:

“Entendieron su tácita elocuencia;
Y al mismo tiempo, un grito vigoroso
En el fondo sonó de su conciencia
Que les mandaba, al Todopoderoso,
Que revestido había tal apariencia,
Rendirle el homenaje más glorioso,
Y sus ricos tributos presentarle,
Y como al Rey eterno venerarle.

“El cometa en los aires suspendido,
Con un dulce vaivén se balancea,
Y, avivando su brillo, los convida
A marchar prontamente á la Judea,
Donde ha surgido el Astro de la vida.
Un estímulo extraño aguijonea
Los coronados sabios, diligentes,
Y á la marcha se aprestan diligentes.

“Y, aunque eran entre sí desconocidos,
Al impulso de fuerza misteriosa,
Con gran pasmo encontráronse reunidos
De Arabia en la ciudad más populosa;
Y de honda sensación sobrecogidos,
Refieren entre sí cosa por cosa;
Y, sin hallar aun leve divergencia,
Bendicen á la eterna Providencia.

“Una espontánea aclamación resuena,
Como el grito de nobles vencedores
Tras de sangrienta bélica faena;
Y, según sus divisas y colores,
El numeroso séquito se ordena,
Y la marcha se rompe entre las flores,
Que la siguiente aurora ya esparcía,
Y sus crenchas de púrpura tendía.

“Aquí y allí sin orden esparcidos
Los astros todos por el sol ardiente,
Entre tibios celajes escondidos,
Abandonaran el zenit luciente,
En un conflicto desigual vencidos:
Sólo aquel astro enorme que, elocuente,
Al Rey de las estrellas anunciaba,
Las saetas de Febo desafiaba;

“Y, dando al viento su áurea cabellera,
Avanzaba gallardo y majestuoso,
Como adalid, al frente de la entera
Real comitiva que con presuroso
Paso se mueve, en actitud guerrera.
Ni montañas, ni ríos, ni el brumoso
Soñoliento desierto, ni la escarcha
Han puesto alguna rémora á su marcha.

“En grande orden los nobles peregrinos
Siguen ardientes, siguen incansables
Por confusos senderos y caminos,
Y cuencas más y más impracticables.
Ya diez veces sus rayos opalinos
Ha escondido en las sombras impalpables
El rubicundo volador auriga,
Que sus bridones sin cesar hostiga:

“Cuando aquel real cortejo numeroso,
Formado por distintas muchedumbres,
Cerca ya de su límite afanoso,
Hizo alto de Galaad sobre las cumbres,
De cuya altura, llenos de alborozo
Los tres jefes, las torres y techumbres
De la augusta Salém ya contemplaban,
Y así con emoción la saludaban:

“¡Levántate oh Salem! sobre tu frente
Ya asoma, ya fulgura el grande día
Que más que el sol, te hará resplandeciente;
Despierta, abre tu pecho á la alegría!
Pues la gloria del mismo Omnipotente
Sobre tí se derrama en demasía.
Tú eres, oh Sión, la universal lumbrera,
El faro luminoso de la esfera.

“Hasta las más incógnitas regiones
Llegarán de tu luz los reverberos;
Monarcas de vastísimas regiones,
Los pueblos más salvajes y más fieros
El brillo seguirán de tus pendones;
Y su incienso quemando en pebeteros,
Los reyes de Sabá, la gran clemencia
De Jehová cantarán en tu presencia.

“Los Etiópes vendrán á prosternarse
Ante el fruto que guardan tus entrañas:
Mas las turbas que intentan afrontarse,
Y sostener contigo sus campañas,
Las verás en el polvo revolcarse,
Y en convulsiones hórridas y extrañas
Morder el suelo con rabiosos dientes:
¡Tú siempre has de reinar entre las gentes!”

Ya el puerto columbremos, oh Talía,
¿Quién cruza por allá? ¿qué sombra es esa
Que entre las sombra de la noche fría
Agilísima y rápida atraviesa,
Y nadie de su marcha la desvía?
¿Porqué hierve y rebulle su cabeza
De áspides y de equidnas erizada,
Y es feroz y sangrienta su mirada?

Encréspanse las auras, le abren valla;
Las sombras se espeluznan y se encogen,
La mira el genio del terror, y calla;
Las negras horas, tímidas recogen
Sus luengos pliegues, y la tierra estalla,
Como terrible imprecación que arrojen
Salvajes labios, cuantas veces hierve
Conesa sangre fétida que absuerve,

Al pasar la fantasma sanguinosa
Que, sedienta de estragos y de horrores,
Siguiendo va su marcha impetüosa
Antes que el alba raye sus fulgores.
Mas ¿quién es esa larva misteriosa
Que pudiera al terror causar terrores?
Del Erebo parece mensajera,
Es la hermana de Aleto y de Megera,

Es la horrenda Tisífone execrable
Es la más cruda de las tres hermanas
Del Averno el tirano formidable,
Pábulo dando á sus quimeras vanas
De que al Dios Hombre aniquilar le es dable
Manda esa torva furia á las lejanas
Murallas de Salém, cuyos torreones
Se esfuman de la noche en los crespones.

Al resplandor de su rojiza tea,
Con que abrasa los campos y ciudades,
Y el pecho del mortal agujijonea,
Y lo enciende en la sed de mil maldades;
El monstro cruel de la región letea,
Que los vergeles trueca en soledades,
Entre vastos suntuosos edificios
Del palacio real buscaba indicios.

Bajo un purpúreo pabellón dorado,
Entre varios riquísimos tapices,
Se encuentra el gran tirano recostado,
Exhalando por boca y por narices
Los efluvios de un sueño desbordado,
Cual suele visitar á los felices
De la madre común cultivadores,
Que riegan y fecundan con sudores.

Mas el sueño del déspota extranjero,
Que de Judá gobierna los destinos,
No es el sopor amable y placentero
Que iguala á poderosos y mezquinos;
Es de crápula engendro verdadero,
Parto monstruoso de espumantes vinos:
Sólo Baco se asocia al Idumeo
Para tender sus redes á Morfeo.

La angustia, los afanes roedores,
Esa ambición indómita, insaciable,
Y el terrible aguijón, y los clamores
De la conciencia rígida indomable
Que lo llena de insólitos terrores,
Le han robado por siempre el sueño amable,
Desde que en sangre fraternal bañara
Las gradas de ese trono que usurpara.

La sangre desde entonces no se orea
En la diestra feroz del fraticida,
Que aun en sueños la huele y saborea;
Y, en ambición creciendo sin medida,
Toda ley y derecho pisotea,
Y agítase cual sierpe enfurecida:
Monstruo igual nunca vomitó el Averno;
Suenan su nombre con baldón eterno."

Este era de la Estige el mandatario,
A quien el negro príncipe confiaba
La empresa de destruir al adversario.
Ya Tisifone cauta penetraba
Las aulas del monarca sanguinario,
Y con su hacha fumosa iluminaba
Pórticos y terrados y balcones,
El real lecho y los vastos artesones.

Todo el palacio parecía inflamarse
En rojizos fulgores sulfurosos,
Y sus altas agujas proyectarse
Sobre los mismos astros silenciosos.
Mas aún el tirano desatarse
No puede de los lazos perezosos
Que un férreo torpe sueño le ha tendido,
Y era más y más fuerte su ronquido.

La Furia entonces con nervuda mano
 La emponzoñada tea lanzó mohina
 Sobre el rostro cejudo del tirano,
 Quien, del lecho estrujando la cortina,
 Frenético incorpórase, é insano,
 Con lasciva mirada viperina,
 Los ojos clava en ella, transformada
 En Lidia desenvuelta y descocada.



Fin del Canto Séptimo



La Furia entonces con nervuda mano
 La emponzoñada tea lanzó mohina
 Sobre el rostro cejudo del tirano,
 Quien, del lecho estrujando la cortina,
 Frenético incorpórase, é insano,
 Con lasciva mirada viperina,
 Los ojos clava en ella, transformada
 En Lidia desenvuelta y descocada.



Fin del Canto Séptimo





CANTO VIII

“¿Duermes, ilustre rey, mientras tu trono
 Cruge y se cimbra desde sus peldaños?
 ¡Tu corte, tu palacio en abandono
 Cuando una extrema ruina, extremos daños,
 De envidia armado y del más negro encono,
 Y con astucias mil y mil engaños,
 Urde en tu contra indómito enemigo,
 Que lucha ardiente va á trabar contigo!

“Tú, el más grande y potente de los reyes
 ¿Darás tu cuello á la servil coyunda?
 ¿El yugo sufrirás de extrañas leyes,
 Y que por mano temeraria, inmunda,
 Los pueblos de Judá, cual viles greyes,
 Sean llevados á una árida é infecunda
 Región salvaje, donde en cautiverio
 La ignominia los marque, el vituperio?

“¿Dónde está aquel ardor, dónde aquel
[celo

Aquella sed de gloria y de grandeza
Que te obligó á dejar el patrio suelo
Para buscar un trono á tu nobleza,
Que al fin ganaste; aunque dispuso el cielo
Que un purpúreo diadema tu cabeza
Ciñera, en sangre fraternal bañado,
Y de horrenda matanza salpicado.

“¿Tan nobles glorias hollará tu planta?
¿Deshojará tu ignavia esos laureles
Conque la fama tus proezas canta?
Rompe ya de tu Baco los caireles;
Rompe tanta inacción é inercia tanta;
Apresta tus escuadras y broqueles,
Antes que el fuego, campos y ciudades
Convierta en perezosas soledades.”

A tales voces, sus grifaños ojos
Abrió de par en par el rey sañudo,
Y en torno los giró, cual brasa rojos:
Y “¿quién, gritó en voz alta, dí ¿quién pudo
Forjar tan negro plan á sus antojos?
Quizá, Lidia sin par, conflicto rudo
Trabó contigo algún protervo ensueño,
Y te dió hiel, en vez de su beleño.

“No rara vez solázanse los dioses
La quietud en turbar de los mortales
Con visiones torcidas y feroces,
Mientras ellos en nítidos cristales
Apuran la ambrosía. ¿No conoces
Las ciertas, inequívocas señales
De un ensueño veraz? La noche oscura
No llega aún á su mayor altura.

“Dime, no obstante, oh Lidia ¿qué enemigo
Embestida tan súbita prepara?
(¿De los Dioses será fatal castigo!)
Dí ¿quién esconde una altivez tan rara
Que sus fuerzas medir quiera conmigo?
Dí, si mortal, ó si deidad preclara
El secreto fatal te ha descubierto:
Habla, mi bien; me sea tu pecho abierto.”

La falsa Lidia entonces: “Soberano
Númen, oh rey, que de tu trono cuida,
Me ha revelado el importante arcano,
Mientas la tierra, en la quietud hundida,
Duerme el sueño nocturno. Empeño vano
El tuyo en pretender que desmentida
Sea de los inmortales la palabra:
Esa actitud, oh rey, tu ruina labra.

“¡Oh ignominia, oh escarnio! Tu glorioso
Cetro real va á ser arrebatado
No por algún monarca poderoso,
O caudillo, de lauros coronado,
Que ejércitos arrolla victorioso.
Un vilísimo infante, recostado
En un viejo pesebre, bajo el techo
De un antro irregular, húmido, estrecho,

Va á entrar contigo en desigual contienda,
Y arrancar la corona de tu frente,
Sin que nadie tus títulos defienda.
¿No ignoras tú que entre la hebraica gente
Corre doquier ridícula leyenda?
Que bajará del cielo un rey potente,
Quien con prodigios mágicos asombre,
Y «Mesías» le llamarán por nombre.

Pues este abyecto párvulo, que hoy gime
Entre las rocas de una gruta oscura,
Vendrá á arrogarse esa misión sublime,
Y llamarse el monarca de la altura
Que el yugo romperá que al pueblo oprime;
Y en su delirio, y sin igual locura,
Sabrá rodearse de prestigios tales,
Y de tantos hechizos y señales:

“Que de él en pos las turbas, á porfía,
Frenéticas irán, y, alucinadas,
Su rey lo aclamarán ¡oh felonía!
Y serán tus enseñas pisoteadas;
Dará un vuelco tu trono; y vendrá un día
En que hasta tus cenizas profanadas
Ludibrio sean del viento, y en olvido
Quede tu nombre para siempre hundido.

“Ya circulan fantásticos rumores
Entre el vil populacho: que la cuna
De ese infante está orlada de fulgores;
Que alados genios bajan de la luna
A tributarle amplísimos honores;
Que á tres reyes tocó la gran fortuna
De venir á adorarle del oriente,
Guiados por un nuevo astro refulgente.

“Desde luego tu gloria y poderío
Empezará á menguarse en gran manera,
Y mirarán tus pueblos con hastío
Ondular á los vientos tu bandera.
¿Y aun así no te alarmas, oh bien mío?
¿Creía que mi amor algo pudiera!
En mis brazos permíteme estrecharte,
Y el amor más ardiente prodigarte.”

. Y esto al decir, arrójase en el lecho,
De Cupido fingiéndose embestida,
Y al déspota oprimió con nudo estrecho:
Hieles, veneno, sangre corrompida,
Jugos estigios filtrale en el pecho,
Y piérdese en las sombras la homicida,
Dejando al rey sañudo enfurecerse,
Y, cual roja bacante, retorcerse.

Dió un gran rugido, como el oso brama
Cuando entre celos el amor lo aguija;
Deja impaciente la mullida cama,
Y una gran piel de tigre se cobija
Que el oro esmalta en erizada escama;
Y al observar la lentitud prolija
De la aurora que aún no se despierta
En el regazo de la noche yerta:

Se agita sin quietud, mientras olea,
Y rebulle, y fermentase en su mente
De pensamientos mil alta marea.
Ya propone, y decreta, y se arrepiente,
Y de nuevo se yergue y bandolea,
Y vuélvese y revuélvese el demente:
Pues la crueldad ferina pugna y lidia
Con el fraude, la astucia y la perfidia,

Hasta que triunfa el dolo y la arteria,
Aliados del monarca inseparables.
Resolvió que su rabia callaría
Para acertar sus golpes formidables;
Y, cual cerdo espinoso, escondería
Sus colmillos y púas formidables.
Y así como en las márgenes del Nilo
Finge la humana voz el cocodrilo;

Así el déspota pérfido se ensaya
En simular dulzura y mansedumbre,
Aunque ya casi su furor estalla.
Del sol aún la ruborosa lumbre
En los lejanos límites no raya,
Ni de los montes tíñese la cumbre;
Y él, de escribas y sátrapas rodeado,
Ya el necio sanedrín ha convocado.

Su angustia el rey cubriendo y su tortura,
Con avidez impone a cada uno
Las puertas le franquee de la Escritura
Sobre tan grave asunto, y de consuno
El gran libro registran con premura
Que jamás descifró mortal alguno:
Todos atentos leen y cuchichean,
Y en silencio después se semblantean.

De todos la mirada y pensamiento
Converge hacia aquel punto luminoso
En que los Vates, cuna y nacimiento
Asignan al Enviado poderoso
Que en medio de Judá tendrá su asiento;
Y por fin, tras debate caluroso,
Claman con voz unánime á porfía,
Que en Belén el Deseado nacería.

Entonces Gamaliel, prudente anciano,
De lengua barba y rostro venerable,
Como herido de un rayo sobrehumano,
Que en su alma comprimir no le era dable:
En pie se puso; y una y otra mano
Alzando al cielo, en medio al respetable
Concurso hubo exclamado. "¡Oh de Judea
Belén insigne, gloriosa aldea!

"Como del mar en la región umbría,
Dentro crustáceo estuche aprisionada,
Nace la perla, que en un fausto día
Brillará en una frente coronada:
Así, oh Belén, del mundo á la alegría
Nacerá en tí la estrella suspirada
Que alumbrará los pueblos y naciones,
Y la gran noche romperá en girones.

"Ya no te llamarán en adelante
Los jefes de Judá "vil y pequeña"
Pues en tí ha de tener cuna brillante
El grande rey, que su marcial enseña
Por todo el orbe llevará triunfante,
Y se hará obedecer con una seña:
El á Israel circundará de brillo,
El será de mi pueblo el gran caudillo."

Un estallido de furor ahógose
En el hirviente pecho del monarca,
Esto al oír; crispado levantóse
De su alto solio; una sensible marca
Deja en su faz la ira: disolvióse
El senado, y el rey confuso abarca
Sombras y espectros vagos con su mente,
Y es su delirio más y más creciente.

Hay en la tierra un monstruo indefinido;
Ave informe, quimérica, gigante,
Que jamás sabio alguno ha comprendido:
Indole y forma en él nunca es constante;
Nace débil, pequeño y aterido:
Pero al aire remóntase al instante,
Y ensánchase, volando, de tal modo,
Que deja en sombra el horizonte todo.

Un ojo y un oído, siempre alerta,
Esconde en cada pluma la grande ave;
Finge dormir, y siempre está despierta;
Mil faces y colores cambiar sabe;
Todo resquicio sírvele de puerta,
Y espía al labriego y al magnate grave:
Callo su nombre, pues la misma *Fama*
Del mundo por los ámbitos lo aclama.

Esta ave, ó monstruo que la Fama nombra,
Apenas los primeros resplandores
Hieren la blanca, la invernial alfombra,
Cuando ya mil insólitos rumores
Riega por Sión (que pásmase y se asombra,
Y despierta sus mudos moradores,
Y, al ruido de sus alas estruendosas,
Cundían estas nuevas vagarosas:

Que de aquella región donde la cuna
Del sol se mece, tres potentes reyes
Han arribado con feliz fortuna,
A la ciudad que da á Judá sus leyes,
Sin previo aviso ni embajada alguna;
Y que, dejando sus humanos greyes,
Habían venido de país remoto
A rendir vasallaje á un Dios ignoto,

Al rey de los Judíos, recientemente
Nacido en un lugar que se ignoraba;
Y que con ansia y avidez ardiente
Cada quien de esos jefes preguntaba:
¿Dónde la corte está del rey potente
Que una estrella á nosotros anunciaba?
Y sólo confusión é incertidumbre,
Leían en la imbecil muchedumbre.

Estrépito mayor y vocería
En la corte del pérfido Idumeo
La vocinglera Fama producía
Que, graznando entre horrisono aleteo,
El cielo con la tierra confundía,
Y á todo daba un cuerpo giganteo:
El cruel tetrarca, como torpe araña,
Más, al tejer sus redes, se enmaraña.

Ha resuelto otra vez, tras larga brega,
No imprimir marca alguna en su semblante,
Y así esperar la tempestad que llega,
Cual si fuera su pecho de diamante:
Su frente encapotada se despliega,
Y ordenando se llamen al instante
Dos ó tres de sus áulicos lebreles,
Los manda á caza de noticias fieles.

Miéntras, de su cerebro en la oficina
Sigue él fraguando toda industria y maña
Por encubrir la garra y piel ferina,
Antes que rompa su terrible saña;
Su perfidia y astucia se refina
Dentro su mente, en una forma extraña;
Y luego, de sí mismo satisfecho,
Exhala hondo suspiro de su pecho.

El es ahora el cocodrilo mudo
Que ya aprendió á fingir la voz humana,
Es el ceraste pérfido, cornudo,
Que desarma el colmillo en la fontana;
Es la sirena que al escollo rudo
Atraerá la barquilla, aunque lejana:
El oso torpe al pie del árbol duerme
Donde astuto asechó su presa inerme.

No hay duda al fin. Esa servil trahilla
Regresó, de noticias portadora,
En que desnuda la verdad ya brilla,
Con cierta vibración consoladora;
Sus cosechas el déspota agavilla,
Y con grande ansiedad espía la hora
En que duerme enlutado el universo,
Para dar velas á su plan perverso.

Con mortal paroxismo la natura,
De la noche en los brazos ha caído.
Entre el silencio de la sombra obscura
Una centuria el rey manda sin ruido
Que sigilosa busque con premura,
La coronada triada que ha venido,
Y le intime, con grande reverencia,
Que se conduzca ante la real presencia.

Un pecho leal y noble y generoso,
Dobles no recela ni emboscadas;
No teme al hombre hipócrita y doloso,
Pues le son las intrigas ignoradas:
Y como el terso lago silencioso
De los astros refleja las miradas,
Así en él la verdad nítida luce,
Y en palabras y en actos se traduce.

Así, por tanto, aquellos pechos nobles
De los tres reyes eran inexpertos
De astutas tramas y manejos dobles;
Y, de aquella embajada apenas ciertos:
Con el vigor que los templó, cual robles,
Para afrontar los hórridos desiertos,
Pusiéronse en camino, sin tardanza,
Sin llevar arco, ni rodela ó lanza.

Herodes con frenética impaciencia
Espera la pomposa comitiva,
Y cada instante en él hace violencia.
Por fin, tras de penosa expectativa,
La turba real llegaba á su presencia:
Su sobresalto, su sorpresa viva
Contuvo, enmascarándose, el tirano,
Y á encontrarla bajó con rostro ufano.

Plegar ambas rodillas pretendieron,
Los coronados sabios, y sus frentes
Con el suelo juntar; pero sintieron
Del monarca los brazos diligentes
Que esa demostración les impidieron;
Mientras él con acentos elocuentes
Les daba una amistosa bienvenida
Que parecía del corazón nacida.

Y luego que ocupó su regio acento
Y á sus huéspedes dió ricos sitiales,
Así les arengó con firme acento:
“¡Oh de las ricas playas orientales
Ilustres soberanos, que un portento
Condujo á aquestos reinos patriarcales!
De encomios mil é insignes galardones
Dignas son vuestras ínclitas acciones.

“¿Quién jamás, cual vosotros, la sañuda
Majestad del desierto ha provocado,
En travesía tan penosa y cruda
Buscando á un rey incógnito, ignorado,
Sin abrigar perplejidad ni duda;
Y por un signo, quizá incierto, guiado,
De nieves á través y peñascales,
Corrió en pos de fatídicos ideales?

“Sólo pudo caber en vuestros pechos
Esa solicitud tan justa y pía,
Que hoy ponen de realce vuestros hechos:
No lo ignoro, una estrella os conducía,
Desde que habéis dejado vuestros techos,
Y algo insólito y grande os prometía.
Mas: decidme ¿cuál es el soberano
Que buscáis en un suelo tan lejano?

“Qué ¿os impulsó á seguir la nueva estrella
Que, flotando en el aura transparente,
Dejaba tras de sí tan clara huella,
Y fué tan persuasiva y elocuente?
¿Marca alguna ó señal visteis en ella,
Y á vosotros tan sólo fué patente?
¿Dónde ese grande rey, dónde ha nacido?
¡Oh cuán digno todo es de ser sabido!

"Un vaticinio nuestro pueblo guarda
Que ayes mil y suspiros ha arrancado
A nuestros padres: pero ¡ay! cuánto tarda
En verse, Dios eterno, realizado!
Esto hace que mi pecho en ansias arda:
¡Tanto, tanto esperar! ¡Oh me sea dado
Saber si tal estrella es el indicio
De que ya el cielo nos miró propicio!"

Melchor, entonces que, como caudillo,
La noble expedición capitaneara,
Y fué el primero á quien su amable brillo
Brindó el signo celeste que los guiara;
Con pecho franco y corazón sencillo,
Sin que nada al tirano le ocultara,
Así le respondió: "Monarca ilustre,
No temas ya que tu esperar se frustre.

"Estos los hechos son. Yo las regiones
De los Indos gobierno donde abundan
De la natura los preciados dones
Que en industrias dedálicas redundan;
Donde esconde la tierra amplios filones
De ese rico metal, por el que inundan
La faz del orbe lágrimas y males,
Y roe la ambición á los mortales.

"Gaspar rige, á la sombra del olivo,
Los bélicos Sabeos abigarrados,
Que el incienso y la mirra, sin cultivo
Roban á los arbustos perfumados
Que, sintiendo del sol el rayo vivo,
Prodigan sus tesoros codiciados;
Y por fin Baltasar, con mano sabia,
Otra región gobierna de la Arabia:

"Pueblos privilegiados de la esfera,
Que el bálsamo, la mirra, el cinamomo,
El áloe, y el estactes, por doquiera
Mandan de sus camellos sobre el lomo.
Nosotros tres, desde la edad primera,
De vuestra ley hojeamos el gran tomo;
Una de vuestras grandes tradiciones
No ignoran del oriente las regiones.

"Un natural instinto nos dió el cielo
Para observar los reinos siderales;
Y en este afán y singular desvelo
Pasábamos las horas nocturnales,
De la nieve y escarcha sin recelo:
Astro nuevo, de rasgos celestiales,
(Siguiendo de Balám la profecía)
Sabíamos que en el cielo brillaría.

“Nuestro ardor sin cesar se redoblaba
Por descubrir el signo misterioso
Que aún á los mortales se ocultaba.
Quiso por fin el cielo bondadoso
Nuestros votos oír. Ya se anunciaba
La aurora en el oriente tenebroso;
Cuando ¡oh portento!, peregrina estrella
Al espacio saltó, límpida y bella.

“Parecióme que ese astro tan brillante
Irradiaba también sus resplandores
Sobre mi entendimiento, que ignorante
Abrigaba gentílicos errores:
Y pudo conocer, en el instante,
Que aquel por quien los siglos voladores
Han suspirado tanto, en la Judea
Ya apareció con la mortal librea.

“Y, asimismo, un impulso sobrehumano
Mis fibras sacudió; y un pronto viaje
Emprendo luego á aquel país lejano,
Para prestar mi humilde vasallaje
De la etérea región al Soberano,
Y ofrecerle también en homenaje
Corto tributo del metal precioso
Como á excelso monarca poderoso.

“Dura y penosa fué mi travesía
Por incultas regiones ignoradas:
Pero no rara vez aparecía
El gran faro en las playas azuladas
Que era mi dulce, mi infalible guía;
Y, después de larguísimas jornadas,
Llegué por fin á las sabeas regiones,
Donde mando hacer alto á mis legiones.

“Allí á su rey Gaspar ¡oh gran portento!
(A quien entonces ví por vez primera),
Encontré que alistaba en el momento
Su comitiva real, con que debiera
Partir para Judá. (¡Sueños no cuento!)
El signo mismo en la celeste esfera
Le había prestado el mismo magisterio,
Y descubierto el singular misterio.

“Continuamos la marcha en compañía
Con indecible ardor y regocijo,
Y nuestro asombro sin cesar crecía
Mientras más era el conversar prolijo:
Pues todo, en perfectísima armonía,
Ibase concentrando á un punto fijo.
Hundiéronse dos soles tras los montes,
Cuando, á través de ricos horizontes,

“De la fértil Arabia al fin llegamos
Al territorio, cuyo rey, presente
Se encuentra aquí. La cúspide tocamos,
Del pasmo en ella. ¡El signo sorprendente
Hablaban ahí también! Nos estrechamos
Los tres hermanos; y concordemente,
Rebosando de insólita alegría,
Aquí llegamos por la misma vía.”

Calló Melchor; y luego en pie se puso
El Idumeo, y, al zenit irguiendo
Ambas sus manos exclamo confuso,
Un ímpetu de júbilo fingiendo:
“¡Cumpliste oh cielo al fin! Yo no rehusó
Tu voz oír ¡Cumpliste! Ya comprendo
Que vosotros, dinastas orientales,
Los más dichosos sois de los mortales.

“Sólo os suplico, y con ardor os ruego,
Que me asociéis á vuestra gran ventura:
Buscad á mi Señor, y enviadme luego
La embajada más fiel y más segura.
También yo siento ese sagrado fuego;
Yo anhelo al soberano de la altura
Obsequio y reverencia tributarle,
Y, rendido á sus plantas, adorarle.

“Mas ya la noche, al declinar, mitiga
Su silencioso vuelo; aquí, entretanto,
Podréis dar una tregua á la fatiga,
Y reparar vuestro mortal quebranto:
Os brindan estos lares sombra amiga,
Mientras de nuevo os llame el cielo santo.”
Un momento después, todo dormía;
Sólo el rey en sus tramas se envolvía.

Sobre un lecho de tul se incorporaba
La soñolienta aurora y, sin vestido,
Sin aliñarse, tímida asomaba,
Al oír el lejano resoplido
De los monstruos que Febo ya enganchaba:
Cuando el regio convoy se ha despedido
De la corte, y con nueva incertidumbre,
El signo espera en la azulada cumbre.

Mas apenas dejaron los bastiones
De la ilustre Salén, cuando la estrella
Otra vez en las nitidas regiones
Apareció resplandeciente y bella.
Nuevos vítores, nuevas emociones
La saludaron entusiastas; ella,
Con la voz de su brillo peregrino,
Los va guiando gentil por un camino,

Que, de ruinas modestas marginado,
Por herbosas colinas serpentea
Hasta tocar la falda de un collado
En cuya cima desigual campea,
A través del follaje mal peinado,
Humilde caserío que pardea
Entre rocas tajadas, cual sillares:
¿Serán estos, quizá, mezquinos lares,

Los que el rey del olimpo escogería
Para fijar su corte y su palacio,
Según lo que en Salén se discutía?"
Mas sin cortar su vuelo en el espacio
El astro á la pregunta respondía.
Era su núcleo rojo cual topacio;
Y, tintas y cambiantes reforzando,
Suavemente su vuelo fué sesgando,

Hasta que lento y plácido posose
Sobre una gruta abierta entre la peña:
Onduló un poco aún... desvaneciöse.
La metálica trompa dió la seña;
La noble caravana estremeciöse,
La turbación y el gozo la domeña.
Y, con mirada escrutadora y viva,
Examina la extraña perspectiva.

Mas de nuevo la hirió rayo divino,
Y entonces con más fuego vitorean
Al gran rey del alcázar diamantino.
Los ardientes bridones escarcean,
Tascando el áureo freno marfilino,
Los elefantes mismos gallardean,
Y sus sonoros bélicos berridos
Suenan con mil relinchos confundidos.

¡Genios de los espacios! ¡invencibles
Atlantes que impulsáis con vuestras alas
Los moles del empíreo incorruptibles,
Y las vestís de luminosas galas!
¡Espíritus excelsos, intangibles,
Que de los siglos no sentís las talas,
Y guíais al mortal por los caminos
De sus firmes, inmóviles destinos!

Vosotros que ajustáis á la armonía,
Al ritmo eterno de la eterna Mente
El gigante cantar que noche y día
Entona el orbe al Ser omnipotente;
Que templáis en la etérea melodía
La fervida salmodia diligente
En que la Esposa sus suspiros lleva,
Y hasta el etéreo tálamo se eleva.

Vosotros, que los cantos y gemidos
Del justo recogéis, y en espirales
Del incienso más puro convertidos,
Los trocáis en fecundos manantiales.
Venid á celebrar, aquí reunidos,
Con amorosos cánticos nupciales,
Los desposorios de la estirpe humana
Con la misma grandeza soberana.

Y a la increada Verdad, con sus fulgores
En la mente del hombre reverbera,
Y la colma de espléndidos honores;
Despierta ya la humanidad entera;
La fecunda el Amor con sus amores,
Y la hace palpar por vez primera:
Y ella, al sentir insólitas caricias,
Brinda de amor y fe nobles primicias.

En el sublime epitalamio hermoso
Que entonéis en dulcísimos cantares,
Consignad á los siglos el glorioso
Nombre de aquestos sabios singulares.
Que, dóciles á un signo misterioso,
Abandonaron sus remotos lares,
Y, preferidos al linaje hebreo,
El mensaje trajeron de himeneo.

Vosotros explicad las relaciones,
Los símbolos y emblemas que escondían
Esas preseas y peregrinos dones
Que ante el Dios humanado se exhibían,
Como ofrenda nupcial de las naciones
Que allí representadas acudían:
Pues al mirar las ondas verdegueando,
Viro de bordo ya, voy amainando.

Rige el timón aún, y tú gobierna
Las últimas maniobras, oh María,
Que el néctar bebes en la fuente eterna.

En el silencio de la noche fría,
Bello doncel de la región superna
Miro bajar hacia la gruta umbría,
A cuya sombra, el sueño más traquilo
Duermen los reyes, en tan dulce asilo.

El ángel hiere de Melchor el flanco,
Y amable le dirige estos acentos:
“¡Pléyade noble con quien fué tan franco
El alto cielo en signos portentosos!
¡Oh! no volváis al rey, seréis el blanco,
La mira de sus ímpetus violentos.
¿Quién osará tocar al león que ruge,
Y en cuyas fauces triturado cruge

“Un tierno corderillo? El, impaciente
Está por saborear su atroz venganza
En la sangre del Párvulo inocente;
Ya le extiende la garra, ya lo afianza.
Cansado de esperar inútilmente,
Va á ordenar la más hórrida matanza.
¡Oigo á Raquel que inconsolable llora,
A sus hijuelos que ese león devora!

“Gemidos de dolor, lúgubres ayes
Suenan en Rama; corre por doquiera,
Inundando las plazas y las calles
El más puro cruor que se virtiera.
Parece que los montes y los valles
Esmaltó la púrpura primavera
De claveles y rojos alelíes,
De anémonas y rosas carmesíes.

“Palpitantes despojos infantiles
Miro en haces sangrientos esparecidos,
Y sin rumbo girar, entre febriles
Espasmos y estridentes alaridos
Las tristes madres. Uno ó dos abriles
Sus tiernecicos partos, tan queridos,
Habían visto, no más, cuando el tirano
De su pecho arancólos inhumano.

“El pequeñuelo rey, el Dios infante
Recogerá tan primorosas flores,
Y su primer corona rutilante
Formará con sus galas y colores,
Y en el eterno Edén, siempre fragante,
Las ceñirá de eternos resplandores:
¡Muriendo vivireis! vuestra victoria,
Será del Niño la temprana gloria.

“Sólo él en la feroz carnificina
No será envuelto; burlará al tirano
Por más que ruja en su crueldad ferina:
¡Prófugo, buscará país lejano!”
Así hablando, á la esfera cristalina
Remóntase el celeste cortesano.
El regreso de la alba placentera
La turba benémerita no espera.

Corceles enjaezando y dromedarios,
Para la marcha alistan presurosos
Los pertrechos y arreos necesarios;
Y por otros senderos silenciosos,
A las miras tiránicas contrarios,
A su patria regresan cautelosos.
¡Oh! vivid para siempre en la memoria
De las naciones con eterna gloria!

Ya cuatro veces el fanal del día
Sobre el orbe diez giros ha trazado,
Desde la virgen púdica, María,
Al Niño auras vivificas ha dado:
Y ya el tiempo preciso se cumplía
De que fuera ante el ara presentado;
Y que la Madre los lustrales ritos
En sí aplicara, por la ley prescritos.

El gran Legislador de las naciones
Al peso de la ley se doblegaba,
Y por tanto, legales expiaciones
La siempre virgen Madre no rehusaba,
Más pura que las célicas legiones.
Un prelude de triunfo preparaba
El Pabre Sempiterno á su Hijo augusto
Al cumplirse el legal rito vetusto.

En medio de un cortejo majestuoso,
Entre pompa magnífica esplendente,
Debía ser recibido el Poderoso
El gran Dominador, el prominente,
Incansable Pontífice, y glorioso,
Entrar en posesión eternamente
De su propio santuario, y, asimismo,
Abolir el antiguo simbolismo.

Otra vez descendamos, oh Talía,
Al hondo valle, á la ciudad nocturna
Do anciana estirpe venerable y pía,
Hundida en luto y sombra taciturna,
Con grande anhelo y ansiedad espía
El primer rayo de la luz diurna,
El cumplimiento del feliz mensaje
De rendir al Dios niño su homenaje.

No olvidan la señal... aquel portento..
Las aves de múltiples colores
Que allí tácitas cruzan por el viento,
Meciéndose entre arbustos y entre flores;
De repente, en unísono concento,
Semejante á una orgía de ruiseñores,
Trinaron todas por la vez primera,
Y todo el reino gemidor se altera.

Con mente atenta y vigilante oído,
Oyó asombrado el repentino canto
Aquel pálido pueblo encanecido;
Y, saliendo por grados de su espanto,
Recuerdan ese rasgo conocido
Que dióles como prenda el ángel santo;
Y al ver llegado el venturoso día,
Do nuevo desbordóse su alegría.

En un inmenso aplauso prorrumpieron,
Y aquella antigua gravedad austera,
De gozo henchidos, otra vez rompieron,
Sin que al límite nadie se tuviera;
Y al mismo tiempo iluminarse vieron
Toda en reedor la pálida pradera,
Y un ángel de bellísimos perfiles
Bajar de los olímpicos pensiles.

Brilló en su diestra, ponderosa llave
Que, aplicada á la hueca cerradura
De enorme puerta, con impulso suave
Giró sin ruido, y la gran boca oscura
Se abrió del reino en que el dolor no es grave,
En que muerte sus triunfos no asegura.
Toda agolpóse, aunque perpleja, incierta,
La muchedumbre, á la espaciosa puerta.

Pero el Ángel de enérgico semblante
Sólo el paso franqueaba, no vedado
Al laurífero coro altisonante,
Y á aquellos cuya savia ha alimentado
De José la gran Vara exuberante:
Mas á los otros el guardián alado
Anima con enfáticos acentos
A esperar los ya próximos eventos.

Abrumadas de serias reflexiones,
Evocando recuerdos tumultuosos,
Van subiendo esas cien generaciones,
Por torcidos meandros angulosos,
De la tierra á las plácidas regiones,
En pos de los destellos luminosos
Del Ángel mensajero que rompía
Aquella sombra perezosa y fría.

Ya las estrellas en el alto cielo,
Cual vivaces pupilas centellaban;
Cuando, á través del tenebroso suelo,
A la terrestre atmósfera llegaban
Aquellas turbas, que el pesado hielo
De tantos siglos sobre sí llevaban:
El fresco ambiente, el cielo de zafiro
Les arrancó del pecho hondo suspiro.

Pintábase en su rostro, todo junto,
Júbilo y estupor; aquella calma
Da la madre natura, aquel conjunto,
De emociones tan raras henchía su alma,
Que humana lengua no dará un trasunto.
Todos, firmes en pie, como alta palma,
Habrían pasado aquella noche entera,
Si el Ángel esos grillos no rompiera.

Blanca nube gentil los fué env oliendo
Y, al blando soplo de la amable brisa,
El aire ennegrecido iban hendiendo;
Y, aunque todo entre sombras se desliza,
Los párpados rotundos van abriendo
Por conocer la tierra escurridiza:
Y, ya al tocar su término la noche,
Llegó á Salém el vaporoso coche.

Nombrada por sus verdes olivares,
Próxima se elevaba una colina:
Este sitio á las turbas seculares
El conductor alígero destina,
Mientras el Astro se cuelga sus collares,
Y la púdica Madre se encamina
Al templo, con el Párvulo en la diestra,
Y la ofrenda legal en su siniestra.

El zeñiro triscando ya anunciaba
Ese présago día, y la impaciencia,
El delirio febril se redoblaba
En la grave y añosa concurrencia,
Que los instantes trépida contaba:
Más y más crece el aura en transparencia,
Se van los horizontes ensanchando,
Y las arduas montañas empinando.

Entretanto los sórdidos vestidos
Y los rostros escuálidos, rugosos,
Por tan largas edades consumidos,
Van sintiendo los toques misteriosos
De invisibles artistas, escondidos
Del aire entre los pliegues vaporosos;
Y, de repente, sin perder su forma,
Todo el antiguo pueblo se transforma.

Mas ya empieza una sorda vocería,
Como el fragor de tempestad lejana,
A resonar por la colina umbría
Al acercarse la feliz mañana;
Sacúdese, entre ronca algarabía,
El olivar: aquí una barba cana,
Allí asoma una luenga cabellera,
Y ojos abiertos á acechar, doquiera.

Allá por entre el monte... por el valle...
Por el angulo azul de la enramada...
¡Ved! es aquel de una doncella el talle...
Se acaba de perder en la hondonada...
Surge otra vez... se aviva aquel detalle...
Parece que en su diestra replegada
Un parvulillo estrecha... ¡oh qué semblante!
¡Qué nimbo la circunda tan radiante!

En medio de arrebatos extremos
Murmura así la anciana muchedumbre
Con acentos cortados, afanosos;
Un momento después, tras densa liana,
Complicada con juncos espinosos,
Se había esfumado, cual visión lejana,
Y otra vez, ya de cerca, aparecía
Modesta y hermosísima María.

Al verla entonces fúlgida acercarse
El exótico pueblo, ya no pudo
En sus ígneos transportes refrenarse:
Se precipita con impulso rudo,
De la Virgen al pie corre á postrarse,
Y quédase después perplejo, mudo,
Estático, mirando tal portento,
Tanta grandeza en tanto abatimiento.

Mas luego, de su asombro recobrada,
La gran turba en dos alas dividióse;
En el centro á la Madre inmaculada
El sitio más honroso designóse;
Y la escuadra laurígera, ordenada
Con paso grave al templo encaminóse,
Y, en medio de grandiosa melodía,
“¡Hosana!” al Hijo de David, decía.

“¡Bendito aquel que de la azul esfera
En nombre del Señor ha descendido!
¡Oh fuerte Sabaot, en quien espera
Israel su rebaño preferido!
Porque ya visitarlo le plugiera,
Y el yugo quebrantar que lo ha oprimido:
¡Oh reyes! arrancad vuestros quiciales,
Y elevaos ¡oh puertas eternas!

“¡De la gloria el gran Rey, solemnem
Entre ya de su corte á la morada!
Este Rey de la gloria es el potente
Indómito caudillo, cuya espada
Rayos fulmina en el combate ardiente;
Es aquel cuya diestra, no cansada,
Obra las más insignes maravillas.”
Así las dos melódicas cuadrillas,

En armonioso coro salmodiando,
Ya del santuario al pórtico grandioso,
Al vasto intercolumnio van llegando.
Entonces el cortejo esplendoroso,
Las gradas del vestíbulo ocupando,
De nuevo en un «hosana» vigoroso
Rompió con emoción, al mismo instante
Que la Real Madre con el divo infante,

Por el primer peldaño el pie movía;
Y nubes de coronas y guirnaldas,
Que el olivo y laurel entretejía,
Caen en tropel por las virgíneas faldas;
Y la estirpe real, con gallardía
Sus diademas radiantes de esmeraldas,
Con un sonoro retintín arroja,
Y del ebúrneo cetro se despoja.

Súbito el vasto templo estremeciósese,
De su Señor sintiendo la presencia;
La inmensa puerta por sí misma abriósese;
Grave anciano, de nítida inocencia,
A la edad substrayéndose, veloce
Hacia el niño se lanza con vehemencia,
De los brazos maternos lo desata,
Y con trémula diestra lo arrebatata.

E, inundado su espíritu y su mente
En los raudales de énfasis divino,
Exclamó en alta voz: "¡Oh Dios clemente!
Deja que este cansado peregrino
Su jornada aquí rinda finalmente:
Cumpliste tu palabra, mi destino
Cumplí también: pues estos mismos ojos,
Envuelto en los frágiles despojos,

"Hoy ven al Salvador, que Tú mandaste
Y que Tú mismo á las generaciones
Por proféticos labios anunciaste,
Para que él ilumine á las naciones,
Y á tu pueblo Israel, que siempre amaste,
Llene de gloria y de celestes dones.
Entonces al real Párvulo bendijo,
A la púdica Madre, y así dijo:

"¡Para cuántos, oh Virgen, tu hijo amable
Fuente será de sempiterna vida!
Mas también una turba innumerable,
Del gran rebaño de Israel nacida,
Tendrá en él una ruina irreparable;
El será la alta meta perseguida,
El blanco mismo en que serán clavadas
Enconosas saetas disparadas.

"Terrible espada sobre tu cabeza
Suspensa miro, que de tu alma pía
Destrozará las fibras con fiereza;
Y, en luz venciendo al luminar del día,
Romperá de las sombras la maleza
Que á muchos hoy de la verdad desvía;
Así el Cisne cantó, ya moribundo,
Y el último durmió sueño profundo.

Una figura surge, que arrogante
Entre el coro profético campea:
Parece que en su frente rutilante
Con ímpetu circula y centellea,
Y enciende su mirada penetrante
La celestial inspiración febea.
Es el vate de Sión; ha ya empuñado
Su laúd, por los siglos coronado.

Oid su canto: "Salve, ¡oh Rey eterno!
Que de tu trono excelso descendiste,
Y humana carne, parvulillo tierno,
¡Oh sangre de mi sangre! ya te viste.
Tú de las fauces del segundo Averno,
Tu triunfo á celebrar, nos extrajiste
Hoy que, entre el suave olor del incensario,
Entras en posesión de tu santuario.

"¡Oh cuán suave, cuán dulce refrigerio
Nos obliga á olvidar nuestros dolores!
Hoy, por fin, vemos de tu amable imperio
Los primeros bellísimos albores;
Y, al romperse este largo cantiverio,
El tuyo va á empezar . . . de tus amores.
Tú eres el Grande, el Fuerte, el Soberano;
Tú el gran Reparador del sér humano.

"Toda por tí se exalta y engrandece
Nuestra lánguida estirpe moribunda,
Y con tales destellos resplandece,
Que el universo en su fulgor inunda.
Mas si tanto ella se alza y ennoblece,
Es porque tú has llegado á la profunda
Sima de la abyección; en tí más tarde
Un inmenso dolor va á hacer alarde.

"De tus conquistas ese gran trofeo
Con sangre, de tus venas deramada,
Todo se ha de teñir: ¡oh cuál te veo!
¡Tu faz, tu hermosa faz! ¡oh cuán trocada!
¡Pareces del dolor el corifeo!
¡Oh santo cielo! ¡oh culpa inoculada!
¡Oh cuán grande dolor, cuánta amargura,
Cuestas á un Dios, oh mísera natura!

"¡Huye, entretanto, oh Párvulo divino,
Huye real Virgen! Tempestad violenta
Va á desatar rugiente torbellino:
Una fiera terrible está sedienta
De la sangre de un Dios; toma el camino
De aquel país que nube turbulenta
Jamás entolda, donde va entre lotos
Regando el Nilo los tendidos sotos.

"Ya creará tu enemigo que en su presa
Hince la garra, y cantará victoria;
E ignora el temerario que ya cesa
Su prestigio, y se trueca en vil escoria,
Y que á erigirse en el destierro empieza
El pedestal más alto de tu gloria.
Tú, sin lenguaje aún, eternamente
Harás callar al Erebo potente.

"Sus delúbrs sangrientos, sus altares
Al polvo rodarán en mil astillas;
Sus torpes simulacros seculares,
Que del arte pregonan maravillas,
Vil ludibrio serán en muladares;
¡Y tú envuelto estarás entre mantillas!
La verdad, á la par que la hermosura,
Preséntase, y del triunfo está segura."

Así cantó David del arpa de oro
En torrentes de grata melodía;
Y, al responder el lauréado coro,
Los religiosos ámbitos henchía.
Creciendo va la pompa y el decoro
De ese solemne memorando día;
La ovación más espléndida y preclara
Al humanado Verbo se prepara.

De mil colores irisadas nubes
Que el oro con la púrpura franjea,
Aparecen orladas de querubes,
E invaden esa mole gigantea;
Ejércitos de alígeros impubes
Por los vastos espacios aletea,
Sus laudes y cítaras tañendo,
Y giros caprichosos describiendo.

El incienso se eleva en espirales
A las combas arcadas y artesones,
Inunda con pletóricos raudales
La increada luz los amplios pabellones;
Cantos, ritmos y notas celestiales
Vibrando van en todas direcciones;
Todo es júbilo, gozo y alegría;
Es un traslado del eterno día.

Se cimbran y se chocan de repente
Las cúspides del templo; un sonoro
Rayo retumba por el sacro ambiente
Anunciando que llega el poderoso,
Gran Principio; su gloria inmensamente
Llena el almo recinto majestuoso,
Y, entre un nimbo de luz, bate sus alas
Blanca Paloma de divinas galas.

Una voz como el trueno ha resonado;
 Habla el Rey de las célicas milicias:
 "Mi Unigénito es éste, mi Hijo amado,
 Es mi Verbo, mi amor y mis delicias;
 En El desde «ab aeterno» he concentrado
 De mi amor infinito las caricias:
 ¡Mortales, escuchadlo! El solamente
 Es de vida y verdad la eterna fuente.



Fin del poema.

FE DE ERRATAS

CANTO I

DICE

DEBE DECIR

pretenden
 guiarse
 grandeza

pretendan (oct. 1 pág. 5 v. 8.)
guiarse (oct. 3 pág. 9 v. 8.)
nobleza oct. 2 v. 3 pág. 24.

CANTO II

ancias
 (Un mensaje el más no
 ble)
 ha ser
 joya
 aves, en su nido
 arena

ancias oct. 1 v. 3 pág. 24.
Un mensaje el más noble oct. 3 v. 2 pág. 47.
ha de ser oct. 2 v. 2 pág. 54.
joya; oct. 2. v. 1 pág. 55.
aves en su nido, oct. 3 pág. 56v. 7.
arenosa oct. 3 pág. 70 v. 8.

CANTO III

venas arterias

venas y arterias oct. 1 pág. 91 v. 5.

CANTO IV

aguarda que
 rosando
 vehemente.
 pristinas,
 algarrobo abriendo,
 alberge

aguarda ansiosa que oct. 3 v. 3 pág. 116
rozando oct. 2 v. 2 pág. 119.
vehemente oct. 2 v. 8 pág. 122.
purpúreas oct. 3 v. 8 pág. 124.
algarrobo, abriendo oct. 1 v. 5 pág. 125.
albergue oct. 1 v. 7 pág. 125.

Una voz como el trueno ha resonado;
 Habla el Rey de las célicas milicias:
 "Mi Unigénito es éste, mi Hijo amado,
 Es mi Verbo, mi amor y mis delicias;
 En El desde «ab aeterno» he concentrado
 De mi amor infinito las caricias:
 ¡Mortales, escuchadlo! El solamente
 Es de vida y verdad la eterna fuente.



Fin del poema.

FE DE ERRATAS

CANTO I

DICE

DEBE DECIR

pretenden
 guiarse
 grandeza

pretendan (oct. 1 pág. 5 v. 8.)
guiarse (oct. 3 pág. 9 v. 8.)
nobleza oct. 2 v. 3 pág. 24.

CANTO II

ancias
 (Un mensaje el más no
 ble)
 ha ser
 joya
 aves, en su nido
 arena

ancias oct. 1 v. 3 pág. 24.
Un mensaje el más noble oct. 3 v. 2 pág.
 47.
ha de ser oct. 2 v. 2 pág. 54.
joya; oct. 2. v. 1 pág. 55.
aves en su nido, oct. 3 pág. 56v. 7.
arenosa oct. 3 pág. 70 v. 8.

CANTO III

venas arterias

venas y arterias oct. 1 pág. 91 v. 5.

CANTO IV

aguarda que
 rozando
 vehemente.
 pristinas,
 algarrobo abriendo,
 alberge

aguarda ansiosa que oct. 3 v. 3 pág. 116
rozando oct. 2 v. 2 pág. 119.
vehemente oct. 2 v. 8 pág. 122.
purpúreas oct. 3 v. 8 pág. 124.
algarrobo, abriendo oct. 1 v. 5 pág. 125.
albergue oct. 1 v. 7 pág. 125.

DICE

impetuosa
clausto
incrédula
la corte vienhadada

inflamados;
y humanado
obstentaba

se hace
Remo

etérea
henchida
los huestes

einutilmente
separe ciera
o intima
enramada
diligentes
Talia,
cones a

bandolea
los moles
José
dones,

DEBE DECIR

impetuosa oct. 3 v. 5 pág. 126.
claustro oct. 1 v. 7 pág. 127.
vuelta oct. 2 v. 4. pág. 137.
en la corte bien-hadada oct. 3. v. 7 pág.
137.
inflamados oct. 2. v. 3. pág. 139.
ya humanado oct. 3. v. 6. pág. 146.
ostentaba oct. 3. v. 6. pág. 148.

CANTO V

le hace oct. 2. v. 2. pág. 162.
Reno oct. 3. v. 3. pág. 165.

CANTO VI

la etérea oct. 2. v. 2. pág. 203.
henchida oct. 2. v. 2. pág. 216.
las huestes oct. 1. v. 7. pág. 217.

CANTO VII

inútilmente oct. 1 v. 5. pág. 232.
se pareciera oct. 3. v. 8. pág. 240.
é intima oct. 1. v. 2. pág. 244.
enramada oct. 2. v. 2. pág. 250.
impacientes oct. 1. v. 8. pág. 257.
Talia oct. 2. v. pág. 260.
con esa oct. 3. v. 8 pág. 230.

CANTO VIII

bambolea oct. 3. v. 5. pág. 272.
las moles oct. 2. v. 3. pág. 289.
Jesé oct. 3. v. 5. pág. 296.
dones" oct. 1. v. 6. pág. 303.

BT550
V5

42081
FEVT

AUTOR

VILLASEÑOR, Enrique

TITULO

Teogenesía ó el Nacimiento
~~de Jesús, poema en ocho...~~



U A N

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS